



Cuando los peces mueren de sed

reportajes

CUANDO LOS PECES MUEREN DE SED

Reportajes

Martín de Ugalde

Martín de Ugalde

CUANDO LOS PECES MUEREN DE SED

Reportajes

Publicaciones del Rectorado de la Universidad de los Andes / Mérida

Dos palabras

Cuando iba escribiendo estos reportajes para el diario *El Nacional** no tenía otro propósito que el de ir ofreciendo, en el estilo más claro y sugerente posible, unos mensajes de interés humano.

Más tarde, algunas generosas sugerencias me han ido despertando la preocupación de que puede que hayan ganado con el tiempo, por ese valor de testimonio vivo que tienen, cierta calidad de referencia periodística.

No es que aquí se mencionen hechos trascendentales de la vida del país en el sentido en que se acepta generalmente lo trascendente, porque los acontecimientos de los que se habla en estos reportajes son de los que no levantan nunca la voz, de los que no suelen merecer un titular a menos que uno se los busque, como ocurre con la humilde y oscura agonía del trapiche, con los apuros del periodismo de provincia, con esos peces que se mueren de sed en las lagunas, con un humilde Cristo que crece unos centímetros para pedir una carretera, con lo que da la leche de cabra en los médanos, con esas cargas de flores que bajan los cerros a lomo de bestia, con la muerte de un viejo pericoco, con los nombres que ponen los campesinos a sus vacas y las variedades de yuca que siembran, con lo que hace un diablo cuando no está de fiesta, y con otros sucedidos que abultan poco, en verdad, aunque lleven dentro muchas pequeñas raíces de lo que es y de lo que está dejando de ser Venezuela.

Es posible que esta selección de reportajes tenga también el valor de mostrar al país bajo una perspectiva diferente: la que se ofrece a los ojos nuevos de un inmigrante; un exilado que se hizo periodista aquí, porque en su tierra no había, ni hay todavía, aire ni luz para que pueda seguir viviendo un roble de libertad.

Aquí ha brotado, imperceptiblemente, una intención: la que apunta el artículo que abre el libro, que fue publicado en un momento de transición política en que resultaba fácil escribir contra la inmigración. Ojalá que este libro sirva de algo a otros inmigrantes que vengan, y aún a otros que, habiendo nacido aquí, no han tenido aún la oportunidad de tener contacto con su tierra.

Y ya al cerrar estas líneas, que han sido dos palabras largas, quiero mencionar a algunos que me ayudaron a integrarme al periodismo venezolano: a don Juan de Guruceaga y a Francisco Villanueva, quienes me ofrecieron la oportunidad de iniciarme con la revista *Elite*; a Miguel Otero Silva, a Juan Francisco Reyes Baena, a Humberto Rivas alijares y a José Moradell, quienes tuvieron la generosidad de aceptarme en la gran escuela de periodismo que ha sido *El Nacional* desde sus comienzos, y a Alfredo Armas Alfonzo, el amigo y el escritor de intensa preocupación venezolanista que me ha ayudado a descubrir y a comprender escondidos rincones del alma de su pueblo. Y luego (y luego solamente por el orden cronológico) a las personas que me han ayudado a llevar a cabo el proyecto de editar esta selección: al arquitecto Iñaki de Zubizarreta, un hijo de exilado vasco, como yo, que está dando lo mejor de su patria de adopción; al Dr.

* 1956-1960

Pedro Rincón Gutiérrez, quien como Rector de la Universidad de Los Andes me ha ofrecido con tanta generosidad esta oportunidad de dar permanencia de libro a unas archivadas páginas de periódico, y a Nedo y a Giuseppe Scattolin, inmigrantes también, y de un pueblo de altísima sensibilidad artística, quienes me han ayudado a vestirlo y a presentarlo con tanto cuidado.

La cara de los inmigrantes

A la inmigración se le juzga muchas veces por sus caras, y se le encuentran rostros buenos y talantes malos, como a un enfermo convaleciente.

Claro que hay quien llega con la intención de saquear el país en un mes o dos y regresar a su patria, cualquiera que sea su procedencia en Europa, en América, en Asia o en África, porque Venezuela es hoy faro deslumbrante de muchos aventureros en los cuatro rincones del mundo.

Hay también la cara de los que no rompen una cerradura, pero explotan otros recursos para llevarse gratuitamente, y hasta con bendiciones, miles de bolívares con que se hubiesen podido comprar kilómetros de acueductos o construir unas escuelas o se hubiesen podido pavimentar las calles de cualquiera de esos pueblos tristes de polvo y de sed con que uno tropieza apenas traspone los linderos de las ciudades venezolanas.

Y se repite con frecuencia la cara del inmigrante que ha llegado a patrón, se ha amparado en la dictadura para apurar su negocio y patear impunemente los derechos del trabajador, sea criollo o inmigrante, más inmigrante desamparado que criollo en su propia cancha.

Y hay, cómo no, otras caras más feas. Pero las fealdades del alma no son privilegio de la inmigración, porque la decencia y la podredumbre han viajado siempre juntas en los grupos humanos, y si hay que hacer justicia, es necesario tener en cuenta el gran rostro limpio de la inmigración que ha recibido con alborozo y responsabilidad la nueva era de la libertad y la decencia humana.

Si por espíritu simplista se le quiere dar a la inmigración un símbolo colectivo, escójase el grupo de la mayoría, el aporte de brazos y de buena fe que ha llegado al país a dar lo mejor de su esfuerzo. Es alentadora la manera con que muchos intelectuales, y todos los periódicos, y todas las emisoras y televisoras del país, han respaldado la actitud de nuestras autoridades. Pero queda a pesar de todo un hondo recelo popular frente a la mayoría inmigratoria.

Desgraciadamente aquí, en lo más sano y noble del cuerpo de la inmigración, en esta cara de sudores y de grietas de polvo y de sol que está levantando los muros de las nuevas edificaciones, que está abriendo el surco de la nueva semilla, que está aguantando el temblor desbocado del martillo de aire comprimido durante ocho y diez horas o que está extendiendo las capas de cemento de la Venezuela de hoy y la que viene, hombro con hombro con el criollo, en esa gente que pasea la nobleza de su esfuerzo sin ninguna ostentación, que no tiene tiempo de meterse en política ni conoce al majadero de Gagliardi, se esconde precisamente el problema más hondo de incompreensión humana.

Ellos no son culpables de los problemas de desempleo y desajuste que sufre la nación en su desarrollo; ni tampoco tienen culpa los criollos que sufren las consecuencias de su llegada, quedando a un lado del camino de progreso de su propio país debido a una muy natural diligencia del que llega, quien se aferra angustiosamente

a las condiciones de trabajo que le ofrecen para sobrevivir en un mundo que todavía le es extraño.

Este desequilibrio es un fenómeno ajeno a los dos grupos humanos. Los culpables son aquellos que tienen la responsabilidad de haber fomentado alegremente, muchas veces alevosamente para abaratar la mano de obra destinada a su propio beneficio, este trasiego de hombres sin reparar en sus consecuencias sociales y económicas. No hay duda de que el ancho regazo de Venezuela necesita de todos, y para garantizar su convivencia habrá que tomar las medidas de seguridad y justicia necesarias.

Esta es la cara de la inmigración, si la inmigración tiene en verdad alguna cara definida; una cara que se parece como un hermano gemelo a otro a la del pueblo venezolano que sufre y trabaja.

Y entre tanto inmigrante de compleja motivación, hay también en Venezuela una cara de muy definida trayectoria y merecedora del mejor respaldo: la de los exilados políticos. El grupo de hombres que, por haber sido expresión de conciencia cívica en el pueblo que tuvieron que abandonar, ha demostrado hacia el país que los acogió tan noblemente una responsabilidad y un respeto ejemplares. Seguramente los venezolanos que están regresando ahora de un duro exilio sabrán medir en toda su hondura el dolor y la entereza que amasa un largo destierro.

Hombres de hasta veinte años de exilio íntegro tienen que ser buenos ciudadanos; siembra honrada en cualquier país donde hayan rendido su faena de hombres.

Occidente

Centro

Oriente

Sur

San Rafael de Mucuchíes

A Antonio, el mudo, lo llaman también "el tontico". Alguno tenía que haber en el pueblo, y le tocó a él.

Lo trajeron "de un monte, por ahí"; ya muy pocos, además de doña Isabel, que lo recogió, recuerdan de dónde; pero es como si hubiese nacido en San Rafael, porque toda la miserable vida del "tontico Antonio" ha transcurrido dentro de sus anchos y olvidados límites de frío y de silencio.

Ahora, que ya es hombre de cuarenta, sigue teniendo la misma malicia de limbo que de muchachito, que es en lo que muchos dicen que quisieran haber quedado. Pero, lo que son las cosas, le compadece la gente.

Y sin embargo, a veces, cuando le regalan unos centavos, se le ve tan feliz como si hubiese conseguido una meta en la vida.

Aunque quién sabe lo que sufre Antonio "el mudo" por dentro, en los oscuros rincones del alma donde no ha entrado nadie más que él, a tientas con sus blancas y vacilantes luces de vela de sebo.

Antonio ayuda en lo que puede, en lo que le alcanza el seso. Barre, hace mandados ayudándose de algún signo que diga lo que no puede expresar él con su lengua o con los desmañados gestos que le acompañan siempre. Si es manteca, le entregan un pote para traerlo, y los cobres para pagarlo; si es arroz, le ponen en la mano unos granos de muestra; si sal, si café, si frijoles, lo mismo.

San Rafael ya no sería lo que es sin "Antonio, el mudo". Es lo primero que uno consigue al entrar en el pueblo, bien sea por delante de la iglesia o por el desvío donde está la posada que llaman, y así está escrito, *Hotel San Rafael*.

Así da gusto perderse

Si en lugar de coger la panamericana tiene usted el buen gusto de meterse por la carretera de tierra de la trasandina, y un poco antes de llegar a la Plaza Bolívar de San Rafael (a la que le están fabricando unos horribles carrilitos de cemento) coge inadvertidamente por un pequeño desvío que hay a mano derecha, como una trampa, y luego se detiene en el Hotel San Rafael, seguro que tropieza en el patio con doña Isabel Lobo de Moreno, una abuela muy simpática que le recibe con un chai gris sobre su noble cabeza de nieve y lo saluda como a un nieto.

Ella le sirve luego las mejores chuletas de cochino con huevos fritos que usted se haya comido en toda su vida, por larga (que Dios se la conserve) y sabia que usted la haya tenido en las cosas del comer y del beber.

Yo no digo que no es por el frío, y acaso el madrugón y los huecos que abre el frío en la bolsa vacía del estómago. Pero no hay por qué regatear dotes de cocinera a doña

Isabel, y no tienen por qué negarse usted un poco de imaginación, si ayuda tanto a la buena digestión y no perjudica a nadie.

Lo que sí le garantizo es que vale la pena perderse en Venezuela hasta llegar a la única posada de su pueblo más alto con el solo propósito de encender la caldera del buche con una chuleta de cochino y unos huevos fritos que le sirve doña Isabel con arepas de trigo humeantes y aquel aire campechano de haberlo tratado toda la vida.

Ella, que se vino de Mérida, dice que "no hay lugar más sabroso y tranquilo para vivir que San Rafael".

Sospecho que alguien se le ha debido morir a doña Isabel Lobo de Moreno en el frío y la soledad de este pueblo que ella no quiere abandonar.

Del cielo, las gentes y el río

San Rafael, también llamado de *Mucuchíes* porque toda esta fila andina era asiento de estos aguerridos indios que resistieron bravamente la Conquista, es el pueblo de Venezuela que está más cerca del cielo.

Quizá por eso, por estar tan lejos, sigue tan olvidado de los venezolanos y (como me decía el maestro de escuela) "del presupuesto".

Antes San Rafael de Mucuchíes tenía más vida; cuando era paso obligado de los caballos y las muías para llegar a la caballerosa ciudad de Mérida, y luego, después del año 21 (que es cuando Gómez mandó trazar la carretera) también de los vehículos de motor. Se la daban los estudiantes que iban de paso, y los turistas que tenían el gusto de perderse en la grandiosidad de este paisaje.

Ahora, con los aviones y la panamericana, apenas le llega algún que otro carro curioso.

San Rafael, con 216 habitantes, es la cabeza de municipio más pequeña del Estado Mérida después del El Morro, que tiene 195; Piñango, con 156; Palmira, con 152; San José, con 144; Estanques, con 102, y Acequias, que sólo consiguió reunir en el último censo 55 habitantes.

Siendo casi la menor de las 44 capitales de municipio que tienen los ocho distritos del Estado Mérida, tiene también, con 1.738 habitantes (incluido Antonio) casi el último lugar de población municipal, excepto Independencia (1.709), San José (1.632), Chachopo (1.510), Piñango (1.494) y Santo Domingo (1.216).

El pueblo está asentado en la margen derecha del río Chama. Cuando las aguas pasan por aquí, todavía se mantienen en su cama de piedras y de cascajo trabajada arriba de Apartaderos, donde nacen. Luego, más abajo de Cacute, es cuando se encajonan un poco, para abrirse después otra vez cerca de Tabay, formando esas terrazas que han hecho que las poblaciones más importantes de la región se asienten en su curso. El río baña los pies de la meseta inclinada donde estudia y reposa Mérida, y desaparece, camino adelante, en la profunda garganta de Estanques, un impresionante cañón de 23 kilómetros que lo amansa antes de llegar a la cuenca del Lago de Maracaibo, donde va a morir. Pero antes de ahogarse el río Chama en el pequeño mar de petróleo que es su cementerio, exige el tributo de un puente de casi un kilómetro, el más largo del país.

Bajando de Apartaderos, a San Rafael se le descubre frente a una cabeza de cerro hendida con impresionantes tajos de erosión, como precipicios.

Su medio centenar de casas están reunidas alrededor de la iglesia y la Plaza Bolívar, los dos centros que mantienen su prestigio de capital de municipio, que administrativamente está integrado por los caseríos Apartaderos (la encrucijada para Barinas y Mérida, que con sus 3.310 metros de altitud proporciona a San Rafael la primacía de mayor altitud entre los municipios del país), San Isidro, Puerto Nuevo (que está a la entrada del páramo), Casa de Gobierno, Llano del Hato, Santa Bárbara, Micuyes ("que es el nombre indígena de una planta que le ponen al hervido"), La Mesa, Cañada de Saisai, Becerrera, El Potrero, Murugú ("en el otro lado del páramo"), San Martín y Escalera, que se llama así "porque es la terminación", que es como decir "lo de más arriba, lo de subir".

Muchos de los que llegan de tan arriba acarreado sus cosechas o para comprar la harina, se regresan en ayunas, porque no les alcanzan los cobres para permitirse el lujo de llegar al Hotel San Rafael, que es una posada para camioneros y turistas.

Una "hotelera" como hay pocas

Cuando uno entra en la única posada de San Rafael, se encuentra en el corredor de cualquier pensión "Familia" de Valencia, Barquisimeto, Ciudad Bolívar o Barcelona.

Son acaso distintas las dos largas mesas que hay en el comedor, afianzadas en el piso con la cachaza corpulenta y rústica de las maderas labradas a mano; diferentes también los sombreros negros, las ruanas rucias y las "carpetas" azul y rojo que cubren la cabeza y los hombros de los silenciosos comensales, y también distintos, cuando hablan, los acentos, que cantan un poco en las curvas, y acaso también muy peculiares los respaldos ovalados y preciosamente dibujados de unas sillas de rejilla que adornan el corredor.

La cocina es como un pasillo largo. Tiene el fogón prendido, la alcuza llena con las chamizas que ha debido acarrear Antonio, y, flotando en el aire del pasillo, un sabroso olorcito a arepa recién tostada y a carne recién frita, mezclado con una apetitosa fragancia de chamiza quemada.

Le aseguro que es fragante y apetitoso el humo de la chamiza que acarrea Antonio con el pretal hundido en la frente.

En el fogón están doña Isabel, con sus "37 años en el mismo negocio, desde que llegó el trazado de la nueva carretera desde Timotes", y dos muchachas que huyen como venados la mirada de los camioneros que llegan de vez en cuando.

– ¡Dos servicios más para acá! –dice Isabel como si estuviese ordenando en un hotel de verdad.

Y luego de cocinar, atiende la mesa, y el palique.

– ¿Café?... Café hay, sí señores...

Pero doña Isabel se demora un poco, revolviendo peroles, y buscando en tarros, y moviliza el personal de la cocina, hasta Antonio, que está aprovechando el rato de nuestro desayuno para engullirse golosamente una arepa caliente cerca del fogón.

– Les engañé con el café –nos dice doña Isabel, regresando con una ancha sonrisa de malicia– porque no hay café... Pero se conforman, porque ustedes son muy conformes...

¿Quién se molesta así?

Y salimos para el pueblo con Antonio por delante, como una avanzada.

Un pulpero que llegará a Presidente de concejo

Pedro José Suescun está atendiendo a los campesinos que bajan una vez por semana desde los distantes caseríos a "La Nueva Provincia", un negocito de abastos que hay a la salida de San Rafael.

Es un hombre decidor, abierto, que lo mismo opina sobre semillas, como tiene criterio sobre una máquina recién inventada, como receta para un buey enfermo. Es de los pocos en el pueblo que viaja con alguna frecuencia a Mérida y a Caracas; tiene una pluma fuente Parker-61 que se carga sola, y conoce los problemas de su pueblo como si los estuviese manejando él, desde la pulpería.

No hay otro lugar en San Rafael, apartando el confesionario, que permita visión más ancha y más honda de los problemas que vive la gente del municipio.

Lo que siembran los campesinos

– Aquí todo el mundo vive dedicado a la agricultura –dice Suescun apuntando con la mirada el compacto y silencioso grupo de ruanas y sombreros y chales de colores apagados que se están apretujando instintivamente hacia el fondo estrecho del negocito, como si la voz decidora del pulpero los estuviese desnudando.

En San Rafael, como en toda "esta costa de los Andes", hay dos cosechas: la de trigo, que se siembra de marzo a abril o mayo, y devuelve el fruto en unos nueve meses, según caliente el sol, y la de papas, la recolección fundamental, que se siembra con las primeras lloviznitas entre abril y mayo, en solares de mucha piedra, y que se recoge a los 8 o 9 meses, a veces hasta 11 meses después, si hace mucho frío.

Las gentes de esta zona de los Andes están sembrándole trigo en las laderas desde hace más de 400 años. Venezuela exportaba más de 20 millones de kilos hace 100 años, casi todos procedentes de esta región de Venezuela, y principalmente de la zona de Mucuchíes; 50 años después bajó la exportación de trigo a unos 4 millones de kilos al año. En 1950, esta región sólo produjo 1.827.000 kilos, de los que apenas 150.000 en las 251 hectáreas sembradas en San Rafael.¹

En cuanto a la papa, se siembran la negra y la rosada, y la blanca, aunque ésta en menor cantidad. Cada una tiene su demanda. Cuando la recogen, la ponen a secar en los patios de las casas, y la separan. Primero se aparta la pequeña, "que tiene otro precio", y

¹ Problemas económicos y sociales de los Andes Venezolanos", editado por El Consejo de Bienestar Rural, 1954.

se saca la podrida, para criar cochinos. Después, la grande se manda a Valera, a Maracaibo y a Caracas, y hasta algunas veces, "pero no mucho", hasta San Cristóbal.

En 1950 se recogieron 835.127 kilos de papas en las 470,9 hectáreas sembradas en San Rafael.²

Estas son las papas que salieron con vida de los dos grandes riesgos que corren en estas tierras: durante el verano, el gusano "rosquilla", que se come la mata, y durante el invierno, las heladas.

– Si se pierde el trigo –dijo un humilde campesino de Mitivivó, atreviéndose a interrumpir las explicaciones de Pedro José con una voz muy pausada y muy mansa– no hay arepa para comer con el guarapito; y si se pierde la papa, se pierde todo.

– Porque es todo lo que come el campesino –confirmó Pedro José Suescun– bien sea sazónándolo con ají y poniéndole huevo o queso en las fiestas.

Además de estos riesgos, hay el problema de su acarreo al único mercado de San Rafael porque faltan las carreteras que lo enlacen con los caseríos en que se produce buena parte de la cosecha.

Los que siembran, por ejemplo, en Mitivivó, tienen que transportar la mercancía en "maletas" de 50 kilos cargadas a la espalda durante los 5 kilómetros que hay hasta San Rafael.

Los vi llegar silenciosamente, extenuados, con el pretal hundido en la frente y en los hombros.

Los de Carrizal, que están a 100 kilómetros, tienen que cargar las cosechas en bultos de no más de 30 kilos, terciados a la espalda.

Tardan tres días en llegar a San Rafael, durmiendo en las cuevas.

– Si se pierde la cosecha –dijo quedamente el campesino que estaba cerca de Antonio, quien no oía nada de lo que se estaba diciendo– tenemos que ayunar...

Lo que comen: "arepa todos los días"

Entonces, ¿qué comen los 1.738 habitantes de San Rafael, incluido Antonio, el mudo, que está borrado en el rincón que oscurece el contraluz de la puerta.

Lo que la gente compra más, nos dice Pedro José Suescun, es harina de trigo para arepas, "porque no todos siembran trigo", y en estas tierras frías no se da el maíz; también compran arroz, y plátanos "que traen de El Vigía, porque el trasandino sale caro"; y compran arvejas y manteca. También vende Pedro José Suescun cotizas, algunas alpargatas, algunas telitas para vestidos, sombreros, ruanas que se hacen en la región, sobre todo en Chachopo, velas y candiles para alumbrar las noches en los caseríos donde todavía no alcanzan los cables de la luz; franelas de algodón y algún suéter que otro.

Lujos ni golosinas no se venden en "La Nueva Provincia"; "nadie compra esas cosas"; ni existe en el pueblo ningún salón de barbería, porque "la tierra no da para tanto". No hay relojes para medir el tiempo que componer, porque ¿quién le gana al sol en eso?; ni hay necesidad de libros, porque apenas hay quien pueda comprarlos, y casi nadie, excepto Suescun y algún que otro ilustrado, que pueda entenderlos.

² Censo Agropecuario 1949-50, editado por el Ministerio de Fomento, 1952.

Tampoco se vende pan en San Rafael. Los campesinos hacen las arepas en sus propios hornos de leña los lunes, una vez por semana. Con frecuencia, transforman ellos mismos su trigo en harina, con todo su afrecho.

Pedro José Suescun dice que este es el plato fuerte de los campesinos en San Rafael: "arepas todos los días"...

Cuando los problemas comienzan en la iglesia

Para Pedro José Suescun, a quien observan silenciosamente los campesinos que esperan turno en la pulpería, el problema más importante de San Rafael es su iglesia, que está "deteriorada", porque la madera, que tiene "cienes de años", está "extenuada".

En segundo lugar de urgencias están las carreteras, para poner las papas y las arvejas y el arroz de las gentes de Micuyes, Mitivivó y Carrizal más a la mano de los comerciantes en San Rafael.

En tercer lugar, la planta eléctrica del municipio, que ya no manda a los bombillos más luz que la que pudiera dar un cocuyo.

En cuarto lugar, el agua ("que es un vino"), que en el mismo pueblo hasta sobra, pero que en muchos caseríos (los campesinos se movieron en un gesto general de aprobación) tienen que ir a "solicitarla" hasta a más de un kilómetro.

En quinto lugar puso Pedro José Suescun el problema de las carreteras para turismo, sobre todo la que debería ir desde Laguna Grande hasta Laguna Negra.

Y, por último, con la mejor de las intenciones, se acordó del problema escolar, que "es muy grave".

Y cuando comienzan los problemas de los feligreses

El tontico Antonio fue quien llegó primero a la iglesia. Descubrió respetuosamente su cabezota, y se hizo a un lado, cerca del agua bendita.

El padre Mario Santiago, con estar encargado de la iglesia de San Rafael y todo, no la puso en el primer lugar de las necesidades del pueblo, como Pedro José Suescun.

La verdad es que ni mencionó el templo.

¡Cómo serán los demás problemas!

– No se fíe del rosado de los cachetes de los niños andinos –me dijo primero, porque no es sino un fenómeno de presión sanguínea por la altura y el frío. Eso se lo explicaría mejor un médico. Lo cierto es que los niños de esta región se están muriendo de hambre.

Algunas consecuencias del frío

Los matrimonios en esta fría zona de los Andes venezolanos son muy prolíficos.

Por eso, por la temperatura, que invita a acostarse temprano y a levantarse tarde, sin mucho que hacer, sin mucho en qué pensar, aunque las pocas cosas que hay anden vuelta y vuelta, como una noria. Siempre los mismos problemas de la siembra y de la cosecha, de las heladas y del sol, de la enfermedad del viejo y del muchacho; pocas cosas, pero que viven rebotando como pelotas en los coloquios llenos de largos silencios de las veladas campesinas.

El padre Santiago, que conoce el problema, calcula un promedio familiar de 6 a 8 hijos.

Sin embargo la población apenas está creciendo en la región. En Chachopo, donde en 1832 había una población de 403 habitantes, en 1950 se contaron 498, un aumento de 95 personas en más de cien años. En algunos lugares está disminuyendo. Como en Mucuchíes, donde en 1932 había 1.382 habitantes, y hace 8 años se censaron solamente 779.³

Pero esta disminución general de población no alivia las necesidades particulares de la familia, que continúa creciendo de muchachitos mientras se está alejando la carretera, y la tierra se está empobreciendo.

Para revitalizarla hacen falta precisamente las cabezas y los brazos de los hombres jóvenes que se están yendo.

La estafa de las ciudades

Los que se van no son los "Antonio el mudo"; esos se quedan. Esta selección natural de la emigración ha de traer consecuencias funestas para el campo venezolano.

Los que se van son los jóvenes campesinos capaces de observar la difícil pelea de sus viejos contra los pedregales y las pendientes, buscando salida hacia otras regiones del país, generalmente a ciudades como Maracaibo y Caracas, que los engullen sin que casi nadie tenga conciencia de su tragedia.

Las mujeres se tienen que dedicar al servicio; a veces a toda clase de servicios. Los hombres, sin profesión que ofrecer en un suelo de asfalto y cemento, casi nunca consiguen pasar de mandaderos.

Estando Venezuela tan necesitada de gentes que conozcan la tierra, la quieran y la trabajen con cariño, obliga a sus hijos a desplazarse hacia las ciudades, que ya están atestadas de gentes sin oficio.

Esta es una de las terribles consecuencias de los despilfarros de la dictadura. En lugar de cimentar y enraizar el país, le construyó en el aire los torpes desafíos de los teleféricos y las torres gigantescas y las autopistas ciudadanas.

Entretanto, en el inmenso cuerpo abandonado del pueblo, la sustancia de la vida, las reservas de tierra y de hombre, se están muriendo arrastradas por las aguas, el viento, el hambre, el frío y la miseria.

El padre Santiago censó 800 hombres que están sin trabajo entre las poblaciones de Mucuchíes y San Rafael, candidatos desesperados para salir, si tienen valor, de entre los

³ "Problemas económicos y sociales de los Andes venezolanos".

pedregales sin esperanza hacia la solución que se les antojan las ciudades, el típico señuelo brillante y luminoso tras el que se esconden todas las estafas.

Y al mismo tiempo se están buscando campesinos en Europa.

La casa y la orillita de tierra

A falta del pedazo de tierra que sembrar, insistiendo en cultivos que no rinden, sin semillas adecuadas, sin abonos, si la gente de esta región dispone de un rancho (que muchos no tienen bajo qué guarecerse) es en condiciones inhumanas.

La piedra, que es muy económica en estos pedregales, resulta, sin embargo, sumamente fría. Como carecen de cobijas, se acuestan sobre un cuerito de res tendido en el suelo.

El problema de la tierra está estrechamente ligado al de la permanencia del campesino en la tierra, porque para querer y trabajar como suya, tiene que elevarse de la injusta condición de medianero.

Lo que el padre Santiago propone es una reubicación racional del campesino, dotándolo de viviendas adecuadas, ayudándole a adquirir mediante su correspondiente y justa indemnización, la orillita de tierra que sobra a los propietarios que administran a los aparceros desde las ciudades.

Los turnos de morir primero

En toda el área del extenso municipio de San Rafael no hay un solo médico a tiempo completo. Les toca a los de San Rafael compartir el que tienen en Mucuchíes, que por sí solo tiene 3.818 personas "enfermables" y "muribles" en cualquier momento, regados en otra extensísima área sin carreteras y a veces ni caminos.

El médico de Mucuchíes viene, pues, al dispensario de San Rafael, que no tiene medicinas, una vez por semana, los viernes.

Este es el día más cómodo para enfermar en el municipio.

El médico, claro es, no tiene la culpa de haber sido destinado a este terrible dilema de asistencia, y sin duda que tiene más de un problema de conciencia al obligarse a un orden de prelación. ¿Se le morirá en un momento dado el más viejo, o el que vive más lejos o el que está más grave?

Yo pienso, horrorizado, en una responsabilidad como la del médico de San Rafael y de Mucuchíes.

A veces, el tiempo de ir a Mérida por una medicina urgente es exactamente el que se necesita para morir sin remedio.

Por esta egoísta predilección de las medicinas por las ciudades, se mueren muchos campesinos.

Es pues, natural que los campesinos que escapan con vida hasta crecer lo suficiente para moverse por sí solos, huyan apuradamente a las ciudades.

Los héroes que aprenden a leer y a escribir

Para una población escolar de primaria de varios cientos de niños regados como semilla a voleo por todos esos cerros, hay una sola escuelita con dos maestros. La instrucción no alcanza sino hasta cuarto grado. Cuando los escolares llegan a este tope de la sabiduría (a pesar del sol, el agua y el frío que transita por todos los caminos de esa serranía durante todo el año) y si todavía le quedan ganas y tiempo y fuerzas para seguir adelante, tienen que caminar siete kilómetros ida y siete vuelta adicionales hasta Mucuchíes, que allá sí enseñan 5º y 6º grados.

Caminar eso con los pies montados sobre cotizas de tres puntas, con la caldera del estómago apenas entibiada con unas papas cocidas con sebo y arepas de trigo hechas cada lunes, ayudadas con un trago de agua helada, es una hazaña mayor que la del corredor de la batalla de Maratón.

Y el ciudadano nacido y criado en estos andurriales que llegue a algo más que a destripador de terrones y a sembrador de papas es un héroe ciudadano que merece los máximos honores nacionales.

Pies para el turismo

Estos mismos humildes caminos campesinos que anda "Antonio, el tontico", son muy merecidamente celebrados por el turismo.

La vialidad tiene puesto importante entre los problemas de San Rafael, tanto en lo que se refiere al aspecto comercial del transporte como al turístico, porque éste es también fuente de riqueza, y la región andina ya puso por su parte lo que necesita para conseguir una pujante industria turística.

Me decía el padre Santiago, que el solo territorio del municipio de San Rafael tiene 300 lagunas, 12 de ellas con truchas. Están las de Mucuriuque, Laguna Negra, La Carbonera, las de Hondas, la Laguna de Patos (hay patos de páramo), la del Santo Cristo (la más grande de todas y todavía inaccesible), varias más que hay en el Rollar, las del Hoyo, la del Mucuy, las Mifafi, las Apersogadas y la Laguna Grande.

La panamericana, con las enormes ventajas que rinde, ha contribuido sin embargo a que estas tierras queden más apartadas. La amenaza definitiva para estos pueblos sería la realización de un proyecto de la dictadura para unir Mérida con Valle Grande, saliendo a Apartaderos.

– Estos pueblos morirían definitivamente –me dijo el padre Mario Santiago con alarma.

– ¡Que estrellados! –sentenció el sacristán desde dentro de sus mostachos blancos, con la misma rotunda convicción con que debe decir "amén" al final de las oraciones.

Antonio, el mudo, como siempre, no se enteró de nada.

Donde llegan las cartas que se pierden

En San Rafael hay una pequeña oficina de Correos.

La administradora, doña Rosa de Rivas, es una timoteña que lleva 18 años en el cargo, defendiéndose cosiendo "una ropita". La media docena de cartas que llegan al día, "casi todas oficios", no dan para más tampoco.

El municipio no tiene servicio de reparto. A falta de repartidor, doña Rosa se las compone como puede para mandar razón con alguien conocido que pasa. A veces consigue al interesado por casualidad.

Pero son muy pocos los que reciben cartas en San Rafael.

Y sin embargo llegan algunas extraviadas, "que no son de por aquí", que no son para nadie. Cuando vi las cartas perdidas que doña Rosa clasifica escrupulosamente en un cartón dentado que ha fabricado ella para exhibirlas durante "los noventa días que dice el reglamento", comienzo a creer que sí se escriben algunas cartas que no llegan nunca.

A lo mejor llegan a San Rafael.

Cuando hay una carta de alguien que murió o alguna que se pierde por su cuenta (porque a veces más vale así) llega a este apartado buzón que es el más pequeño y también el más alto de Venezuela, el que está más cerca del cielo de niebla y nubes, y más lejos del cielo dorado del presupuesto, y donde Antonio, "el mudo", que llaman también "el tontico", ni siquiera sabe que no hay nadie en este mundo que pueda mandarle una tarjetica de Navidad.

El trapiche

Justo Ibarra es un hombrecito de cincuenta (con pocos dientes, con pocas carnes) que está mandando una cuadrilla en el trapiche Belén, que es una fábrica vieja con parches de ladrillo en los riñones, con remiendos de zinc en la cabeza.

El trapiche se mueve lentamente, a la vieja usanza de los golpes de agua contra las cucharas de la *turbina de cangilón*. Lo levantaron en el centro de una rica hacienda con el agradable encargo de chuparse toda la caña que crece en los contornos. Y, como la abeja, el viejo trapiche devuelve su miel en las panelas y los papelones que está embojotando Justo Ibarra, envuelto en una tibia y dulzona nube de vapor que llena el local donde el trapiche convierte el verde crudo del guarapo en el amarillo de oro de la miel.

2

Un trapiche tiene que:

1. Moler la caña para exprimírle el guarapo,
2. Cocerlo, para que se evapore el agua y quede entero el dulce,
3. Ponerlo en moldes para panela o papelón, que en Mérida llaman *cucurucho*, y dejarlo secar.
4. Empacarlo o *embojotarlo*, como dice Justo Ibarra, y despacharlo para "endulzar el café".

3

No todas las cañas rinden igual calidad de guarapo. El preñero sabe, antes de que las muelas del trapiche estrujen el tronco de la caña, cuánto caldo va a rendir una carga.

Hay una extensa variedad de cañas de azúcar, unas más jugosas, otras más dulces, como hay diversas calidades de uvas o de manzanas. Justo Ibarra me dijo que hay una que llaman *prumotora*, que es blanca ("cuanto más blanca la caña, más fina"); la *novecientos*, que es muy buena y limpia; la *otalla*, que también es buena, y después la *caucana* y la *Puerto Rico*, que son cañas de mucho aprecio. En cambio, hay otras, como la *piojuta* y la *cotiza*, que son poco rendidoras.

– Usted sabe –me explicó Ibarra chupándose un dedo de miel de guarapo– las cañas son como las mujeres, las hay dulces y las hay amargas.

4

El trapiche, que es un mecanismo de tres cilindros estriados (la *mallar*, la *resquebrajadura*, y la *repasadora*) que exprime la caña sin desperdiciar una gota, siempre está un poco por encima del nivel de las *pailas de mermar* el guarapo.

El guarapo se calienta en un juego de cinco pailas de cobre dispuestas, de diámetro mayor a menor, en una sola pieza y con un pequeño declive que permita su comunicación. Por debajo de este cuerpo de recipientes hay una *parrilla* u horno corrido que se alimenta con bagazo seco.

El guarapo, que sale "zambumbe" (delgado), comienza a calentarse en la primera paila, y pasa sucesivamente hasta la quinta, donde el guarapo llega sin agua. Cuando se espesa lo suficiente, cuando ya es casi *miel*, se pasa a un espacioso cajón de madera que llaman *canoas*, donde lo baten durante unos diez minutos, hasta que encuerpe y alcance el *punto* que requiere para pasarlo a la *adobera*, que es el molde de la panela.

Las panelas, que pesan un kilo, y los papelones o cucuruchos, que pesan kilo y medio, los empacan o embojotan en cascarón de cambures morados, cortados ya secos en la misma mata, y atados con *cocuiza de amarrar*, que resulta tan sólida como una cuerda, y más barata.

5

No se puede improvisar fácilmente un buen equipo de hombres para trabajar en un trapiche. Por eso es que generalmente se contratan equipos ya organizados, algunos de ellos de mucha fama ("en Ejido los hay muy buenos"), que van de un trapiche a otro.

En un trapiche que trabaja en el valle del río Mucujún, cerca de San Javier del Valle, me dijeron que estaban trabajando "al costo"; es decir, cobrando dos bolívares cada uno por la carga de caña, pero sin derecho a comida. El almuerzo lo estaban cocinando ellos mismos, en una pieza vecina.

Estos hombres comienzan a trabajar a la una de la madrugada, y no terminan hasta las cinco y media o seis de la tarde, después de haberse dado una paliza de dieciseis o diecisiete horas de faena. Descansan brevemente para tomar café en la madrugada, desayunan a las ocho y almuerzan a las 12.

No pueden comer muchos lujos, porque lo que pone cada uno son cinco reales. Las cargas de caña que pueden convertir en panela (que "rinde más que el cucurucho en el trabajo") durante estas largas jornadas pocas veces pasa de ocho. Ocho cargas a dos bolívares por hombre, son dieciséis. Este es un buen jornal para un campesino merideño, aunque sea especializado y trabaje 16 horas. La mayoría de los jornaleros gana menos de la mitad.

6

El rendimiento de un equipo de trapiche depende de su coordinación, y cada hombre tiene su trabajo medido.

El *prenero* es el que mete la caña en el trapiche, el *bagacero*, quien se la pasa a las manos, y luego retira el bagazo, que es la caña ya exprimida, seca como una pasta de cartón. Los dos, trabajando conjuntamente, cuidan de que el chorrito de guarapo llegue regularmente a la primera paila de cobre que está sobre el horno.

A la paila que llega este guarapo fresco llaman "calentador", aquí, mientras se va calentando el jugo, el *segundo pailero* le va quitando con un "ramellón", (que es una gigantesca cuchara hecha con totumo y un palo largo de cabo o de "carruzo", una caña grande) la "cachaza" o espuma de impurezas que flota sobre el caldo. A medida que el guarapo se está "mermando", o espesando, el mismo segundo pailero lo va pasando a la segunda paila, y de aquí a la tercera. Ya la tercera paila, donde el jugo comienza a hervir, pertenece al *primer pailero*. El se ocupa de remover el guarapo con la "bagueta", hasta que hierve y alcanza el punto. Para apreciarlo, se sacude un dedo de dulce en una olla de agua. Si la enturbia, todavía falta. "Cuando se forma una bala dura" y baja al fondo sin manchar el agua, ya tiene la miel el espesor suficiente para pasarlo a la canoa, y después al molde.

Quien alimenta el horno cerrado que hay debajo del cuerpo de pailas es el *parrillero*, y quien arrastra el bagazo secado al sol (" medio día al sol basta ") sobre un cuero de res, es su *ayudante*.

7

Mérida, con 6.221 unidades de explotación (sólo Táchira le sobrepasa, con 10.384) y una superficie total de 11.083 hectáreas dedicadas a la caña de azúcar, tiene una producción bruta de 307.894 toneladas. Táchira (539.437), Sucret (376.786), Lara (346.240) son los únicos estados con mayor producción.⁴ Esta caña merideña rinde 11.132.993 kilos de papelón o panela, ocupando un importante cuarto lugar entre los estados productores del país.

La caña se muele en pequeñas prensas de viejo estilo, (algunas movidas a mano) otras con fuerza animal, y también en trapiches que ya utilizan motor eléctrico; pero la mayoría de los trapiches andinos se mueven con el viejo procedimiento de las turbinas de cangilón.

Hay trapiches que están ocupados en moler su propia caña, como la de la hacienda Belén, y trabajan durante 4 o 6 meses al año, según la cosecha; pero hay otros muchos que sin caña propia que moler o sin la suficiente, se dedican a moler la de otros pequeños sembradores, cobrando un tanto por carga. Generalmente un trapiche cobra 30 bolívaes por convertir una carga de caña en panela.

⁴ Censo agropecuario de 1950.

En Mérida les ha salido a los viejos trapiches la competencia de un molino moderno que quema bagazo y petróleo, y que en tres turnos de 24 hombres cada uno muele 350 toneladas de caña al día, produciendo de 35 a 38 toneladas de azúcar ya refinado.

Este es un gigante que se traga hasta la melaza, que aquí Justo Ibarra regala generosamente la de Belén a los campesinos que vienen a recogerla para alimentar sus cochinitos y sus gallinas.

En seis meses, la nueva planta es capaz de terminar con toda la caña que se produce en la zona de Mérida.

Los pequeños trapiches de los parches de ladrillo en los riñones y los remiendos de zinc en la cabeza están tratando de hacerle la guerra al gigante, y cuando yo pasé por Mérida llevaba el ingenio moderno dos meses sin trabajar. Sin duda que terminará ganando, porque los David gananciosos de nuestra civilización son cada vez menos; pero el reajuste se tendrá que llevar a cabo con cierta lentitud, y sin desconocer los problemas que se derivan de su irrupción en la pequeña economía del sabroso cucurucho o la panela que Justo Ibarra embojota con aquella apariencia de diablo que le da aquel pailero y aquel humo de vapor de guarapo que llena de azúcar los viejos muros del trapiche Belén.

Chachopo

A Evelio Ramírez, que era un sencillo hombre de campo, lo estaban enterrando con bandera y estandartes.

No es que el honor me pareciera excesivo para un hombre de su condición; a otros con menos méritos los despiden con salvas y discursos; pero me chocó, porque no es corriente que a un campesino lo entierren con los honores de un general.

Después me informó Ramón Antonio Rivas, que nació y vive en una esquina de la plaza Bolívar, que el muerto pertenecía a la Sociedad de San Benito.

Así, por esta curiosidad que me despertó la callada procesión fúnebre a través de la atarida y silenciosa calle de Chachopo, supe de Evelio Ramírez cuando ya se iba para siempre.

2

La vida de los campesinos andinos es muy difícil. Para trabajar la tierra que todavía les queda a aquellos cerros mitad piedra mitad niebla, hay que fajarse muy duro, y además creer en Dios.

Ni la plaga de "rosquilla", que es un gusano que acaba con todo; ni la helada, ni el sol, ni la tormenta, se hacen anunciar a tiempo. El campesino es el que tiene que resolver su vida con mayor número de incógnitas. Y como lo desconocido viene de Dios, pues es muy comprensible que se le utilice un poco arbitrariamente, buscándole intermediarios, como los matemáticos recurren a las x y las z para resolver sus problemas.

En Chachopo, como en todos los pueblos andinos que viven de la agricultura, tienen sus abogados del cielo. Cuentan con Santa Bárbara, que es la que hace y deshace allá arriba en materia de lluvias; tienen a San Isidro, que "siendo él mismo agricultor", no se podría escoger un abogado mejor para el campesino en la corte celestial, y les llegó también la esperanza de San Benito, que no es campesino, ni probablemente podría pronosticar el tiempo de un día para otro, pero cuyas virtudes se han dado a conocer de tal manera en todos los Andes y hasta en el Zulia, que de ninguna manera se podría vivir ya sin su intercesión.

El santo que ha entrado en el corazón de los campesinos andinos es San Benito de Palermo, un inmigrante italiano. Le organizan fiestas cada 25 de enero y le cantan:

*Dios te salve, san Benito,
yo te saludo cantando,
porque eres nuestro Patrón
que aquí estamos venerando.*

El santo italiano, por un curioso proceso de transculturación, tiene la cara negra.

Probablemente tiene algo que ver con el propio color de San Benito de Palermo. porque se trata del mismo San Benedictino El Moro, que tendría la tez. no negra, sino morena, porque era un moro nacido en Palermo que proclamaron santo. Pero la tradición le atribuye al San Benito que se venera en los Andes una relación con San Pedro Claver, el santo de los esclavos, cuyas devociones se mezclan por un fenómeno tan corriente en los procesos de la sencilla devoción del pueblo.

La de San Benito está tan extendida y tan profundamente enraizada dentro del corazón de estéis gentes, que hay lugares como San Benito, a poco más de un kilómetro de Chachopo, que han tomado su nombre y le han construido una capilla.

Pero el mérito del santo no queda en la ruidosa y vana explosión de unos cohetes, sino que ha ido quedando en la conciencia del pueblo para arraigar en la creación de una hermandad o cofradía que tiene vigencia de enorme valor social a lo largo y lo hondo de los 365 días de zozobra que vive el campesino de un verano a otro.

En Chachopo, la cofradía (que es de sólo hombres) está agrupando cerca de doscientos. Al margen de su validez religiosa, tiene un hermoso carácter benéfico. Mantiene una camilla para transportar a los enfermos hasta el dispensario, y cuando en San Benito surge cualquier caso de urgencia, el propietario del único carro que existe conduce al enfermo hasta la medicatura rural de Timotes. La Sociedad compra las medicinas que necesitan los socios, y en caso de muerte, el grupo costea los funerales, y el entierro. Cuando algún socio se encuentra en dificultades, la Sociedad le presta su ayuda...¹

A San Benito y Chachopo les llegan de visita los socios de Mucuchíes y San Rafael, y éstos se la devuelven en su oportunidad. De esta manera, la Sociedad de San Benito que funciona en Chachopo mantiene también lazos con otros grupos de La Mesa de Esnujaque, Jajó, Pueblo Llano y Piñango.

3

A la sociedad se le llamaba anteriormente Jira de San Benito. Los "giros", como se les denomina a los componentes de la cofradía (probablemente por los movimientos de baile que realizan) se visten de blanco, y se adornan con cintas anchas "de los colores que uno quiera organizar": verdes, azules, amarillas, moradas, rojas, que van cosidas a la ropa a la manera de una casulla de celebrante; se cubren con lo que llaman "turbante", que es una gorra de cartón forrado de papel de colores, en forma de mitra obispal, adornada de lentejuelas y florecitas pegadas con goma o cosidas con hilo ("Esteban las hace muy bonitas"), y llevan una maraca en la mano derecha.

Me dijo Ramón Antonio, que los "giros" (cada uno paga su "óvulo") acompañan al Santo en la procesión, y después bailan al son de cuatros, violines y tambores; primero una "contradanza", después "una rueda agarrados de la mano", y luego "es que se teje el palo", como en el baile del sebucán.

¹ "Problemas económicos y sociales de los Andes", Consejo de Bienestar Rural. 1955.

4

Pero para fiestas rumbosas en Chachopo, las de San Isidro Labrador.

Lástima que no las pude presenciar, porque se celebran en mayo, y llegué un poco tarde; pero basta el testimonio de Ramón Antonio y José Cruz Rivas para que las sean.

"Lo más importante es que se le hace al Santo una misa a las once". Luego, para la procesión, se reúnen unas cien yuntas de bueyes, "enflorados", con los cachos pintados de plata o de oro con sapolín, los cascos pintados de blanco, y a algunos hasta se les adorna con rayas de color en el cuerpo.

Debe ser un impresionante desfile éste de las cien parejas de los pacíficos bueyes, rumiando mansamente su pasto, adornados como dioses de la mitología antigua, siguiendo lentamente a la imagen del San Isidro que llegó a Chachopo montado en un camión.

Después, el Padre bendice los animales en la intención del Santo, y la hermosa tradición cumple con San Isidro por un año más.

En cuanto a Santa Bárbara, cuentan en Chachopo que apareció "hacen muchos años" una imagen de oro. Las veces que trataron de buscarle un acomodo mejor, la imagen regresaba misteriosamente al lugar de su aparición. Hasta que, "en tiempos de antaño", tuvieron que fabricarle una capilla.

La parte triste de la historia dice que "como era de oro, alguien se la llevó". Ahora tienen una de yeso, que no la toca nadie y todos le pueden ver y hablar.

De ahí deduzco yo que en las cosas del cielo, el yeso resulta más noble que el oro.

5

Chachopo, que tiene alrededor de 1.600 habitantes, no es sólo la placita sembrada de capachos rojos y amarillos, calas y pinos Monterrey por donde cruzó el entierro embanderado de Evelio Ramírez hacia el cementerio, que le queda arriba del cerro, como un balcón. Chachopo, el municipio, consta de un hermoso grupo de caseríos asentados en este valle alto de los Andes.

Están Tuyuy (que "es un caserío urbano") y Tifafá (que "es un nombre más o menos antiguo"), y están los "caseríos foráneos": Mucutujo (que está "en un cerro atrás"), Yerbabuena, el Cacho, Miranda y Mirandita, (donde no alcanza ni camino de herradura), Cruz Chiquita, Cañada Cerrada ("hay varias cañadas por allá, pero ésta es la más honda") Mertique ("donde está ese invierno ahí", y me señalan con el dedo una niebla que recorre los costados del cerro, más arriba del cementerio), La Venta ("el caserío más importante, hay una capilla y televisión y plata, porque hay mucha papa ahí"), Santa Elena, Mufique, Chububu. La Agua Larga, y, ya casi en El Águila, en la misma carretera trasandina, Almorzadero.

6

Lo que siembran en Chachopo, pueblo dedicado a la agricultura, es la misma papa, las mismas hortalizas ("que es el fuerte de aquí") y el mismo trigo que comenzaba a verdear en San Rafael o en Apartaderos. "Todo fruto de tierra fría se da". Hasta una caña que sembró Enrique Montilla para "un caso probatorio", que generalmente no se da tan arriba.

En el año agrícola 1949-50, Chachopo produjo 1.011.540 kilos de papas en una superficie de 706 hectáreas; 386.782 kilos de trigo en 806 hectáreas; 171.599 kilos de maíz en 229 hectáreas, y 4.560 kilos de leguminosas en dos unidades de explotación que suman 12 hectareas.²

Aquí existe el mismo difícil problema de abonos que en todos los Andes. Se quejan los campesinos de que llevan tiempo solicitando grama para combatir la erosión al agrónomo de Timotes, que es el que les corresponde a ellos, y que no les hacen caso.

– Y eso está tan fangúo –me dice un campesino de los lados de Cañada Cerrada– que con la lluvia se va...

En 1949-50, Chachopo censó solamente nueve unidades de explotación (de 165 que tiene) que usaban abonos orgánicos, con un total bien pobre de 184 kilos; y absolutamente ningún abono químico.

En este mismo año se censaron en el municipio 1.394 unidades de ganado vacuno, 231 cochinos, 172 ovejas, 108 caballos, 40 mulas, 2.234 aves de corral, y 70 burros.

7

En cuanto a las escuelas, que no se pueden sembrar como las papas o el maíz, los niños tienen que turnarse, mañana y tarde, en dos grupos, porque no caben todos juntos ni tienen maestros suficientes.

Froilán Lobo está Consiguiendo una moderna casa municipal dotada de medicatura rural y edificio escolar para dos maestras más que atiendan a los doscientos niños que hoy no tienen donde sentarse a aprender a leer.

8

Ya los problemas no existen para Evelio Ramírez, a quien le acompañaron con estandartes de la Cofradía hasta el cementerio que queda subido al cerro del pueblo, como una meta fatal.

Pero Chachopo, la placita con las calles y los pinos Monterrey y los capachos rojos y amarillos, y la iglesia, y las dos cuadras de casas, y los caseríos del valle alto que pertenecen al municipio, tienen que continuar viviendo.

Y a pesar de que cuentan con Santa Bárbara y San Isidro Labrador y San Benito, que les ayudan en lo que pueden, es urgente que alguien de más cerca, "más a la mano",

² "Censo Agropecuario", 1950.

como dicen ellos, les ayude a sembrar la grama que les retenga la poca tierra que les queda, les ayude a matar el "coquito" que les come la papa que siembran con la intención de despacharla a Timotes y Valera, y ayudarles también a abrirles unos caminos, aunque no sean unas autopistas, y ampliarles la escuela, para que todos tengan la oportunidad de aprender a leer y escribir.

El pequeño mundo de anime

No todos los hombres son de carne y hueso. Los hay de anime. Igualitos, con su cabeza, sus brazos, sus pies, todo. Estos hombres vestidos de rey, de pastor y de Niño Jesús no nacen en cualquier parte. Son criaturas de cuerpo y corazón muy blandos (aunque algunos no lo crean, todas las matas tienen su corazón) que nacen preferentemente en clima frío, donde las noches son largas y los silencios inmensos.

Los vi en Mérida, vistiéndose ya (ahora, que hace todavía calor) para el frío de la Navidad.

2

Vienen los reyes al mundo en hogares muy humildes, deslizándose por entre los dedos de manos muy pobres. Como nacen los pastores de verdad, y como nació el Niño Jesús en aquel humilde portal de Belén. Puedo dar fe de ello, porque yo mismo vi nacer a un rey en el regazo de una madre muy pobre de Ejido.

Ella se llama Belén. Belén Hernández.

Cuando las manos gastadas de doña Belén partieron aquel pedazo blanco de anime de a seis bolívars el kilo ("un kilo es un montón"), nadie que la ve le dice que acaba de nacer un rey.

Ella, que lo tiene "todo en la cabeza", sí se da cuenta, y comienza a desbastar el palito suavemente, con mucho cuidado, valiéndose de una navajita que tiene las cachas de latón marcadas con una propaganda de brandy. Las virutas caen delgaditas, blancas, sobre la falda de doña Belén, y cuando completan un montoncito blanco, como si fuese un puñado de algodón o de arroz o de harina, ya el rey tiene cabeza, cuello y hasta piernas, dos pies corticos que son suficientes para que se vean por debajo de la túnica larga y acolchada de algodón hidrófilo que llevan los reyes magos de Belén Hernández cuando viajan (igual que hace casi dos mil años) con los ojos puestos en la estrella que los conduce a la esperanza del Hombre.

Después que doña Belén se sacude las virutas con cuidado (las cepilladuras que sobran a un ser de anime son muy importantes, porque este resto podía muy bien haber sido el cuerpo lanudo y caliente de un cordero) busca el paquetico de algodón y le acomoda hábilmente una capa gruesa, como un manto. Ya su nieta Mireya le tiene recortadas unas brillantes estrellas de papel de envolver chocolate, y luego un cinturón, que doña Belén los va pegando habilidosamente en la túnica blanca de rey.

La figura (doña Belén, que está en el secreto, me dice confidencialmente que todos por dentro los hace igualitos; que sólo diferencia a un pastor de un rey por la ropa) ha adquirido ya una majestad de Rey Mago. Acomodarle el cabello y la barba (una sedosa barba color azafrán, coloreada con anilina), y pintarle después la nariz y los ojos (que ya

ni le hacía falta), y ponerle en la mano una varita del mismo papel de plata, fue cosa de tres o cuatro minutos.

Un rey así, de cuerpo blando de anime, tan verdadero como esos otros de sangre azul que todavía nacen en los palacios, los vende doña Belén (porque le hace mucha falta, que si no, no los vendería) a bolívar, siempre que se los pidan "al por mayor, que es por docenas".

3

El anime es una madera blanca, y muy blanda. Como decir de chocolate, para explicárselo de alguna manera a quien no ha hundido un dedo en un pedacito de su cuerpo.

El que traen a Ejido procede de unas matas que crecen en la zona de Aricagua, El Pantanillo, San Rafael, Las Cuadras y los Uramos, que son los caseríos de Llano Grande.

Pero no lo pueden cortar en cualquier tiempo. El cuerpo blanco y tierno del anime guarda su misterioso secreto. Tienen que picarlo en menguante. Si alguien no avisado corta la mata cuando la luna está creciendo, con los cuernos atrás, el anime se malogra y no termina de secarse.

Los campesinos de Llano Grande lo bajan a Ejido a partir del mes de julio, que es cuando comienzan a labrar las figuras para "vestir" los pesebres.

Cuando comienzan a salir las pequeñas caravanas de reyes y de pastores y de bueyes y burritos blandos de anime para Mérida, para San Cristóbal y hasta para Caracas, ya es señal de que se esta acercando la Navidad.

4

Doña Belén "no nació sabiendo". Ella aprendió de una señora Rosa que vivía con su familia cuando aún era una niña. No quise insinuar que la señora Rosa le enseñase nada. Fue ella, Belén, la que se fijó en cómo la Rosa hacía las figuritas de anime, y después ella lo repitió por su cuenta. "Eso es más mérito".

Eso sí, ella después enseñó a sus nietos. Ya Margot y Mireya y hasta Martica, que sólo tiene seis años, y Willian Alberto, el varón, que ya cumplió once, le ayudan muy bien. Los demás nietos todavía no saben, "porque son muy chiquitos". La última tiene cinco meses.

Y no es que ella fabrique siempre las mismas figuras, sino que se fija en los "corotos comprados que vienen de fuera", y los hace luego igualitos.

Doña Belén no se fija en los animalitos que reproduce. No son copia, pues. Ella lo que hace es "pensar en el animalito", y luego le "sale de memoria".

Las figuritas que más se tallan en anime son pastores ("que se hacen de tres o cuatro clases"), reyes magos, figuras del Niño Jesús, viejitos, ángeles, en fin, todos los personajes que intervienen en las escenas de la Navidad, hasta los burritos, las ovejas, los bueyes, las palomas y toda clase de pájaros.

"Hasta chupitas", dice doña Belén, "que son los pájaros chupaflores".

Seguramente que los habría también en tiempos de Jesús.

El anime lo trabajan con una navaja, una cuchilla fina y un pedacito de lija, que es con lo que se pule la cara a los reyes magos, al Niño y a los ángeles.

Para colorear las caras y los vestidos y los cabellos y las barbas, doña Belén usa una añilina que compra en la botica. Ella tiene ya sus fórmulas: "sonrosado pálido para los ángeles y para el Niño Jesús; rosado para los pastores, y marrón para los reyes (al rey blanco no se le pone más que "un rosado en los cachetes ") y los "viejitos". Algunos pintan sus figuras con goma laca, y luego los encharolan, para que el anime no se ensucie ni "lo coman luego los bichos". Pero a doña Belén le gusta el anime limpio.

Los ojos y los labios y la nariz los pinta doña Belén con la punta bien fina de un palito. Las orejas de los corderos son pedacitos de papel pegados a la cabeza de anime, y cuando el animalito o el pastor no quedan parados, se les pega un pie plano, una plataformita de cartón.

El algodón blanco que se necesita para vestir y empelucar a su gente, lo compra en la farmacia; para el algodón amarillo, ella tiene una matica en el jardín. Si necesita otro color, lo tiñe con añilina.

Los sombreros de los pastores y los pinos que van en los pesebres los fabrica doña Belén con mata de *colador*, y cualquier dificultad imprevista se resuelve con la cabeza, que la de doña Belén es de las más entendidas en figuras de anime en Ejido.

5

Las figuras del pesebre proporcionan un trabajo estacional para los que labran el anime, pero también, y durante todo el año, se pueden fabricar las frutas.

Quien se dedica en Ejido a imitar las frutas con anime es Elodia Toro, que vive en la misma calle Bolívar donde tiene su domicilio doña Belén.

Elodia imita tan bien un racimo de uvas como llena una canasta de pumarosas o de duraznos o de granadas que parecen de verdad. Las imitaciones de forma y de color son tan perfectas que cuesta distinguir si las zanahorias o las guanábanas o las chirimoyas o las pinas o los racimos de bocadillos maduros o los mamones o las naranjas o los limones o las mazorcas de maíz son de verdad o mentidos por la habilísima mano de la artesana.

6

Pero esta bonita industria artesanal del anime va menguando. En Ejido, donde antes ocupaba mucha gente, apenas le quedan tres o cuatro que se dedican temporalmente.

Como en todo, el troquelado impersonal y de serie en plástico resulta más económico y más duradero.

Ahora, lo que tiene que hacer doña Belén para dar de comer a su cuerda de nietos es tejer capelladas, a cuatro bolívares la docena.

Ella preferiría dedicarse todo el año a modelar las Sagradas Personas para vestir los pesebres, porque ella lo hace con cariño, porque "hacer figuras es como tener otros hijos"; pero ya está convencida, aunque le tomó tiempo, que la gente los prefiere de plástico, porque son más baratos.

Aunque sea para compensar la monotonía de tejer capelladas, doña Belén talla, de vez en cuando, un Rey Mago.

La capilla de Las Veras

Esas corcovas de cerro que rodean la meseta de Barquisimeto son alucinantes. Semejan un apretado rebaño de camellos gigantescos, con sus jorobas peladas y casposas reseca al sol. No queda una sola casa subida a la montaña; las áridas y quietas espaldas de cerro las han ido desmontando con un largo cerco de hambre y de sed.

Encima de esos cerros no se da nada.

Para conseguir una mata hay que bajar a los valles, donde la poca agua que cae se empoza suficiente para que los cujíes (que son los árboles-camello de estos semi-desiertos de Falcón y Lara) se tomen a tragos apremiantes la que les llega muy de vez en cuando.

Por eso choca tanto la fábrica gótica que aparece cabalgando en una de esas jorobas de cerro que domina la carretera trasandina, a unos diez kilómetros de Barquisimeto hacia Carora.

2

Es una tiesa construcción de ladrillo, sorprendentemente erguida en este peladero donde las casitas se agazapan para hurtar su cuerpo al viento. Parece una miniatura de castillo medioeval desafiando a la topografía y a la época.

La fábrica parece detenida cuando le iban a añadir un ala, porque tiene a un costado un muñón de ladrillo que sugiere esta intención, y en su lugar existe un pequeño cobertizo provisional de muros de bahareque. Desde la carretera se divisa algo que flamea al sol frente a la puerta. Es un trapo blanco. ¿Qué puede haber en esta extraña construcción que despliega una bandera de paz a su entrada?

Salimos de los pies ligeros y limpios del asfalto para tomar un camino de tierra que protesta con unas nubes de polvo tan blancas y tan pegadizas que parecen de cemento.

Es el mismo camino que andan tres muchachitas de alpargata que se cubren la cabeza con unos paños blancos. Es para defenderse del sol y del polvo que arrastra el viento sobre las redondas y gastadas espaldas de los cerros como un esmeril. No se detienen al vernos; más bien apuran el paso. En la dirección que llevan descubrimos una casita blanca, encendida al sol, con un agua de tejado larga y ondulada.

Después nos dijeron que era una escuela.

En el camino blanco de sol y polvo no se oye más voz que la del viento.

En un recodo topamos con dos palos aguantando un cartelito de madera que reza: *Después de las 6 p.m. no hay paso. Capilla cerrada.*

Ahora sabemos que la construcción de ladrillo es una capilla, y que hay gente que llega hasta aquí a visitarla.

Después hay un pequeño repecho de piedra y tierra blanca donde de vez en cuando se dan unas escuálidas matas de flor amarilla.

En la misma puerta ojival de la entrada hay una talla de madera que dice: *Ramón Rodulfo Leal*.

Dentro, la pieza esta vacía. Sólo al fondo, detrás de un enrejado de tablas pintado de azul, se entrevé el altar, que está situado en un cobertizo provisional adherido a la fábrica.

El viento silba tristemente en los aleros del tejado de asbesto, donde hay guindadas dos matas de sábila, "que hieden, para espantar a los murciélagos". Y entre los lamentos del viento se oyen (a pesar de la sábila) los chillidos de rata de los murciélagos, que vuelan de uno al otro lado del muro, de uno a otro travesaño del armazón de hierro.

De noche, esta ermita debe sonar como un órgano fantástico.

3

Simón Unda Vásquez es un larense campechano que ya anda "cerca de los 70" y hasta le fallan un poco las piernas, pero que no se lamenta de la edad ni del viento ni de la sequía.

Eso sí, "que aquí no llueve" es verdad, y también es verdad que "uno no sabe cómo dar de beber a los animalitos", y ocurre que "siembra maíz y no se le da nada", y también pasa que "la lloviznita por aquí es muy mezquina, porque lo que hace es correr la agüita sobre la tierra, que se seca ahí mismo".

Pero él no protesta por eso, porque siempre ha sido así; "esos cerros son así, blanquitos, los conozco desde que nací".

Esta razón, la de haber nacido sobre la tierra, es definitiva para la nobleza campesina de Simón Unda.

Por eso, porque nació subido a esos cerros, el viejo insiste (milagro del inagotable amor del hombre por su tierra) en que "el terreno aquí es muy bueno; lo que le falta es la lluvia".

Me está defendiendo el prestigio de su pedazo de tierra a la vera de un muerto: "ve usted, comenzó a salir este maicito y se murió".

Lo que todavía le queda a Simón Unda son unas ovejas y "un ganadito" (unas treinta reses) y una casa acogedora en la falda del cerro de la capilla, un milagro de matas y flores protegiendo los muros de cal que guarecen al hombre del asedio del sol y del viento que va redondeando los cerros ya pelados y hostiles de su geografía.

Simón Unda Vásquez es quien abre y cierra la puerta de la capilla del "sitio de Lourdes" que hay en Las Veras, que es un pequeño caserío muy disperso, y el que mejor nos puede dar una información.

4

Esta capilla de la Virgen de Lourdes, "Patrona de la carretera trasandina", nació de una promesa del señor Fortunato Arráez, un agrimensor que vivía en Barquisimeto. Los planos del proyecto, que están encuadrados y colgados en uno de los muros de la ermita,

aparecen firmados por el "maestro de obras y de dibujo José de la Paz Morales" en "Las Veras, sitio de Lourdes", el 27 de junio de 1927.

La idea de la capilla tiene, pues, un poco más de 31 años.

Simón Unda nos dice que "los domingos por la tarde vienen a pagar promesas desde Los Andes, desde Barquisimeto y hasta de Caracas", y un padre llega a celebrar una misa los terceros domingos de cada mes. Pero todo va despacio, con la lentitud con que a veces se manifiesta la voluntad de Dios. Es el mismo paso lento que sugiere una frase magnífica de San Francisco de Sales que figura en varios lugares de la ermita, como un lema: *Todo por amor, nada por la fuerza*.

Las cosas del amor suelen ir siempre más despacio; si hubiese sido "para el 2 de diciembre", ya eso estaba listo. Pero las cosas hechas con apuro se desmoronan antes. Y lo importante es lo que queda.

5

La capillita del sitio de Lourdes ha avanzado algo en estos 31 años de construcción.

Está el altar con la Virgen de Lourdes, rodeada de flores de papel, y están las dos campanas pintadas con purpurina regaladas por el Coronel Teodoro Méndez. Hay también un viejo armonium alemán con los fuelles todavía saludables, y un pulpito que es como un gran cajón pintado de marrón; unos reclinatorios y unas sillas de todos los tamaños y formas, y una caja con ranura y candado pidiendo "dádivas espontáneas para esta capilla en fábrica", escrito a mano, porque aquí todo esta costeado con "dádivas y promesas". Las ventanas góticas no tienen los vitrales que están pidiendo, pero en su lugar les han colocado unos vidrios de colores.

Existe ya un Cristo de mármol "venido de Italia" que fue donado por el señor Francisco Roversi, y que "fue traído hasta la capilla por el señor Simón Suárez en su propio camión", como reza un papel pegado al embalaje.

Pero la verdadera esperanza de esta capilla está puesta en una sarta de diminutos exvotos que tiene la Virgen a sus pies, a manera de un elocuente crédito de cuantos han alcanzado favores con su intercesión.

Claro que aparte de este respaldo, Simón Unda cree que además la capilla necesita que "el gobierno le meta la mano, que es el que tiene la plata".

6

Fuera del refugio de la capilla, el viento que silba en los aleros de asbesto, como en una cueva, está soltando las hilachas de la bandera blanca, como si la estuviese peinando.

Hay otro trapo blanco igual en la joroba del cerro vecino, indicando el lugar donde van a exponer al azote del viento al Cristo que ofreció el señor Francisco Roversi y que aún está preso entre los maderos de su embalaje.

Mientras tanto, el proyecto de capilla sigue dominando la cinta de asfalto que lleva a Carora y a Mérida, ofreciendo a los camioneros que pasan la oportunidad de prender a

la Virgen de Lourdes, su Patrona, el tributo de una vela para que los proteja durante el azaroso viaje.

Las fieras del ferry

– Hay que estar al pie de los corotos, porque hay mucha fiera...

Para Atanasio Febres, que sale en ferry desde Maracaibo para Palmarejo, fiera es cualquier remoto candidato al asalto de sus pobres bultos. El tesoro consiste en un saco de tela con muy pocas cosas dentro, una bolsa de papel y una maletica desguarnecida, encinchada con mecate. Y los candidatos a fiera son unos niños con cara de hombre que meten voluntariamente los bultos de los pasajeros al ferry y después tienen un gesto de espera, uno que otro viejo triste que pide discretamente para reunir el pasaje, y mujeres ocupadas con sus niñitos. Atanasio Febres es un hombre ya gastado, lleno de experiencias y malicias, a quien todo se le antoja sospechoso en su derredor.

Pero Atanasio Febres es simpático, de estos viejos que siempre están en actitud de ascenso y que por fin mueren sin alcanzar la cumbre, pero sin la sensación de estar nunca en una bajada. Con ese aire confidencial que él emplea para decir las cosas, aunque sea a un desconocido como yo, me sopla al oído:

– ¡Qué lucha dan estos barcos, mi hermano!...

Y el ferry se va llenando de carros, de camiones y de gente con destino a Palmarejo, que es el otro lado del Lago, donde está el rico distrito petrolero.

– Yo también gané mucho cobre, con un negocio que tuve en Cabimas. Pero ya no estoy para eso. Tengo buena la vista, pero el pulso es el que está fallo.

Y se suelta el ferry "Cacique" del malecón y emprende su caminar de hélice lago adentro. Entonces es cuando el viejo dice:

– Ahora que el barco dejó la orilla, nos podemos ir, que nadie se atreve a tocar las cosas de uno, porque nadie se las puede llevar lago adentro. Pero cuando el barco está en el muelle hay que estar al pie de los corotos, porque es mucha la fiera que hay...

2

Atanasio Febres, de gafas oscuras, corbata y panamá con cinta negra, compra su ticket de a bolívar y sube donde están los asientos del pasaje. Aquí duermen, leen el periódico o conversan los pasajeros durante la hora que dura la travesía. Es gente que regresa desde Maracaibo a Barquisimeto o a Coro o a Carora o a Mérida por tierra, o de andar más modesto hasta Cabimas, Lagunillas o Tía Juana, los campos petroleros más importantes del Lago. Hay también agentes viajeros y fotógrafos que hacen ampliaciones a domicilio y vendedores ambulantes.

En el mismo barco anda un enorme estuche que abre como un biombo y muestra el oro de unos prendedores de madera pintada con purpurina diciendo nombres para prenderlos en las blusas de las novias. No estaríamos donde estamos si faltasen: "Borgiana", "Arcadia", "Udailda", "Xiomara", "Imelda", "Urinolfa", "Huerfalia",

"Tamarila", "Estílita", "Adalsaínda" (" así se llama la hija de una mujer que tuve yo, ¿verdad, Atanasio?"), "Asmiria"...

– Yo soy Neptalí Torres –me dice el muchacho que los vende a dos bolívares– ponga también el nombre mío...

Neptalí me cuenta después que el negocio no es malo, pero ha sido mejor. Ocurre que han vendido mucho y la gente tiene ya su prendedor. El quiere venirse para Caracas, donde el campo de los prendedores de madera pintada está aún sin explotar. Y aquí, él está enterado que explota cualquier cosa. Ya van a reunirse estos nombres de madera pintada a los "marcianos", los "muchachitos vagabundos", los lápices, los cepillos, las hojillas y otras especies que andan rondando las trancazones de tráfico.

– Pero tendrás que llevarte otros nombres...

– Otros nombres también hay...

Y me abre otro panel del biombo donde están "Carmen", "María", "Gladys", "Josefina", "Consuelo". La que más se vende es "Carmen". También hay nombres ingleses, porque los piden bastante. Lo que menos se vende es "Egleth", "Chela" y "Daigi". "Daigi" no se vende casi".

– ¿Tiene "Berenice"? –pregunta un cliente.

– "Berenice" sí hay. También hay "Alcibíades"; es el que los hace...

Y se cierra el biombo verde con grandes flores rojas y amarillas en la tapa para adornar un letrero de caracteres de exhibición escolar que dice: "Prendedores para Damas", y los nombres de madera contrachapeada realzada con purpurina y negro se van para otra hilera de banco y se ofrecen para una blusa de mujer.

– ¿Tiene "Dorgiana"?...

– Sí, "Dorgiana" sí está...

El administrador del botiquín del ferry es Isaac M. Delgado, un hombre con su gorra blanca que parece de Capitán y trabaja como si anduviera paseando. El primer viaje del ferry es a las cuatro de la mañana. Y hasta las ocho de la noche eso es el ir y venir del "Cacique". Y el "Catatumbo", que cuando hay mucho carro y hace falta entra de emergencia. Estaba también el "Coquivacoa", que ya está viejo y no anda. Durante el día hay ferry entre el malecón de Maracaibo y Palmarejo cada media hora. Los ferrys parten de cada lado al mismo tiempo y se cruzan en el canal. El último viaje es a las diez de la noche.

– ¿Y si alguien se quiere ir al otro lado después de esa hora?

– Será en lancha particular o nadando, porque ferry no hay.

Yo quise saber qué opinaba el administrador de un negocio en el ferry, como Delegado, del proyecto del puente sobre el Lago.

– ¿El puente?... ¡Ah, no, eso lo hacen!... ¿Qué si es bueno?... ¡Cómo no! Eso es una gloria para el Zulia, es lo más grande que va a tener la República...

Para Delgado, la solución del puente, "todo por arriba, que se vea", es lo mejor, porque "es más visto".

Lo mismo piensa Amalio González, un margariteño que sin saber leer ni escribir lleva 25 años trayendo y llevando recados desde Cabimas para los bancos y "el comercio en general" sin pelarse nunca de dirección, entregando los sobres en sus destinos,

dejando los paquetes en las direcciones que le dicen y llevando el dinero a cada lugar sin faltarle nunca una locha.

– ¿Una locha? –me dice Delgado– ni 40.000 bolívares, que es lo que se encontró una vez Amalio metidos en un portafolio botado en el suelo, y lo entregó entero a un Banco para que buscaran al dueño.

Y Amalio continúa haciendo sus recados con la misma pulcritud y sigue viviendo en la misma casita de bahareque con compartimientos de cartón roído en Cabimas, donde está desde que llegó al Zulia. Me dijeron que en atención a su honradez y sus servicios, la sociedad de comerciantes del Distrito Bolívar ideó hace algunos años regalar a Amalio una casa. Pero el proyecto quedó en esos esquemas de obras buenas que no se realizan.

¿Por qué no se premiará la virtud con la misma sanción oficial con que se castiga el delito?

Amalio nunca espera al ferry en el muelle. Porque está demasiado ocupado para llegar temprano, y también porque están más seguros sus paqueticos, sus sobres y sus encargos si no pierde mucho tiempo esperando. Calcula cuando sale el ferry, que ya es un viejo amigo que está al tanto de sus demoras y sus apuros, y se deja rodar por el malecón en el momento justo de partir. Amalio es como un reloj que marca la hora de los ferrys. "Hasta lloviendo se viene a tiempo".

Amalio no sabe leer. Y parece que alguien trató una vez de ayudarle leyéndole un membrete; pero se sintió un poco ofendido y no insistieron. El conoce los sobres por los membretes y los paquetes por las etiquetas, y tiene como un instinto especial ayudado por el olfato, que distingue los olores peculiares de las boticas y los almacenes de telas. El dice que guarda en la memoria las formas de los paquetes y el color de la envoltura. Así debe ser.

Me contaban en el ferry, y esto no va en desprestigio suyo, que en una ocasión preguntó a alguien en un rincón del barco:

– Ve, pa quién es esto...

Y le hizo leer una etiqueta. Pero justamente se recuerda el hecho como raro. La verdad redonda es que nunca se le ha perdido un paquete ni un papel.

Amalio está exonerado de pago en los ferrys. Es la única persona que viaja gratis; aparte de los empleados de la Compañía, claro. Realmente Amalio comenzó como timonel del vaporcito "Gómez", "El Gómez", como la llamaban allá por el 28, pero pronto su oficiosidad y la pulcritud con que hacía los recados de favor a las gentes le enseñaron el camino de una especie de agencia de encomiendas entre Maracaibo y el Distrito Bolívar que ha permanecido desde hace casi 30 años sin crecer, sin aspiraciones, contentándose con su jornalito de hombre honrado.

Y desde hace años repite lo mismo. Sale tempranito de Cabimas en un carro por puestos por entre los cardones, los frailejones, el chivichive, las pringamozas que flanquean el macadam caliente que conduce hasta Palmarejo, toma su ferry, baja en el malecón, llega al Banco de Venezuela, frente al mercado, va a las boticas de la Calle Comercio, que son muchas, entrega sus cosas, recoge las que haya para Cabimas, y tempranito de regreso a su casa, por el mismo camino, entreteniéndose en el ferry con un cordoncito haciendo nudos marinos para ocupar la hora de travesía, que se le antoja

lenta, sin perder por eso de vista sus encargos, pero con menos impaciencia que Febres, que ya antes de llegar a Palmarejo me está llamando la atención:

– Hay que estar al pie de los corotos, porque es mucha la fieras que hay...

Cuando Cabimas era solo un pedazo de tierra

Telémaco Freites (83 años, "pa'que lo ponga en los papeles") parece un Don Quijote con gafas. Está de visita en casa de Antonio Fernández, que nació en 1898 a la sombra de unos cocos en este mismo barrio Ambrosio con el destino de ser el primer hombre en Cabimas que manejara un carro.

Allá por 1915, cuando comenzaron a trabajar las compañías petroleras, Telémaco Freites tenía en La Rosa un galpón que alquiló por 60 bolívares al mes para uso de caballeriza, porque el transporte de tablas para construir las viejas torres de madera se hacía a tiro de caballos, y tenía, además, una balandra que alquiló "a 40 fuertes mensual" para el transporte del agua y la fruta, las papas, las arvejas y el arroz que traían desde Maracaibo hasta Cabimas, que todavía no tenía muelle.

Cabimas seguía aún sin muelle para los bongos y las canoas y las balandras que comenzaron a llegar como un largo rosario con sus cubiertas llenas de mercancías y de hombres y de mujeres cuando un cable dio el 14 de diciembre de 1922 el grito de que acababa de estallar el chorro de La Rosa: el pozo Los Barrosos N°. 2, conocido entonces por R-4.

Antonio Fernández nació en la barriada Ambrosio, que a principios de siglo era el pedazo que va desde donde está el Liceo Chávez hasta el "Ultimo Tiro", un botiquín de tablas propiedad de José F. Ortega. Porque Cabimas era un solo camino de tierra desde Punta Gorda hasta la Misión, 10 kilómetros de casas de barro donde Gregorio González levantó la única casa de teja.

Cuando en 1903 el Presidente Provisional del Zulia, General Régulo Olivares, declaró la cesión de cuatro leguas de tierras baldías a la parroquia de Cabimas, y el caserío adquirió la categoría de municipio, los escasos mil habitantes del lugar se dedicaban al corte de leña, a la recolección de cocos para la ceiba de marranos, a pescar lisa y curbina en el lago, a recoger paja para venderla en Maracaibo como alimento de animales, a la agricultura, la cría de ganado y la navegación, trayendo de Encontrados, Santa Bárbara del Zulia, Bobures y Gibraltar, "que es la costa", plátanos, yuca, maíz, azúcar de la Hacienda El Banco, guineo y auyama, para venderlo en el mercado de Maracaibo.

El que conoce Cabimas de sólo diez o doce años atrás, convertida, con sus 70.000 habitantes, en el primer centro petrolero de Sud-América y en uno de los primeros productores petroleros del mundo, no puede imaginarse el caserío que era a principios de siglo, alumbrándose con kerosén americano que compraban a 6,50 bolívares la lata, o con el aceite de coco que elaboraban Ramón Quintero y Natividad Freites, o con velitas de esperma que valían a centavo, o con carburo, "que es el invento que vino después".

– Porque Cabimas era pobre, "demasiado"...

2

La terrible sacudida tuvo su oráculo.

En una casita de barro de Ambrosio, donde queda ahora la quinta de José León, vivía María Acosta, sola con una hijita de 7 años. Era una mujer extraña con arrebatos pasajeros en que solía pasar por las calles gritando disparates.

Desatinos como hablar en nombre del Padre Eterno anunciando "que iban a venir máquinas de hierro que harían mucho ruido, y pájaros grandes por el aire; que todo terminaría en llamaradas y en catástrofe". Y un día de 1911, cuando ya la mujer se había ganado un puesto entre los locos del pacífico pueblo que andaba a pie y en burro, y se le empezó a tener lástima, la mujer desapareció. Se fue para La Rita por una pica que había entonces, y se extravió. La gente salió a buscarla golpeando los parches de los tambores que solían sacar los vecinos por las fiestas de San Benito, pero no la encontraron. "Como si la hubiese comido el camino".

La gente la recordó cuando comenzó a llegar gente con máquinas y cuando estalló aquel tremendo surtidor de petróleo que comenzó a regresar al suelo como una llovizna viscosa y negra que podía pegarlos a su tierra y enterrarlos como simples moscas. Y la invocaron cuando después comenzaron a llegar hombres y mujeres de quién sabe dónde, armando terribles escándalos en los tugurios, ferias permanentes de juego con estallidos de música metálica que perforaba durante las noches todas las paredes de barro.

- La gente -me dice con toda seriedad Antonio Fernández- se acuerda de María Acosta como de un profeta.

3

Al mismo paso que la Venezuelan Oil Concession levantaba sus torres de madera con calderas de vapor a leña en La Rosa, y la British Equatorial (después Lago y más tarde Creole) inició sus perforaciones en la orilla de la playa y comenzó a desarrollarse la industria petrolera, Cabimas fue creciendo con lo bueno y lo malo que traen las aglomeraciones humanas, ante el escándalo de algunos pacíficos que veían cómo los cabimenses "comenzaban a abrir los ojos, muy contentos del jolgorio".

Aún hay en pleno centro de la ciudad casas de techo de eneas y paredes de barro embutidas con conchas de coco y varillas de guadas, resto de aquellas primeras 336 casas censadas a principios de siglo a lo largo del único camino de tierra que era el caserío. A las rústicas rancherías de palma y enea se unieron primero las tiendas con "puestos" donde los trabajadores podían "colgar una hamaca, guardar una maleta y, si era margariteño, amarrar un gallo", signo evidente de provisionalidad; y más tarde aparecieron los "gatos", ranchos de tablas con techo de zinc a los que se atribuye por su insalubridad el origen de un fuerte índice de tuberculosis; luego las viviendas colectivas, y, después de 1936, las viviendas ya más cómodas que se conocen hoy, en constante progreso.

Con aquellos primeros derroches de dinero en aguardiente en los botiquines de La Rosa, el "Casino de La Rosa" y "La Hacienda", "Cabaret El Majestic", donde están ahora las oficinas de Correos, y Teléfonos; "El hijo de la noche", "El Globo", donde llegaron las mujeres como a los bajaderos, y donde el juego se llevaba fortunas en morocotas redondas y brillantes como soles; con aquellos primeros derroches fue también desarrollándose el comercio.

En 1916, Pedro Navas tenía una bonita venta de víveres, y Telémaco Freites, este buen Quijote con anteojos, un respetable negocio de dividive para teñir que mandaba fuera. El primer negocio de víveres y mercancías en grande lo fundó Domingo Toledo Nery, que después se trasladó a Maracaibo, y cuyo dependiente, Ornar León Salas, es ahora gerente de la Zulia Motors y Presidente del Centro Rotario de Maracaibo. El primer cine lo montó Carlos Rojas con el nombre de "Cine Cabimas" (después Cine Fox) detrás de la casa de gobierno, que era un corral de tablas.

El primer chofer de Cabimas fue Antonio Fernández ("una rata se comió los papeles"). Cuando comenzó, era un Ford de tres pedales de don José María Luzardo, primo suyo metido en negocios de navegación. El segundo cabimense en manejar fue Gabriel González, que estaba al servicio de Ramón Mora. Eran los tiempos en que un carro causaba en Cabimas tanta admiración como la que puede producir hoy la llegada de un platillo volador cargado de marcianos. Hasta entonces lo que hubo allá eran unos pocos carros de madera tirados por yuntas de bueyes para sacar zapatero, jabillo, ceiba, curarire, ébano, desde los bosques hasta el puesto sobre la carretera.

4

Los carros de 1916 prendían con manilla, y había que levantar una de las ruedas de atrás, y bajar la palanca en cuanto prendía. Ningún chofer quería arriesgarse a manejar desde Ambrosio hasta Lagunillas (unos 40 kilómetros) por lo peligroso. Antonio Fernández se fue, por una urgencia, manejando para Mr. Augusto, de la Lago. Salieron de la plaza de Cabimas a las 9 de la noche y estuvieron por esas ciénagas y atascaderos hasta las 2 de la tarde del día siguiente, que es cuando llegaron a Tasajeras, "un punto más aquí que Lagunillas". A veces la "travesía" desde Cabimas hasta Lagunillas en carro duraba cinco días, prendiendo candela de noche para espantar el tigre y la plaga.

El primer taller de reparaciones lo montó Ángel González, que llegó de Maracaibo. Lo puso en Ambrosio, frente a La Cruz. Después Pío Cárdenas montó otro en la calle principal.

En estos primeros tiempos del automóvil, la gasolina se compraba en algunos establecimientos de mercancía, a 12 bolívares la lata de 18 litros. Los carros de tres pedales eran de magneto, sin batería; la intensidad de la luz dependía de lo acelerado que estaba el motor, y cuando se accidentaba, aunque fuese de noche, no daba más luz que un yesquero seco. La velocidad máxima era de 40 kh. pero no había vehículo con ruedas que hiciese más de diez en aquel huequero.

5

Hoy, el núcleo que empezó en La Rosa con Víctor Urdaneta, Domingo Matos, Alberto Pulgar y José Antonio Perozo, que se citan como los pioneros, y que se fue extendiendo hacia La Salina, es una sola empalizada de palo a pique. Desde lo que es la Plaza Bolívar hasta la playa se ha extendido hasta contar los barrios de Ambrosio, La Rosa Vieja, Tierra Negra, La Montañita, Puente Icotea, Las Delicias, La H., Las Cabillas, Corito, La Vereda, Palito Blanco y Barrio Obrero. Todavía los agüeros, con sus carros de burro, venden por las calles agua dulce a real la lata, y quedan en el centro algunas casas de techo de eneas, pero la vieja población que recuerdan Telémaco Freites, que tiene 83 años, y Antonio Fernández, que debe andar por los 60, está quedando definitivamente atrás. Hasta el pronóstico de María Acosta, la loca que se perdió por aquella pica de a pie y en burro, dejó de estar al día, porque la nueva gente que vive en Cabimas ha oído hablar de ella como de una loca más.

Lo que da la leche de cabra

Antonio Marrero, que se acuerde, tiene 85 años. Todavía manda en "La Enramada", una casita de bahareque y techo de caña brava a la orilla de la carretera que atraviesa los médanos entre Amuay y Coro. El nació en Tacuato, "donde ahora están los botiquines". Antes eran unas ventecitas donde vendían maíz, café y dulces, "zoquetás". "Todo por aquí se está volviendo botiquín".

Cuando él se vino a vivir aquí, hace 60 años, levantó una casita en la mata de coco, porque entonces el camino pasaba por la salina. Una casa tiene que estar donde está la carretera, y cuando la Creole construyó una de macadam para la Refinería de Amuay hace ocho años, Antonio Marrero desbarató su casa de la mata de coco y la plantó donde está ahora, "que es la misma Enramada".

El mismo nombre de la casa y el mismo escenario: médanos de arena caliente, con su eterna brisa peinando cujías y acariciando espinas de cactus y otras matas que nacen y mueren sin apenas conseguir despegarse de la arena.

Y la misma industria: el chivo.

2

Estas tierras de por acá no son para criar ganado. Eso es en la montaña. El chivo es para "lugar rápido", que no tenga cerro ni monte.

De 18 hijos que tuvo Antonio Marrero, le viven cinco. Tiene uno que cuida de "unas seis vacas" en El Vínculo, donde hay tierra para conuco. Los cuatro restantes, dos varones y dos hembras, viven con él. Y junto a ellos, los nietos, y casi 300 chivos, unos cuantos ovejoes y cochinos. La solitaria casa de la carretera de los médanos tiene su corral hecho de tierra, arena y abono de un bonito verde botella. Tiene cerca dos jagüeyes, donde los Marrero consiguen el agua para sus animales y en el que ellos guardan para su consumo en una panzuda tinaja comprada en Miraca (donde la trabajan), y tres hermosas matas de cují con sus pozos de sombra, donde a veces se arriman los chivos a rumiar su pasto.

3

El viejo Marrero, "sombbrero habanero para el sol", franela y saco blancos, cree que "si el chivo se va p'abajo nos morimos de hambre". Vinculado a su economía desde muchacho, es natural que esté contra "todo el que ataque al chivo", que es un animal bueno y "da de todo".

– ¿Lo que da el chivo?... ¡Ah!... –Y se sonríe, que para un campesino es como reirse para dentro–. Si los vende enteros, los chivos "machos" se venden bien a 14, y hasta 20

bolívares; a cinco reales el kilo aquí mismo. Se vende la cecina; le queda el cuero, que vienen a comprárselo desde Punto Fijo y Coro a 2 bolívares cada uno, para "embarcarlo para el extranjero". "El graso" del chivo sirve para hacer jabón. Y vale todo, la asadura, las patas, el mondongo y hasta la sangre, que se cocina para hacer chorizas...

Y el viejo Marrero me explica que si el chivo no da más es porque lo que come es bastante pobre: tapiramilla (una matita que se riega y corre como la auyama), cincollagas (como una mata de patilla que echa una flor en forma de pata de gallina) y matas de júvada, que es todo lo que dan los médanos para sustento del chivo; que si el chivo comiese todo eso que se compra hoy para alimentar el ganado y las gallinas, hasta huevos pondría.

– Y el chivo también da leche... –le digo.

– Sí además da leche, ¡eso es!...

Pero el júbilo de sus simpáticos ojos de anciano se apaga un poco, y con unas revueltas de campesino cauto, que le dan tiempo para dejar de mirarme, sacar la "masca" y escamotearla dentro de su sombrero de paja, me explica que antes llegaba el tabaco en rollo, "como un mecate", pero que ahora (siempre *ahora* es más triste que *antes*) compra un "perro negro maracaibero" que cuesta un centavo el tabaco.

Y por fin me habla de la leche. No de la que está siempre a mano, fresca, en las ubres regordetas de las cabras, sino de su competidora, la que viene en polvo "de no se sabe dónde".

– ¡Eso –dice echando el sombrero para atrás y rodándole la mascada hasta el suelo– eso leche-leche no es! Que si esa leche no es de chivo, que es de vaca y es distinta; pero lo que digo yo, que si con la leche de vaca se hace mantequilla, ¡cómo se hace polvo!, ¡¿eh?!, ¡cómo se hace ese polvo!... Los que dicen que eso es leche son las Compañías (Compañías, para el viejo Marrero, son las grandes industrias que están arremetiendo contra sus chivos y los de Goizueta) que si matan todos los chivos del mundo se hacen ricas...

Y la honradez del viejo explica limpiamente su argumento contra la falsa leche que llega en potes: "Yo no soy estudio, pero vea una leche: si se le echa sal, se hace suero; si no, se pudre; si se le echa cuajo, se hace queso. ¡Cómo se hace!... Usted lo ralla el queso así, y le hecha agua, y a ver si se le hace leche... ¡mí!... Si yo saco almidón de la yuca y se la enseño, ¡es igual! Que me digan a mí la diferencia"...

– Pero –le digo yo para atajarlo un poco y ver por dónde sale– usted prueba la leche que viene en polvo, y es buena, se ve que algodón no es...

– No, no es que sea mala –reconoce el falconiano leal a la verdad y a su chivo– pero leche-leche tampoco es...

4

Los 20 o 25 litros de leche fresca de chivo los venden en Coro y Tacuato a real y medio y hasta a bolívar el litro. La leche que va a Tacuato la lleva en "pote" su nieto "Monchel" (Ramón) cuando va a la escuela, y "Pillo" (Arpidio) a Coro. Monche tiene nueve años y estudia primer grado "con una maestra que se llama Ismenia". Pillo, o a veces una de las

hijas, compran en Coro el frijol, las caraotas, el café molido, las panelas y el maíz pilado que necesitan para mantener la familia.

– La leche, ya ve lo que da la leche de cabra.

Ya no hay muchas casas dedicadas a la cría del chivo en Paraguaná. Hacia Cararapita hay otra de Ramón Mora, que también tiene ovejos y chivos, y uno tropieza con alguna más en el camino o regresando de la Refinería; pero la industria refinera de petróleo ha ido absorbiendo con muchas ventajas la agonizante industria de la cría del chivo.

La gente que queda en eso se ayuda un poco con la pesca; ventajas de estar cerca del mar. El viejo Marrero me refería que cuando sus piernas estaban buenas, que ya van flojeando, él solía ir a los puntos El Barreadito, El Olivito, Las Tasajeras, El Socorro, Los Bajitos del Prao y Playarena, o El Pataruco y Guaranaro a pescar liseta, lisa, mojarra, salmón, "que eso se pesca con tarraya", y mero, pargo y carite, con anzuelo. Pero a él ya no le queda sino puro chivo, porque "ya no me da la pierna, la tengo floja".

5

Antonio Marrero vive de sus chivos, que le dan de comer, y sus recuerdos, que le dan "mucho más de lo que uno cree". Sargento con Joaquín Crespo, sirvió en El Polvorín, cuando se estaba construyendo el Palacio de Miraflores, y conoció el Hospital Vargas cuando era un solo pabellón

– Cuando regresé de Caracas, hace 60 años, estaban haciendo La Planiza, sacando la tierra con carretilla para hacer un cuartel. Como lo que estaban haciendo entonces es aplanando, pues le llamaban La Planiza.

Con los recuerdos y la conversación, y como a las seis ya comenzaba a oscurecer, el viejo Marrero se sintió un poco cansado y se echó disimuladamente sobre el chinchorro. Fue cuando "Cindo", "Dominó" y "Dolis", los tres perros de la casa, llegaron de alguna parte juntos, y las mujeres comenzaron a mover sus peroles dentro de la cocina, donde prendieron su fuego de leña para preparar la cena, y los chivos comenzaron su desfile hacia el corral uno a uno, algunos chivitos pegados de la teta, otros chivos tratando de cubrir las ariscas y pretenciosas cabras, y "La Enramada", donde todavía manda Antonio Marrero con sus 85 años "que recuerde", quedaba sola en el camino de luces de carro como flechas.

El viejo, que siente correr los vehículos a esa velocidad en que andan en Paraguaná, dice un poco para sí mismo: "Antes no me mataban animales, porque se iba más despacio. Pero ahora, ¡si hasta ellos mismos se matan! Para matar chivo no hay veda, no... Y los que matan no pagan. Me dejan los chivos muertos en la carretera.

"Jornada" un diario de provincia

"Jornada" es un diario de Coro que descansa los lunes.

Son seis páginas tamaño tabloide impresas una a una en una prensita Chandler de cuarto que ya va a cumplir sus diez años en el periódico, rodando de un local a otro, escapándose del casero. Y esto sin contabilizar los años que habrá dedicado su "tintero" en círculo a mojar de negro cada una de las páginas que ha impreso cada día desde que nació quien sabe si hace 20 ó 30 años. No es mucho mimo, pues, que le concedan un día de reposo a la semana, precisamente el domingo, que es de guardar, para dejar de salir el lunes.

– Además –me dice A. Medina Padilla, el terco periodista que parió el tabloide y lo sigue amamantando como puede– si trabajásemos los domingos habría que pagar doble.

Y yo sé que para pagar doble no da.

2

"Jornada" nació tabloide y bisemanal el 1º de noviembre de 1947 en Coro. "Para nacer el día de los muertos –como dice Medina Padilla– no está mal". Colocaron la prensa usada y un chivalete nuevo de tipos en el patio de una casa de la calle Chivacoa, donde vivía él, y comenzó la fiebre de la noticia. Unas cajas de tipos y una prensa de cuarto no es ni la mitad de un periódico, aunque sea de provincia. Porque a pesar de que trabajan despacio, para darles de comer hay que correr mucho por las calles, buscar fuentes de información y obtener noticias.

– Lo peor que me puede pasar –comenta Alguíndigue, el jefe de redacción– es que lleguen las ocho de la noche y no tenga la primera información de la primera página.

Y hay que conseguir avisos. Porque un periódico en cualquier parte del mundo vive de su publicidad.

Las cosas no fueron desde el principio del todo bien. Pero, rasgo de hombre de empresa, Medina Padilla en lugar de darle al freno apretó el cinturón, pisó el acelerador y pasó a interdiario. Creyó que saliendo cada dos días los anunciantes le respetarían más. Y no se equivocó. Consiguió algunos avisos y llegó a colocar hasta 600 suscriptores en la ciudad y algunos distritos, un trabajo de gestión personal, compromisos de amistad y también, es verdad, la seriedad y el afán que puso él en su periódico. Y al año, ya "Jornada" salió a contar sus cosas todos los días excepto el lunes, imprimiendo hasta fotografías mediante un equipo de fotograbado a medio uso que Medina Padilla consiguió en Caracas por 10.000 bolívares a plazos.

Ya la "hojita parroquial" se había convertido en un buen diario de provincia, aunque estuviese todo parado a mano.

3

Y los pies de barro del periódico de provincia se sintieron de hierro colado. Compraron un linotipo usado a plazos y escucharon todo lo que comenzaron a contarles a la oreja de las grandes perspectivas que había en Punto Fijo. Y el periódico que nació en Coro se mudó para la nueva ciudad petrolera en Paraguaná. Pero no pensó Medina Padilla en el dinero y el tiempo que cuesta readaptar un periódico a otra ciudad, aunque sea la floreciente de Punto Fijo, y los escasos medios y las reservas de entusiasmo del periodista se agotaron, y comenzó otra vez más el agobio de cuotas pendientes, recibos demorados. "Jornada" calló su voz por un mes y medio, y el inadaptado de Punto Fijo regresó de nuevo a la capital con la carga de deudas que heredó de la aventura.

En Coro volvieron a ir las cosas mejor. El terco periodista metió otro linotipo en lugar del que perdió en la liquidación (siempre hubo alguien que fiara a Medina Padilla) en el corredor de su casa de familia, calle Hernández No. 16, redujo su presupuesto de 13.000 bolívares mensuales en Punto Fijo a 4.000, y reunió otra vez su escuela de aprendices (que esto ha sido siempre su periódico) y comenzó a salir "Jornada", recuperando poco a poco los avisos perdidos y las suscripciones conseguidas antes con tanto esfuerzo.

Y de 600 ejemplares que comenzaron a circular, ha conseguido hoy un tiraje de 1.500 ejemplares que vende a medio.

4

Hoy, con millar y medio de circulación, "Jornada" continúa bajo la dirección de su fundador, y tiene como jefe de redacción al buen periodista y cuentista Ildemaro Alguíndigue, quien comparte su trabajo de vocación, que no da suficiente para comer, con sus actividades de representante de CIDEA, que tiene precisamente la misión de enseñar a balancear una dieta. Alguíndigue, que estuvo en "Jornada" antes de salir para Punto Fijo y lo vio regresar a Coro, reanudó en mayo del 56 su colaboración con Medina Padilla para sacar adelante el periódico.

Y con ellos están el veterano linotipista Damián Delgado; el impositor Regino Peniche, que comenzó hace diez años repartiendo "Jornada" a domicilio; como prensista está Angel López; doblando los periódicos a mano, Francisco Medina Padilla, hermano del director, y repartiendo, Julio César Laguna, que dentro de diez años será alguno de los que haga el periódico.

Y sus colaboradores. Medina Padilla tiene el excelente criterio de que un periódico de provincia que no alcance un gran tiraje no puede imprimir noticias internacionales que cubren los grandes diarios, y se resume modesta y acertadamente a la noticia local, cumpliendo una oscura pero extraordinaria labor de servir al pueblo, dando a conocer sus aspiraciones y sus problemas, informando de los sucesos hasta en el más lejano caserío de su órbita. "Jornada" tiene su corresponsal pagado en Punto Fijo, y lo que llaman "voluntarios" (periodistas por vocación suficiente para hacer el trabajo por nada más que ver publicadas sus notas) en Pueblo Nuevo, Churuguara, Pedregal, San José de

Bruzual, Dabajuro, Capatárída, Cumarebo, Píritu (del distrito Zamora), Cabure y La Cruz de Taratara. La página de colaboración de intelectuales y periodistas (no soy responsable de ningún deslinde profesional) que en "Jornada" es la segunda, está nutrida por conocidas firmas falconianas, como Cristóbal Higuera, Mario Lora Alvarez, Angel S. Domínguez, Belda Benet, Sánchez Martínez, E. J. Montáñez Avila, Daniel Díaz Bravo, Luis Arturo Domínguez y otros.

5

"Jornada" no tiene ni teléfono.

Las noticias, los recados, tienen que venir en colectivo y a pie de donde sea. Hasta en los periódicos de provincia hay una pelea callada, pero siempre viva por la primicia. Alguíndigue la busca a diario, tiene sus fuentes secretas de información, sus pequeños misterios, y problemas. A veces la provincia es difícil para obtener noticias. Los avisos hay que buscarlos también uno a uno en los negocios, y también es difícil porque no hay conciencia publicitaria en el pequeño comercio. No hay fotograbado, y las seis páginas hay que llenarlas de texto. A veces mandan fotos importantes a algún fotograbado de Caracas; pero se demora mucho y cuesta plata.

Ordinariamente, "Jornada" tiene seis páginas: cuatro resultantes de un doblez, y una tripa tamaño tabloide con sus dos páginas. Como la superficie que puede imprimir la Chandler no pasa de una página tamaño tabloide, para imprimir el interior del primer cuerpo hay que doblar el papel.

El linotipo comienza a trabajar a las 10 de la mañana. Son galeradas de 5 centímetros. Como no hay espacio dedicado a fotografías, hay que llenar las cinco columnas de cada página, exceptuando el espacio de títulos y recuadros de publicidad, con texto. Lo van corrigiendo Medina Padilla y Alguíndigue como pueden, y hasta en ratos de mucho trabajo piden colaboración a alguien que llega a visitarlos. A las 12 de la noche todavía está trabajando el linotipo.

El periódico entra en prensa a las 6 de la tarde, página a página. Primero tiran la página 2, que es la de las colaboraciones, la que equivale a la cuarta de El Nacional; después la página 5, el dorso del papel doblado, que trae la información de los corresponsales de provincia; en tercer lugar la página 3, la primera de la tripa, dedicada a sociales; e inmediatamente el revés, la página 4, con información deportiva. Meten la tripa para dar tiempo a doblar la doble página anterior. En quinto lugar entra la página 6, que es la última del periódico, que trae la información local de última hora, y por fin, a la vuelta la primera página de "Jornada", que tiene que esperar el último momento para dar lo más importante con el mejor título.

"Jornada" tiene la competencia de "La Mañana" en Coro, y "Médano" en Punto Fijo, también dos buenos periódicos de provincia y sin tantos agobios económicos como "Jornada". Termina de tirar a las 2 de la mañana, y a las 4 de la madrugada está circulando. Primero sale el lote destinado a Punto Fijo, que va por un transporte comercial; después salen los paquetes en los colectivos y camionetas que van a los campos petroleros. Y por último salen los tres pregoneros que distribuyen los

ejemplares fresquecitos en Coro, quienes esperan, como Regino Peniche, llegar a ser impositores algún día en esta escuela de periodismo de provincia que ha sido siempre el periódico.

El otro Amuay

Para la mayoría de los venezolanos, Amuay existe sólo desde hace diez años para acá, cuando pioneros de la industria venezolana comenzaron a poner cimientos al gigantesco alambique de petróleo que es la Refinería de Amuay. Pero Amuay es un nombre indígena que todavía sigue diciendo en idioma caiquetío, aunque sus hijos lo hayan olvidado del todo hace muchos años: "región de los vientos y las aguas encontradas". Y el poblado que se llama así desde hace mucho antes de nacer Colón vive en sus hijos y en los que han ido llegando después, hasta los margariteños de hoy, echado en una preciosa playa de pescadores.

2

Amuay, o Amuaycito, como lo llaman también para distinguirlo del otro gigante de acero que está a unos 10 kilómetros en la misma orilla de la bahía de Amuay, forma parte del municipio de Los Taques, que comprende los caseríos de Amuay, Punta de Los Taques o Villa Marina, Guanadito, Cununjacota, El Tacal, Jayana y El Hoyo. El asiento del pueblo es un istmo, un cuello estrecho de arena sembrado de cardoncitos y algún que otro cují peinado por la brisa. Los límites del poblado son dos puntas: la que llaman El Cabito o La Puntica, al oeste, donde llegan muchas familias a pasar su tarde de domingo con sus canastas llenas de comida ("sin ningún beneficio para el comercio local", se quejan), y la Punta de Amuay, que lo separa de Los Taques.

Con ocasión del último censo hecho para solicitar un dispensario médico, los vecinos que formaban la comisión contaron alrededor de 200 casas. Están regadas sobre el amarillo-blanco de la arena dejando entre sí grandes espacios abiertos, para que la brisa corra libremente, como en el mar. Y hablando con el viento que silba en los aleros de zinc y los huecos de tejas y los rotos de tierra pisada hay ancianos sentados a la sombra de sus casitas, niños jugando en los botes varados en la playa, mujeres asomando a las puertas y hombres reparando sus trenes de pesca extendidos en la orilla del mar o sentados bajo las enramaditas de palma de coco, y toda la playa amarilla de dos vertientes, como un corredorcito entre dos aguas, cargando aquel sol casi blanco, de siesta.

3

"La vida del pueblo es la pesquería". Hay unos quince negocitos de pulpería y botiquín por todo comercio. Un negocio de fiado que no ha hecho rico a nadie, porque los días sin pescado suman a fin de año más que los días de pesca regular, y éste es un trabajo que no rinde utilidades ni paga pensiones ni da derecho a ningún seguro social. Pero los

negocitos se mantienen ahí, medio de azúcar, un litro de kerosén, un centavo de sal, al mismo ritmo lento de esta gente que sale a la mar todas las mañanas del año.

Una buena parte de la población de Amuay es margariteña. Todos los años se van por la Virgen del Valle a visitar sus familiares por un mes y regresan de nuevo a éste su oficio de emigrar de su islita y pescar dondequiera que están. Hay unos quince barquitos de a cada seis o siete hombres y unas 30 lanchas y botes más pequeños con tripulaciones de a tres y cuatro. En total salen a pescar en embarcaciones unos 200 hombres. El resto, hasta unos 1.800 habitantes, son ancianos, mujeres y niños. Es la proporción mantenida de cinco y seis niños por familia, y a veces hasta ocho y hasta diez. La mayoría vive en casitas de tierra con techos de zinc y alguna de teja, pero hay también quienes viven bajo las mismas enramadas de palma donde reparan sus redes y echan sus cachos o en el mismo bote en que salen a pescar.

4

Jesús González es un margariteño que duerme en la misma lancha "San Fredo" ("¿Qué santo es ése?" pregunté. "Ese -me dijeron dos pescadores, que juntos no sabían leer una "a"- como que debe ser "San Pedro"), varada en la playa, en que se hace todas las mañanas, tempranito, a la mar. Acaban de "arreglarlo" por 50 bolívares por toda la semana de trabajo. El forma parte de un grupo de cinco hombres. La mitad de lo que pescan es para la embarcación y las redes ("que también pescan"), y el resto lo distribuyen en partes iguales. Aunque González no come sino funche y pescado mañana, mediodía y noche, los 50 bolívares no le alcanzan para hacer muchos ahorros. Y los necesita, porque no es solo. Tiene a su mujer en Los Millanes, tejiendo hilo de alpargata ("si no se la han quitado ya, porque también lo iban a paralizar") y tiene que ayudarle a criar los tres hijos que han tenido entre los dos. Por eso, para enviarle unos pocos reales a su familia, González no paga, aparte de harina, aceite y sal, ni los dos bolívares que piden en Amuay por la pipa de agua que traen en camión desde la caja de agua, y va a buscarla en bote hasta Las Piedras.

5

Lo que se está pescando ahora cerca de la costa es carite, que también llaman rey; es una pesca a motor que se hace "a lo vivo", con carnada de sardina viva. Las lanchas salen a las tres o cuatro de la madrugada y regresan de acuerdo con el pescado que halen. Si muerde bien, "hasta que se termina la sardina". La pesca a lo vivo más corriente hasta fin de año es la del carite, pero de enero en adelante se pescan la lisa y el curel con mucha abundancia y es la mejor época para los trenes de pesca.

El mar es un campo incierto que depende sólo de la experiencia de los hombres de mar y la regularidad del instinto en los peces. Por eso, la vida del pescador es siempre tan azarosa y su temperamento tan poco previsor. Pero en Amuay hay una pequeña industria manual de conserva que me llamó la atención. Abren las anchoas, las lisas y las

chicharras por la mitad, las salan y las ponen al sol durante un día o dos. Así el pescado dura muy bien más de un mes.

Pero a excepción de este pequeño arbitrio, el pescado hay que venderlo fresco. Vienen a buscarlo en camiones-cavas que lo llevan a Punto Fijo, Maracaibo y hasta a Caracas, "enyladito", al precio que pague el comprador de camión.

6

Un pueblo que depende de una economía tan incierta y pobre no tiene carnicería, ni una venta de legumbres y frutas. Apenas si alguna que otra vez, si hay con qué, se consigue carne en una camioneta que llega desde Los Taques. La gente come carite y pargo, sancochado o frito, "según pida el buche". Pero los caprichos no pueden alcanzar mucho más allá. Me decía Lilia de Granadillo, maestra municipal del caserío, que la razón más grave de la inasistencia escolar era la desnutrición de los niños. Muchos padres no mandan a sus hijos a la escuela porque no tienen desayuno que darles, porque el andar sin zapatos allá no es un problema. Y proponía ella como la medida más urgente la creación de un comedor escolar.

Pero hay otros problemas fundamentales. En Amuay no hay ni luz ni agua. Sólo disfrutan de energía eléctrica unas quince casas de las más acomodadas que pueden pagar una pequeña planta a razón de 15 bolívares al mes, que para sólo luz en una familia de pescadores como aquellas es demasiado. El agua que traen en camiones-tanques la venden a 2 bolívares la pipa, y hay que ver las que hace falta para cocinar, lavar la ropa y medio bañar a esos muchachos durante un mes. El alquiler de las casitas anda por los 50 bolívares mensuales, que no es una rentota que se diga para Punto Fijo, pero es un dogal al cuello para los que se hacen a la mar en Amuay todos los días.

Hay dos escuelas en el pueblo: una municipal, con capacidad para unos 50 alumnos de 1º y 2º grados, y una federal, para 3º y 4º, de más o menos el mismo cupo. Quedan muchos niños sin escuela, bien sea porque no tienen ropas que ponerse o desayuno que comer, y también porque las picitas que sirven de aula son muy pequeñas.

Además de éste, y los problemas de luz y agua, hay en Amuay la urgente necesidad de un dispensario médico, que tampoco existe, una farmacia y un médico donde recurrir en casos de urgencia, que se presentan muchos donde hay tanto niño chiquito.

Y sin embargo, a pesar de los graves problemas que confronta la existencia de este bonito poblado de pescadores, este sábado en la tarde llegaba Quico desde Punto Fijo, con su mundo de cine cargado en una camioneta, como un mago de ilusión armado de una cámara de 16 milímetros que transporta a los niños y los grandes de Amuaycito a un mundo de escena que es un descanso para sus calamidades. Pero puede que este sábado haya sido el último. Es muy probable que Quico falte de Amuay en mucho tiempo, porque el bolívar o tres reales que cobra Quico por ver la película, "a según y cómo sea", no dan para acondicionar un nuevo local, y el viejo corralito con muro encalado que ha usado durante un tiempo se está convirtiendo en una casita que rentará 50 bolívares al mes.

Moruy ya tiene cine

Manuelito se dio cuenta de que no sabía leer cuando le regalaron su primer libro en Coro esta mañana. Fue cuando Julián Lugo, su padre, lo llevó por primera vez a la capital para visitar a su madrina. Y de regreso, en la tarde, Julián, Manuelito y su libro esperaban en el cruce de la carretera de Punto Fijo a Amuay, con su poco de bultos regado por el suelo, a que alguien los llevase un pedacito más hacia Moruy, donde viven ellos.

2

La plaza Bolívar en Moruy es más de tres cuartos de tierra amarilla que levanta cualquier brisita y menos de uno de cemento. Están, además, la iglesia, una bonita capilla de aspecto colonial, y su pequeño rebaño de casas. Cerquita, con su peculiar corte de algo descabezado, el solitario cerrito de Santa Ana.

Angel Yagua tiene su botiquincito en la misma plaza. Es de esos hombres de empresa que a fuerza de hacérsele el pueblo pequeño para sus inquietudes lo hacen crecer un poco a su medida. Tiene este botiquincito de nevera de kerosén y rocola acorazada con una jaula de hierro, para que no se la rompan en las peleas, una puerta lateral que conduce a un corral de chivos que es un cine. Lo descubrí rastreando un grupito de muchachos que miraban unas fotografías pegadas en un muro. Era un anuncio de "Tierra baja", de Pedro Armendáriz, escrito con azulillo sobre el muro de cal.

El cine es un corral de piso de tierra donde Angel Yagua ha levantado unos muros de bloques y ha colocado unas hileras de sillas hechas con una especie de madera que es el corazón del cardón y un trenzado de paja "carruá" que sacan del cerro. La pared encalada que sirve de pantalla para una cámara de 16 milímetros tiene pretensiones de escenario. Le han puesto un pisito de cemento y han abierto dos huecos de puerta a los lados. Me decía Yagua que además de cine de vez en cuando hacen teatro preparado por los alumnos de la escuela municipal. Como viera que las puertas sólo daban paso a dos pequeños ángulos cerrados, pregunté cómo se comunicaban aquellas dos picitas del escenario para permitir el movimiento de los actores.

– ¡Ah! –me dijo con una luz de malicia en los ojos– eso no está para eso; a un lado se desvisten los varones y al otro las hembras.

3

Moruy, lo que es el pueblo, tiene unos 150 habitantes. Pero el municipio cuenta, además, con los caseríos de Guacurebo, Los Llanitos, Yabuguiba, Gisebo, Barunú, El Mamonal,

Tumaruse, San Nicolás y Jaiaradite, para reunir por todo unos 2.000. Se dedica a la agricultura y recoje, si llueve, su poquito de maíz, ajonjolí, frijoles y millo.

Moruy no tiene grandes recolecciones porque lo que llueve es muy poco. Pero ahí está, a la mano, una Virgen del Perpetuo Socorro hecha en España que acaban de colocar en lo alto del cerro Santa Ana para tener a quién rezar. La palabra Moruy, me explicaba un vecino, quiere decir "sol" en idioma caiquetío. Ocurre en Moruy que el sol sale "por todo el picacho", y los indios adoraban al cerro como la cuna del nuevo sol de cada día. Como los fenómenos tienen las explicaciones de cada tiempo, después hubo apariciones de una Virgen, y ahora, el mes de mayo pasado, la promesa hecha por una maestra de escuela que acaba de retirarse y a quien quieren mucho en Moruy, Blanca Morón Irausquin, les ha proporcionado una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro a quien hacen rogativas.

Hay la creencia de que el agua baja del cerro de Santa Ana, el cerro solitario de la península de Paraguaná, cada 26 de julio, día de Santa Ana. La gente de Moruy afirma que el agua baja de verdad. A la puntica del cerro se prende a menudo una nube baja que deja su humedad, como si el cielo se apiadase de vez en cuando de los paraguayos y se dejase ordeñar. Por eso hay un poco de verde en la cima, y el agua corre de vez en cuando, hasta por Santa Ana. El milagro de verdad sería que lloviese todos los días.

4

Lo que no puede quedar al cuidado de las rogativas es la luz de cada noche. Desde hace poco Moruy reunió sus fuerzas y tiene una planta comunal que pagan los vecinos 2,50 bolívares al mes por cada bombillo de 25 bujías.

En un pueblo tan chiquito y tan seco hay alguien que maneja una planta eléctrica, Y hay muchachitos despabilados capaces de hacer muchas otras cosas que promete Moruy, un pueblecito esforzado y tranquilo casi en la misma falda del cerro de Santa Ana que ya tiene su cine. El pueblo tiene un buen limpiabotas en Julio Aular, monaguillo, que a sus trece años estudia 5º grado en la Escuela Federal Concentrada y quiere ser "doctol" en medicina. Tiene a Reinaldo Marín, que a sus 12 años vende agua que lleva a las casas desde la pluma de la plaza a medio la lata sin que por eso deje de seguir estudiando 4º grado. Y está también Marcelino Segundo Molina, un chipirrin de diez, que vende cinco bolívares de empanadas al día a medio cada una, y está en su primer grado para algún día ser buen agente de policía.

5

Manuelito, con su libro, y Julián Lugo viven en un puntico que compró hace varios años "con documentos" en 120 bolívares en El Pilancón, caserío Guacurebo.

– El hombre más pobre de este lugar soy yo –dice desde la cumbre pelada de su casa de tierra mirando los sembrados vecinos– pero no lo demuestro...

Julián cree que no demuestra ser pobre trabajando desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde conuco ajeno que alquila a 20 bolívares el "almud" (medida de áridos que corresponde a un celemín) por año, porque no tiene plata para cercar sus peladero y trabajar su propio pedazo de tierra. En buen año, que es cuando llueve, recoge ajonjolí, maíz, frijol y tapirama, que come en casa o vende a medio precio a "gente que trabaja con bancos" y llega hasta allá en camión a pagar el ajonjolí a 50 bolívares el quintal. Y hay años de nada, de secarse las raíces en un suelo de grietas, en que no llegan los camiones. Es una bendición que, aunque los burritos se le fueron acabando, le vivan todavía 18 marranitos, 26 gallinas y tres chivos. Y le quedan también a Julián Lugo los padres ciegos, dos viejitos que apenas pueden levantarse de su chinchorro, tres hijos naturales, la esposa, que le ayuda "bastante", y Manuelito, quien ya con sus once años chiquitos y flacos le ayuda desde "hace mucho" en su sembrado como si fuese un hombre.

Manuelito no sabe leer. Ahora, con su primer libro, se le han abierto los ojos como platos. Tiene un primo en un ranchito vecino que sí sabe algo de letras y le va a ayudar. Será de noche, a la luz de kerosén, porque de día está en el conuco o trayendo a lomo desde tres kilómetros el agua que baja del cerro a la alberca próxima. Ahorita está ayudando a su padre a sembrar antes de mediados de noviembre, que es cuando comienzan los "yelitos", como llaman a las brisas que refrescan un poco esta tierra de gente hacendosa y cordial. Ayuda a su padre halando la escardilla y haciendo diligencias. Esta fue la primera vez que salió de su casa y llegó hasta Coro. De allí se trajo este libro que le ha producido la honda emoción de descubrir que no sabe leer. Acaso tarde algún tiempo en saber lo que dice. Pero por voluntad terca y meritoria de un hombre llegó el cine a Moruy. Y el que ha visitado el simpático pueblecito una vez sabe que se ha abierto una buena brecha de inquietudes. Como ha roto cosas dentro a Manuelito este libro que le regaló su madrina en su primer viaje a Coro.

El diablo es un hombre bueno

Es un diablo grande y negro. Tiene una mujer que se llama Josefina, y una hijita de tres años llamada Margarita. Tenía también un hijo de 20 años. Félix Enrique, que se murió el año pasado en noviembre, el mes de los muertos, de un mal que nadie sabe qué fue, ni él mismo, con ser diablo y todo y quererle tanto. Este diablo grande y negro se llama Guillermo Machado; nació hace 50 años aquí mismo, en Yare, en la hacienda Piñango; comenzó a bailar diablo hace 17 para pagar al Santísimo una promesa de por vida que le hizo porque se sentía trancado de la orina, y le hicieron Capataz con cuatro cachos hace dos años, al retirarse Augusto Sanabria, ya diablo viejo.

2

La fiesta de Corpus con los diablos es vieja en Yare. Se baila diablo "desde siempre".

El pueblo de San Francisco de Paula de Yare (como llama Monseñor Mariano Martí en su "Relación" de la visita que hizo el 16 de junio de 1783) "es de vecinos españoles y otras castas, de las cuales unos habitan dentro de la población y otros en los campos donde tienen sus sementeras y principalmente haciendas de cacao". Se fundó en torno a la iglesia que se erigió "como socorro espiritual de esclavos y demás personas que cultivan las haciendas de cacao mediante subvenciones de los propietarios y una contribución anual de 250 pesos para la congrua del cura y la oblata, renta y gastos de iglesia. Aunque no se sabe exactamente cuándo, parece ser el año 1718, porque en él comenzaron los libros de bautismos, casamientos y entierros. En la época de la visita pastoral, correspondía al vicario de los valles del Tuy. La iglesia se llamó en un principio de San Nicolás de Bari, pero desde 1726 (no se sabe con qué motivo) se le mudó al de San Francisco de Paula. Dice Monseñor Martí que "en la referida iglesia no hay cofradía alguna".

¿Cuándo comenzaron a bailar los hoy famosos Diablos de Yare? Es una costumbre antigua en Europa y algunos países de América. En cuanto a Venezuela, dice Isabel Aretz en la "Revista Venezolana de Folklore" (No. 2, tomo 1, julio-diciembre 1947) que ya a mediados del siglo pasado "reaparecieron los Gigantes y los Diablitos" en el barrio caraqueño de Santa Rosalía durante la octava de Corpus, citando el decir de don Luis D. Correa. Supone la folklorista, transcribiendo a Humboldt, que la danza de los diablos fue ensayada en Venezuela en una misión a orillas del río Tomo a iniciativa del Padre Zea "para hacer representar de una forma burlesca las ceremonias en las cuales los Piaches conjuran el espíritu malo loloquiamo". Estos diablitos aparecen todavía en algunos pueblos de Aragua, Carabobo y Cojedes. Los famosos de Yare son "muy venezolanos", tanto por sus trajes como por su organización, que es similar a la de "algunas cofradías medievales que subsistieron en América y que estaban destinadas a la

ayuda mutua y a servir a la religión católica, aunque muchas veces ésta servía de pretexto para encubrir adoraciones extrañas".

Esta especie de sociedad de auxilio mutuo que constituyen los Diablos de Yare está integrada por hombres, mujeres y niños que han hecho promesa al Santísimo de bailar por uno o varios años para que los libre de un dolor o una enfermedad. Pagan una cantidad que está fijada por la costumbre en cuatro bolívares al año el hombre, dos la mujer y uno el niño; pero que en la práctica reciente, como me decía su presidente, se reduce a dar cada uno la que puede, dos, tres o cuatro bolívares o nada. Al presidente, cargo que fue creado hace sólo cuatro años para dar una dirección estable a la agrupación, le asiste un secretario, y los dos componen la junta administrativa. El grupo mismo de los diablos está mandado por un Capataz, que durante las ceremonias lleva una máscara de cuatro cuernos; un segundo Capataz, con una de tres cuernos; el cajero o tamborero, que hace uso del único instrumento, un tambor chato y redondo sobre el que redobla; el arriador, con dos colas y "chuchito" (pequeño látigo), y un arreador ayudante. El resto son diablos de dos cachos. Hay también la Capataz, que manda con una máscara de tres cachos a las mujeres, que no llevan ninguna y bailan sólo un rato con alguna prestada.

¿Y por qué lleva su máscara tres cachos? –le pregunté.

¿Por qué? –me respondió preguntando– ¡Quién sabe!...

Fui a visitarla en su ranchito de techo de palma. Es una mujer magra de facciones finas y expresión inteligente. Una vecina, al pasar, le preguntó por la reunión.

– Sí, esta noche, casa el cura...

– Pues, m'hija, yo no voy, porque yo sólo me enteré por fuera, porque nadie me dijo nada...

Y siguió para su ranchito allí mismo, en El Arbolito, como un tieso incendio amarillo y rojo, bajo el terrible sol del mediodía. Los diablos también se enfadan, y aquí habrá en torno a las típicas fiestas de Corpus las pequeñas dificultades de relación humana o de diablo que hay en todas partes. Es lo que quise recoger en este reportaje; no las pequeñeces del vivir diario, pero sí el aliento humano de la terrible representación diabólica que se ha hecho famosa en Yare. Me pareció interesante saber qué hace un diablo en el resto del año, y pregunté por el Capataz. Pero antes fui a visitar a la Capataz, que es otra autoridad. Primero por eso, por ser mujer, y después porque El Arbolito, donde vive, es la entrada natural del camino que lleva directamente a la iglesia, el centro de la población.

Carmen Simona Palma es Capataz de diablos desde hace tres años que murió Cayetana Valdés, viuda de un viejo Capataz que vivía en El Arbolito. Es socia desde hace diez años, pagando la promesa de bailar mientras viva por la curación de "una puntada que me daba en el lado izquierdo". Su legión de diablos es aproximadamente 30, que son de San Francisco o vienen de Santa Teresa, Santa Lucía y "de esos montes". Carmen Simona tiene cuatro hijos: Silvino, Dionisio, Aurora e Isabel, que ya le han dado "un montón" de nietos, "que son diablos de verdad". Está casada con Saba Utrera. Trabajan un conuquito "en esos tumbaos" que se ven desde El Arbolito, sembrando maíz, yuca y quinchoncho.

– ¿Vende la mercancía?...

¿Vender? –se me ríe mostrándome burlonamente las encías vacías– pa'comer nada más.

3

San Francisco de Yare continúa aún dividiéndose en haciendas. Están las de Moreno, Nazareno, Arratia, San Juan, Gallego, La Puerta, San Antonio, La Bosúa, La Pica, Tazón, La Azada, Piñango, donde nació Guillermo Machado, y la hacienda Moreno, propiedad del guayanés Domingo Sánchez, donde trabaja actualmente de capataz de peones este Capataz, con mayúscula, de los Diablos de Yare.

Cuando llego allá está sentado sobre un tractorcito, fumando tabaco, como un rey negro. Tiene una sonrisa amplia, grande, de dientes blancos y dientes amarillos de oro, y un andar y unos gestos de hombre tranquilo, de hombre bueno. No parece que tiene los 50 años que dice. Cualquiera le echaría 40, a lo más. Viste braga azul, tiene sus pies desnudos metidos en unas botas sin trenzas y se cubre con un sombrero de cogollo. Están con él, además del patrón, Frascarella Romeo, Augusto Barreto, Porfirio Cedeño y Angel Di Marco, los cuatro cantores de la misa que el nuevo cura Vito Anelli prepara para el Corpus. Siembran caña, yuca, tomate, repollo y maíz, pero sobre todo caña, que es el fuerte de la hacienda Moreno. Están trabajando "apurado", porque llega el invierno. Hay que sembrarlo antes de mediados de mayo, que es cuando comienzan las lluvias. Es la única que se dedica enteramente a la agricultura, porque las demás haciendas sólo se ocupan de la cría de ganado.

4

Guillermo Machado se levanta todos los días a las cuatro de la madrugada "cuando aún está bien oscuro", en su casita de dos piezas de bahareque sin encalar que habita en El Empedrado con Josefina y Margarita. Despierta a "Tato", un perro flaco y asustadizo, y a dos tortolitas que tiene metidas en jaulas de alambre colgadas de un horcón, y monta su tractorcito, "que es el burro de él, que está tan gordo". Enciende el primer tabaco cumanés "peruano" de los ocho que fuma durante el día, alumbrando con un fósforo la calle El Empedrado, que es de pura tierra, y dice al vecindario con el ruido de su motor que el Capataz de los Diablos de Yare comienza su jornada de trabajo, que no es precisamente tentar a nadie.

A esa hora ya hay luz en la hacienda. Lo recibe siempre el patrón Domingo Sánchez, alumbrándolo con una linterna. Los trabajadores no llegan sino a las siete. Pero él se acuesta a las ocho de la noche y no puede aguantar en casa hasta que amanece, para disgusto de su mujer, que "se pone brava" porque apenas está en la casa. Pero ya le está construyendo una casita en tierras de la misma hacienda "pa'que no esté tan celosa y se le quite la mortificación de que anda por fuera". Ahora que están sembrando, hay sólo quince hombres trabajando, pero cuando cortan caña en enero suele haber hasta 80 y 90 hombres. Están todos bajo la supervisión de Guillermo. Pero además de sus

responsabilidades de caporal, él surca, va a aporcar la caña (ponerle tierra a la pata como al mes de sembrada la caña, cuando tiene unos 15 cms.), hace de carpintero y se ocupa también de toda la mecánica. De esto, de componer alguna pieza, de andar de aquí para allá, charlar con Domingo y tomar un café se ocupa hasta las siete, cuando ya todos van a trabajar. El anda montado en su tractorcito de un lado al otro de las quince hectáreas de hacienda, echando humo de tabaco como una caldera de vapor. A las 8, el desayuno. Pero no siempre, porque si hay que hacer aguanta con un cafecito hasta las 12.

¿Lo que come un diablo?

Cuando fui a verlo iba a almorzar con macarrones, a la italiana, preparados por Romeo. En la hacienda comen de todo, "comida internacional". Pero más a menudo come, porque le gusta, caraoatas negras, corronchos, arepa, casabe y café. A veces Domingo trae una botella de vino "para darle alegría al cuerpo". Y a trabajar de nuevo, hasta las cuatro de la tarde. Después, una partida de dominó "sin trampas" que dura a veces, para la desesperación de Josefina, hasta las siete y ocho de la noche. Casi siempre él juega pareja con Romeo, contra Domingo-Angelo, y a pesar de ser diablo pierde muy a menudo. A veces se quedan, para mayor desesperación de su esposa, todos a cenar en la hacienda. Pero casi siempre coge su tractorcito y se va, "tac-tac-tac", unos dos kilómetros a comer a casa.

5

El Capataz de los Diablos de Yare trabaja en la hacienda Moreno desde hace cuatro años. Antes estuvo 17 en la hacienda Piñango; los tres primeros como medianero, trabajando en tres tablones de caña que le dieron para que los fundara, y después de capataz, hasta que se vino con el mismo cargo para la Moreno, donde está "feliz". Domingo, su patrón, dice que es muy trabajador, porque si no, "no fuera lo que es". Le gusta la fiesta y el baile, pero "ya estoy viejo", dice.

El primer capataz de que tiene recuerdo es Mauricio Sanoja, quien estaba cuando comenzó a bailar diablo; después vienen Manuel Portero y Augusto Sanabria, su antecesor, que se retiró el 54. Ahora son unos cien entre mujeres (de 20 a 30), niños (de 10 a 20) y los hombres que manda él. Hay quienes vienen de Santa Teresa, de Santa Lucía, de Ocumare y hasta de Caracas, para cumplir sus promesas.

6

El escenario principal de los bailes de Corpus está compuesto por la anteiglesia o altozano y tres cruces que hay en San Francisco de Yare, mejor dicho, tres lugares de cruces: uno con una cruz en El Empedrado, donde se baila el miércoles; otro en El Arbolito, donde se baila el jueves, y otro con tres cruces, El Calvario, donde hacen el velorio este mismo día. Estos, como los demás puntos (El Teque, Bellavista, El Bautizo, Los Guayabitos, El Cují) del casco diríamos, de San Francisco, están casi desiertos, tranquilos, cuando los recorremos en compañía de Pedro José Hernández, pelotero-

torero que limpia la iglesia, hace de Sacristán, cuida de los ornamentos, los altares, el jardín, toca las campanas, canta en el coro, cuida de los monaguillos, ayuda él mismo la misa, todo por 30 bolívares a la semana.

Pasamos por delante de la casa de Francisca Méndez, quien cose el traje de diablo a Guillermo ("que necesita seis metros") por 24 bolívares, y llegamos a la de Luis F. Zamora, presidente de la sociedad desde hace cuatro años, el primero de su larga historia, quien guarda los 1.500 bolívares que tienen en caja y atiende las necesidades de la cofradía. Me dice que como no hay más ingresos que los de cada año por Corpus, es poco lo que se puede ayudar a los cofrades: pero siempre se da "un socorro" para atender alguna necesidad urgente de entierro o enfermedad larga.

7

Y el diablo grande y negro que tiene una mujer que se llama Josefina y una hijita de tres años, Margarita, que baila diablo desde hace 17 años y anda ya por los cincuenta, aunque no los parezca, regresa a su trabajo en la hacienda Moreno montado en un tractorcito, "tac-tac-tac", como un rey negro fumando tabaco, vestido de sombrero de cogollo, braga azul y botas sin trenzas, con una sonrisa grande de dientes blancos y amarillos de hombre pacífico y feliz, de hombre bueno.

"Santísima Cruz de Mayo"...

"Guá, eso es el Velorio de Cruz, las décimas".

Cecilio Concepción, en Ocumare de la Costa, sabe lo que es la *Cruz de Mayo* o *Velorio de Cruz* o *Velorio de Mayo* o *Velorio de Santo*, como lo llaman en Barlovento para distinguirlo del Velorio de Muerto. Y cuando lo dice, así debe ser. Con pequeñas variantes, es el mismo motivo de devoción que comienza con un rosario piadoso y termina a palos y desmayos de muchachas, porque si no, "el Velorio no estuvo bueno". Parece que antes había más respeto y más devoción en las celebraciones; las prácticas de piedad han decaído mucho.

El Velorio de Cruz se celebra desde la víspera del 3 de mayo, día del año 326 en que fue hallada la verdadera Cruz del Cristo y en cuyo recuerdo fue instituida la fiesta de la Invención de la Santa Cruz. En Venezuela se celebra desde la Colonia, con algunos añadidos y sustituciones de rito negroide y de recuerdo indígena que le da un sabor propio. Como la fecha coincide con la terminación del verano y la llegada de las lluvias, se ha mezclado el motivo religioso con prácticas paganas de sentido igualmente místico. Cecilio Concepción dice que donde se celebraban antes los velorios (Boletín del Instituto del Folklore, vol. 1, no. 6) era en las haciendas de café y de cacao, colocando la Cruz en medio del patio donde se asolean los frutos.

Hay variaciones en la forma de vestir la Cruz, en la forma de cantarle, en la forma de bailar y en la de tomar; el elemento común más característico de la tradición es, como dice Cecilio Concepción, *la décima*.

2

En folklore venezolano se está todavía en período de recolección. Todavía hay que trabajar bastante para dar conclusiones que generalicen los aspectos más importantes del rico folklore venezolano. En cuanto a las décimas, hay varias maneras de decir o cantarlas. Las más conocidas son el *galerón* (manera oriental o margariteña) y la *fulía* (manera barloventeña). El galerón lleva acompañamiento de guitarra y cuatro, cantando las *decimitas* con el fondo musical. La fulía se recita, no se canta, interrumpiendo su peculiar música de tambora, charrasca, cuatro y maracas cuando alguien dice en el Velorio:

– ¡Hasta aquí!... o "¡Dijo bien!"...

Y dice una *fulía de versito*:

*"Tú no me quieres a mí,
no me tienes en la mente,
sabiendo tú que yo fui
contigo tan complaciente".*

Hay también otras maneras. En Lara, por ejemplo, se cantan las décimas a varias voces con instrumentos de cuerda: *cuatro, cuatro y medio, cinco* y otros instrumentos del rico caudal musical larense.

La décima es una de las estrofas poéticas más usuales en el folklore literario venezolano. Su invención se atribuye a Vicente Espinel, poeta y novelista andaluz del siglo XVI; por eso se le llama también *espinela*. La décima popular venezolana ha modificado un poco su técnica de metro y rima. Originalmente se trata de una estrofa de diez versos que riman: 1ª con 4ª y 5ª, 2ª con 3ª, 6ª con 7ª y 10ª, y 8ª con 9ª. En la décima popular venezolana se dan diversas combinaciones y a veces se les llama cuartetos. Esto tiene su razón de ser, porque la glosa en Venezuela es una composición poética formada por un cuarteto y cuatro décimas (Folklore y Cultura, de Juan Liscano, Editorial Avila Gráfica S. A., 1950). Los recitadores llaman a cada décima *pie*.

El pie es el verso con que termina forzosamente la décima, y al que tiene que rendirse el recitador o el cantador.

3

En una décima recitada en Barlovento por Edmundo Hernández (colector: Miguel Cardona), el pie es: *señores, llegó el turpial*. Entonces la primera décima de este primer recitador dice:

*Este canto de fulía
ya yo lo tengo olvidado,
porque lo tiene ajado
los cantos de fantasía.
Nunca ha tenido teoría,
ni sabe argumentar,
ni se saben expresar,
ni dar una relación;
para más satisfacción:
Señores, llegó el turpial.*

Los recitadores tienen que alternar con los demás en orden, por la derecha. En Barlovento, cada decimista recita cuatro pies. Quiere decir que hay cuatro ruedas de cantadores o recitadores, cantando de izquierda a derecha. En un tiempo había improvisadores; hoy casi todos se defienden con décimas que conocen de memoria. Pero hay algunas normas. Todos tienen que continuar con el tema que se ha iniciado. Puede ser *a lo divino*, o *flores* (de amor) o *de repiquete*, llamado argumento. Cuando alguien no se acuerda de un pie de décima, se dice que "cayó en el saco". Si al cabo de un minuto aún no se acuerda, continúan los demás.

El que contesta a Edmundo Hernández es Cruz Avila. Este primer pie del segundo recitador dice: donde canta loro real, no canta cucarachero, y la décima se sujeta a él:

*Cesa, trovador, tu canto,
que te quiero contestar,
aunque acabo de llegar
de los confines de un campo.
Yo sé que causas espanto
con tu cantar placentero;
pero probarte yo quiero
que no he tenido rival,
donde canta loro real,
no canta cucarachero.*

En cada una de las cuatro décimas que dice, el recitador tendrá que ceñirse al mismo pie de la primera.

4

La forma de *vestir la Cruz* varía de una región a otra. También hay diferencias en la elección de las cruces, en las formas de ofrecer los obsequios, que son particulares de cada lugar, y en el de los *juegos*. Por ahora vamos a referirnos a la disposición que tienen las cruces de mayo en general, partiendo de una construcción casera de altar en Barlovento. (Colector: Miguel Cardona):

Se coloca una mesa, se añade el segundo piso de un cajón que haga bulto "más arriba", donde se colocan, una vez cubierto todo con un lienzo blanco, tres o más cruces vestidas de papel rizado. Este altar se adorna con flores y hojas tiernas (rosas, trinitarias, cayenas). Se cubren todas las paredes con sábanas o telas de colores, y sobre el altar se coloca un cielo, una sábana blanca que rebase el altar como una visera de un metro. En el mes de mayo se visten generalmente todas las cruces que hay en la casa, aunque no sean para el velorio. Se acostumbra también poner en el altar *santos de cuadro* guindados con cabuyas amarradas en el techo, flanqueando el altar. Si el Velorio se hace en un patio, se construye una *enramada* "como una especie de casa". Las velas se encienden durante el Velorio sobre platos o candelabros esparcidos sobre el altar y tienen que estar prendidas hasta que se quite, aunque el Velorio dure hasta la madrugada, como ocurre casi siempre.

Me decía el cuentista Alfredo Armas Alfonzo que en Clarines (Anzoátegui), de donde es él, y casi toda la costa oriental, la Cruz del Velorio no se pone en un altar, sino que se adereza alguna Cruz de las que existen en las salidas de los pueblos. En Clarines, por ejemplo, la Cruz del Zorro, hacia la carretera nueva; la Cruz de Belén, y la Cruz de Loma del Viento, hacia el río. Hace unos 20 o 25 años se alternaban los velorios de todas las cruces; hoy se conforman con una sola. Estas cruces no se visten de flores ni de papel; sólo se les cambia el sudario ya viejo que cuelga todo el año por uno nuevo hecho de género blanco, grueso, con esquinas de tira bordada. Después se levantan unos arcos con ramas de taparo y flores (las llamadas *Napoleón*, en Clarines, que son las flores de

acacia, o *flamboyán* o *matrimonio* o *Josefina* o *trinitaria*) contruidos con cuatro varas clavadas en los cuatro ángulos en torno a la cruz.

En el Llano, me contaba el historiador y poeta J. A. de Armas Chitty, la Cruz se adorna con flores y ramas de cayena, y frente al altar le hacen una calle sembrando matas de topochos a los lados. En Santa María o en La Pascua o El Sombrero ya no se prenden velas sino luces. En Zaraza (Guárico), dice F. Gustavo Chacín en su folleto (Tip. Principios, Caracas 1951), que son *capitanes* los que preparan la Cruz y disponen todo lo relativo al Velorio, porque ellos aportan el dinero. La fiesta da comienzo a las 12 del mediodía del día 3 con una detonación. *El sapo*, artillero, ha encendido el trabuco.

5

En Zaraza comienza el Velorio de Cruz con las mujeres que rezan y cantan salves y con hombres que celebran las ocurrencias, a veces soeces, de algún asistente. Después de los rezos, las mujeres cubren apresuradamente la Cruz y las imágenes para "no irrespetarlas", y los músicos piden a la gente que formen círculo o *prenda*, para un juego de prendas en que las muchachas las entregan a cambio de recibir un nombre que el cantador secretea a su oído. Entonces el que pedía las prendas, *arrenquín*, dice como un grito:

- ¡Compañero!...
- ¡Aquí estoy, compañero! –contesta otro, y añade:

*"Arriba de aquella loma
tengo un palo colorado,
donde pongo mi sombrero
cuando estoy enamorado".*

El arrenquín pregunta entonces:

- ¿De quién está enamorado, compañero?...
- De una flor.
- Y ¿cómo se llama la flor, compañero?
- Cundiamor, compañero.

La muchacha, al oír su nombre secreto, deja su asiento y en el centro del círculo *se engancha* "con algún galán que se le sonríe más cerca, suspirando los dos".

Después de la "cadena de amor" se celebra "el aguacerito de Dios", que consiste en unos versos que canta el arrenquín acompañado de individuos que tocan guitarra y maracas, y coreados por los presentes, ejecutando lo que dicen los versos, como en el juego de "Doña Ana":

*"Aguacerito de Dios,
no me vengas a mojar,
nos mandas que zapatiemos
y debemos zapatiar"...*

*"Nos mandas que demos vueltas
y vueltas debemos dar"...*
*"Nos mandas que nos agachemos
y nos vamos a agachar"...*

En Santa María de Ipire se reza el rosario con mucho respeto y después entran los asistentes, de uno en fondo, hacia la Cruz, como en danza. Después tapan la Cruz con una cobija o una sábana ("¡Tápame la Cruz! ") como un signo de respeto antes de comenzar el baile. En las Mercedes hay cantos análogos, pero más espaciados y más ricos en figuras. En Clarines se prepara la Cruz y reza el rosario el 2. El 3 ya la gente llega como en romería. En el lugar hay puestos de arepitas y rosquitas fritas, empanadas de carne, y anís y ron. Quienes hacen los preparativos, *dueños* de la fiesta, son los que viven en la casa que está frente a la Cruz y la cuidan durante todo el año. Ellos tienen la responsabilidad de obsequiar el carato (bebida fermentada de maíz) para los hombres, y el amorcito (bebida rosada hecha de azúcar, ron blanco, esencias y *anilina* para darle color) para las mujeres, y también de brindar a los músicos con unos palos (palos de músico, *cochineras*) que son en realidad vasos grandes de ron. Se celebran varios velorios en el curso del mes. Existe la costumbre de que en la sala de la casa que tiene a su cuidado la Cruz y la fiesta pongan una Cruz pequeña adornada con papel rizado.

6

En algunos lugares se distribuyen invitaciones para los velorios de Cruz. Tengo a mano uno del caserío Arismendi (Isla de Margarita) que dice: *Velorio a la Santísima Cruz Aparecida. José Inés Quijada tiene especial gusto en nombrar a usted, en unión de fulano de tal padrinos del velorio que en homenaje a la Santísima Cruz Aparecida tendrá lugar en esta población. Sábado, 27 de mayo próximo. Dios pague a usted su generosa contribución para esta festividad.*

En Caracas, la Cruz de Mayo se celebra en algunos barrios que conservan esta tradición y en algunas asociaciones y en los hogares. Los elementos folklóricos originales se están perdiendo y la mayoría de las fiestas se convierten en un baile más. Y después, contados los meses, como dice F. Gustavo Chacín, la gente dice al nacer un niño: *es de mayo, diciembre o abril*, porque son los meses del amor.

El Velorio, que se celebraba por devoción ("ni se tomaba ni se fumaba") o promesa, se celebra ahora casi siempre cuando se quiere fiesta. Se bebe chicha de arroz o de maíz, guarapita y carato hecho de arroz molido o de maíz fermentado, papelón y especias (clavo y canela); *amargos* como anís, berro, canela y capuchino; después se reparte palo, y se sabe que no hay buen velorio si la fiesta no termina con un escándalo gordo.

Hay también Velorio a fin de mayo y la entrada de junio, en el que se celebra la ceremonia en la que "la Cruz la entrega a San Juan" (Ocumare de la Costa), pero el del 2 o el 3 de mayo, que comienza con un rosario piadoso y termina a palos y desmayos de muchachas, es *la Cruz de Mayo* o *Velorio de Mayo* o *Velorio de Santo*, como lo llaman

en Barlovento para distinguirlo del Velorio de Muerto. Pero si hay alguno, entonces es Velorio de verdad.

Semana Santa en Paracotos

Paracotos es donde está la iglesia. También son Paracotos los caseríos de Maitanita, Poquere, Mapurite, Macagua, El Samán, Palo Negro, Ocampo, Los Mangos, Piedras Azules, Taica, Los Angelinos, Sacua, La Magdalena, El Latón, Los Lirios, El Paraparo, Oripipa, Puerto Escondido y El Hato, que suman para el municipio diecinueve nombres para cuentos y alrededor de 5.000 vecinos para contarlos; pero Paracotos es donde está la iglesia, con su placita de domingo sin estatua y con puestos ambulantes de dulces, sus breves hileras de casas, como montoncitos; sus sombras de árboles para amarrar las bestias; su silencio de aldea; sus gentes sosegadas que no suman por todo más de dos o trescientos. Y para llegar aquí hay que salir del asfalto fácil y tomar un camino de tierra que no va sino a Paracotos.

Paracotos es donde está la iglesia porque este modesto campanario tocado de bóveda llama a misa para todos, aunque vivan en caseríos distantes varias leguas. Y porque aquí están la tradición religiosa con los santos de su devoción, el confesionario y la procesión, y el sacerdote que bautiza al hijo o reza el responso de muerto o casa como manda Dios, y donde, además, se celebran las fiestas patronales, donde se encuentra la gente amiga después de meses, donde se habla de siembras, de cosechas y de plagas, donde los jóvenes cambian miradas como semillas, donde los viejos se despiden por última vez.

2

Cuando llego a Paracotos hay música de orquesta. Está tocando el "Pópule Meus". Pero a pedacitos y repitiendo. Es un ensayo. Para ir a Paracotos se baja por una carretera de tierra, y para cuando se llega al pueblecito el sol calienta unos grados más. No se si es por el calor o porque está escuchando el ensayo, la gente de aquí no hace ruidos, ni ladran los perros; el pueblo entero parece recogido como un anciano tomando el sol. Acaso un poco afectado por la tristeza que puso Angel Lamas en su hermosa música al cincuenta salmo de David.

Es fácil seguir en Paracotos la huella de una risa o un lamento o una voz. Más fácil es dar con una orquesta que está ensayando. Es en la casa cural. Una casita con piso de ladrillo y techo de caña que guarda un pozo de sombra. Allí, casi en la oscuridad, están los músicos. La mayoría son profesionales de la "vieja guardia" con cuartel en la esquina de La Torre. Los contrató en Caracas Francisco J. Oria para miércoles, jueves y viernes de la Semana Mayor. En esta habitación, contigua a la del párroco, duermen y ensayan para las funciones de la iglesia y las procesiones de estos tres días de Semana Santa en Paracotos. Están Fidel Méndez, que toca el violín; Gerardo Borges, el contrabajo; Andrónico Morales, la trompeta; Antonio Erice, el trombón, y Antonio Guerra, la

batería. Está también con ellos el maestro de capilla Domingo Gallardo, un músico larense que da el tono y canta con voz de iglesia.

Aún en la sombra hace calor. Dan la espalda a la puerta y leen sus partituras como pueden, colocándolas sobre el lavamanos, sobre el catre o aguantándola con la mano, como Gallardo, que tiene una libre. Alguien se acuerda entonces de que hay un atril en la iglesia. Como en todos los pueblos, aquí también hay un muchachito despierto que anda detrás de los forasteros, se inquieta por todo lo que llega de fuera, y terminará viniendo a Caracas y hasta acaso siendo periodista. En cuanto llegué me dijo que se llamaba Luis Blanco, y ahora está curioseando con el trombón de Erice.

– Este, éste nos va a traer el atril...

Y Luis está unos minutos después de vuelta con el único atril de Paracotos.

– Hay que entrar con la voz aquí... Ta... ra... ra-ri... ra...

Y el grupo de los veteranos músicos caraqueños ensaya con el entusiasmo joven de su vocación

Cuando voy a visitar al párroco, en la puerta contigua, oigo entre compás y compás: "¿Cómo es la voz? "... o "Entramos aquí, después del calderón"... o "¡Entren, pues!"...

3

El presbítero Francisco Troiani estuvo un año en Catia, seis meses en Ocumare del Tuy y llegó a Paracotos dos días después de la pasada Navidad. Lo recibieron bien. Está contento de ser el párroco del pueblo. Antes la iglesia estaba atendida por el Padre González Ecarri, que no podía desplazarse desde Caracas sino una vez por semana, los domingos. Ahora el Padre Troiani celebra misa todos los días, visita los caseríos regularmente y celebra tres misas los domingos: a las 7 y 9 y media en la iglesita de Paracotos y a la una de la tarde en la capilla de El Hato.

– Mis feligreses colaboran muy bien. Ya hemos comprado calvarios nuevos, unos candelabros que nos hacían falta, las cortinas...

Y el buen cura se incluye en el pueblo con una sencillez fácil, sin poses.

– Padre, ¿tocamos las campanas?...

Es un muchachito con su inconfundible cara de monaguillo.

– Si, el primer toque...

– ¿Cómo han afectado los cambios litúrgicos de la Semana Santa en el área rural? –le pregunto.

– Pues, muy bien. Creo que bastante mejor que en las ciudades, porque reportan algunas ventajas. En Paracotos hay caseríos distantes tres horas y media de aquí. Antes tenían que madrugar mucho para los oficios de la mañana. En ocasiones, después de llegar muy tarde de los oficios nocturnos de la víspera. Ahora, con la misa de la tarde del Jueves Santo y otras conveniencias, les es más fácil cumplir con sus obligaciones.

El municipio de Paracotos se dedica casi enteramente a la agricultura, y es generoso, como la tierra. Sin embargo hay que recordarle de vez en cuando sus deberes para con su iglesia. La tradición de la Semana Santa es buen motivo. Al final del programa editado para la ocasión, hay una nota que dice: "Se ruega la generosa cooperación de

todos a fin de que resulte muy solemne la Semana Santa. También se les recuerda el mayor orden en las procesiones. Las personas devotas podrán obsequiar cirios para el monumento, entregando el valor de los cirios directamente al Párroco o en la Casa Parroquial".

4

El segundo toque de la misa vespertina de Jueves Santo sorprende al cura en el confesionario. La iglesia está ya casi llena. Sobre todo mucho niño. Niños de pecho; niños ya un poco más grandecitos sentados, de pie, en brazos, con su peculiar lenguaje de gracias, lloriqueos, risitas y griticos delgados como de sirena. Los hombres, al fondo, a la entrada, medio en el templo, medio en la calle, como su fe. Las mujeres, siseando con gesto apurado, como si se sintiesen responsables de cada impertinencia y de cada lloro de sus hijos. Los primeros bancos, a derecha e izquierda, para dos o tres hileras de Hijas de María, vestidas de blanco, con cintas y fajas azules y velo blanco.

Ya hace un rato que sonó el segundo toque y el párroco sigue confesando una a una a las muchachas. Apenas hay un minuto, o menos, para cada una. Es un confesionario chiquitico. Todos pueden ver al cura inclinado ante la rejilla con las piernas fuera del confesionario. En una ocasión se levanta y pregunta a alguien que está en los últimos bancos:

– ¿¡Te confesaste!?...

Los niños callan un momento, la gente voltea, para ver, y enterados de que el sujeto ya está confesado, continúan las confesiones de medio minuto o de un minuto, a lo más.

Todas las imágenes, excepto las de la Dolorosa, el Cristo y San Juan, además de los nuevos calvarios colgados de las paredes, están rigurosamente cubiertos de morado, según el ritual. La iglesia tiene un reciente techo de madera (a excepción de la Sacristía, que la tiene de caña). Aún faltan cosas que acondicionar, pero es una iglesia muy aseada. Desde la sacristía se ve el andamiaje del Monumento. Encima del altar, cuyo sagrario está ahora en la sacristía, se ha colocado otro altar. Desde la entrada semeja un imponente altar catedralicio.

Mientras el cura confiesa a las chicas, hay unos cuantos monaguillos y aspirantes que manejan los objetos del culto con esa desenvoltura fácil y hasta un poco irreverente de los iniciados.

Las anotaciones de las obras de construcción se llevan aquí en las paredes. Hay una nota que dice: "octubre, recibido 25 sacos de cemento". Y una firma. Y: "setiembre 24 de 1954, recibí del chofel de Negrón 40 sacos cal", y la misma constancia de nombre responsable. No hay en la sacristía flores de papel: todas son frescas. Entre monaguillos hay rivalidades inocentes: "Antonio repica mejor que tú". "Pues no, porque a mi me enseñó Aleris". Después me entero que Aleris es un antiguo monaguillo que es autoridad en el repique de campanas.

Ya hay más de quince minutos de retraso en el horario de la misa cuando entra el párroco en la sacristía. Mientras se viste sus ropas recoge la forma de consagrar y hace advertencias: "Cuando la gente se arrodilla no hay que tocar la campana"... "Lleven la

matraca a su sitio... ya saben que la única campanilla hoy es la del Gloria, más o menos a un minuto de comenzada la misa; después se toca la matraca"...

En esto llega una señora: "Padre, ¿hace falta el palio hoy?"... ¡Claro que hace falta el palio! Y la señora Alejandrina, que es la que guarda el paño en su casa, "que es muy piadosa y muy buena", acaba de darse cuenta que hay procesión. Y en cuanto la señora Alejandrina sale corriendo a buscar el paño del palio, advierte el Padre:

– ¡Y recuerden que después hay procesión!...

– ¿Entonces a la Gloria se toca la campanilla?...

– Sí, la campanilla, la campanota y todo lo que haya... Pero no me toquen nada al alzar, ¡eh!... Antonio, prende seis velas, "de las más bajas"... ¡vamos, vamos!...

Cuando el Padre se pone la casulla blanca (Eucarística) y sale al altar hay un retraso de 25 minutos. Pero en Paracotos no hay urgencia como en las ciudades. Los niños están un poco ruidosos, eso sí: acaso nerviosos por el calor. Cuando me encamino al coro, tropiezo con dos perros que no quieren alejarse de sus amas a pesar de las amenazas y los puntapiés.

El coro tiene el campanario a un lado. Al Gloria comienza un repique que dura un tiempo largo. La orquesta y el órgano tienen que callarse y esperar que termine. Cuando se muere el repique aún queda por un tiempo un eco agudo tropezando en los techos cerrados de la iglesia.

El "órgano" es del tamaño de una maletica, con dos pedales como chancletas de carro. El maestro de capilla lo ha colocado encima de un pequeño andamio hecho de bancos para poder ver por encima de la baranda al oficiante mientras toca y canta. Tiene que contestar al sacerdote, acompañar a la orquesta, tocar en los intermedios, dar las entradas y sujetar las hojas del libro que le mueve el viento.

5

Toda la ceremonia resulta lucida, hasta el sermón y la compostura de los niños. Para cuando termina la procesión, la iglesia está completamente llena y fuera aguarda gente como para llenar otra iglesia igual.

La conmovedora fe del campesino es simple, tranquila, que a fuerza de sencilla parece a veces irrespetuosa, pero que da la verdadera medida de la buena intención y lo cerca que se encuentra, por su contacto con la tierra, con las cosas de Dios.

El milagro de San Francisco de Tiznados

– Creció un tantico así...

Y el hombre del pueblo separa dos dedos como tres centímetros.

A pesar de ser de madera reseca de cien, doscientos años, el Cristo de poco menos de un metro que se venera en San Francisco de Tiznados ha roto el cristal de la urna en que ha estado colocado "desde siempre", y ahora le rebasan las puntas de los pies.

Las campanadas de "¡mi-la-gro, mi-la-gro!"... han ido sonando de corazón en corazón y de casa en casa y de ruina en ruina en San Francisco, de hato en hato en la sabana, de caserío en caserío y de pueblo en pueblo en el Guárico. Y toda Venezuela se llenó hace pocos meses del prodigio cuando llegó la campanada del nuevo milagro por el periódico.

2

"Este pueblo –dice el Ilmo. Sr. Mariano Martí, en su relación de la Visita General que en la Diócesis de Caracas hizo entre 1771 1784– es de vecinos españoles y gentes de otras castas. Unos habitan dentro de la población y otros en los campos, donde tienen sus sementeras y principalmente hatos de ganado vacuno, de muías y de caballos".

En aquel entonces, y según la minuciosa relación de Monseñor Martí, había en San Francisco de Tiznados 619 hombres solteros, 266 hombres casados, 441 mujeres solteras, 269 mujeres casadas, 343 párvulos, 302 párvulas y un total grande entre blancos, indios, pardos, negros y esclavos, de 2.240 habitantes. La mayor proporción era de negros, con 1.132; después venían los esclavos, con 345; después los pardos, con uno menos, 344; en penúltimo lugar los blancos, con 283, y por último los indios, con 136 habitantes, de los que sólo 16 hombres casados.

El 28 de abril de 1780, cuando llegó la autoridad eclesiástica a San Francisco, era una población próspera. Las rentas anuales del curato ascendían a 101 pesos, con 110 más de primicias, 265 de ovenciones y "misas cantadas de devoción" y bautismos, casamientos y entierros, 96 pesos al año de derechos de sepultura y velaciones, y 4 pesos al año de limosnas, haciendo un total de 576 pesos.

San Francisco de Asís de Tiznados tenía doble población de la de Ortiz, que sólo contaba en el tiempo de esta visita pastoral de confirmaciones con 1.187 habitantes, con una mayoría de 796 blancos.

3

San Francisco, a orillas del río Tiznados, está hoy, con más casas muertas y menos esperanza de caminos, a diez leguas de Ortiz.

Una bandera en ruinas encaramada al asta de la jefatura civil dice que aquí también llega Venezuela. Y lo dice también la voz y la cortesía campesina de esta gente que se presenta al visitante con sencillez ceremoniosa:

– Angel María Bolívar, encargado de la jefatura, para servirle...

Le acompañan el señor Henríquez, el que está dirigiendo las obras del nuevo templo, y el alguacil, con su bicicleta en la mano...

– Anda, Jesús, acompaña a estos señores a la iglesia... Déjate esa "bicha" en cualquier sitio. No te la quitan, porque nadie sabe manejarla...

Y la única bicicleta del pueblo, con sus luces, sus cintas y sus chucherías de bazar, queda recostado al muro de bahareque con el aire tristemente inútil en este caserío sin caminos.

– El periódico llega "por tiempos", sí –explica el señor Bolívar con sus venerables mostachos blancos– cuando viene el correo, que llega a caballo o a burro o a pie, como cuadro y esté el tiempo. –Y sus 72 años se resienten al subir la cuesta hacia la iglesia–. Este pueblo lo mató el paludismo. Cuando lo vencieron, ya el pueblo estaba muerto. El remedio llegó un poco tarde. Lo que ahora hace falta es la carretera... Mire, esto era la Calle Real; más alláita quedaba la Calle El Porvenir, y más abajo la Calle Bermúdez... Ahora sólo quedo yo. Los demás murieron o han nacido después de que el pueblo quedó en este caserío arruinado... Y a mí ya me cogió la noche y no puedo salir...

San Francisco de Tiznados está en una ladera de cerro con unas pocas ruinas en pie y mucho monte piadoso cubriendo las que se cayeron. En el altozano que domina las pocas casas que quedan y las huellas de lo que fueron calles trancadas, pisadas de gente, voces de niño, taller de artesano, están las ruinas erguidas de una iglesia como habrá muy pocas en todo el país.

A pesar de las grietas en los arcos, los rotos de ladrillo y mampostería en sus columnas y en sus muros de medio metro; a pesar de tener íntegro su techo tendido muerto en escombros, a pesar de los nichos vacíos, la pila bautismal en posición de entierro, el coro sin voces, la torre sin campanas, el altar vacío de ornamentos, el atrio sin gente, la iglesia de San Francisco, con su extraordinaria armonía de formas y proporciones, el venerable silencio de muerte en que viven sus ruinas infunde un respeto, un recogimiento y un sentido tan profundo de lo ultraterreno, que mueve al visitante a oración.

En el medio de un amplio espacio de plaza, hay una columna con una inscripción que dice: "El Municipio San Francisco al eminente Juan Germán Roscio. 1890". Encima, el busto que el pueblo erigió con orgullo al hijo que tomó parte en la firma del Acta de la Independencia, cargando desde el amanecer hasta la noche el sol a plomo del llano sin más compañía que el monte ocioso y aquella soledad de ruinas y de silencio. Frente al busto del civilista, en torno a la cárcel en ruinas, a la casa donde nació en ruinas, a todo el pueblo cayéndose a pedazos, el único vestigio de voluntad de vivir: la nueva construcción de asbesto y bloques de la nueva iglesia, que parece un gran garage.

Al lado de la construcción a medio hacer o medio parar por falta de medios, dos campanas colgadas de una troza a dos metros de altura. Una fundida en 1861, la otra en 1867. Las dos vocean con timbre de esquila el repique de las fiestas por febrero (el 2 y el

3), cuando bajan las aguas del invierno, y doblan mirando al cielo, como todo auxilio espiritual, cuando conducen al muerto envuelto en un chinchorro.

Y medio en ruinas, pero todavía en pie, la casa cural sin cura, donde han encontrado refugio las imágenes desde hace 12 años y donde el cura, que sube de Ortiz por fiestas a bautizar y casar, celebra su Misa una vez al mes.

4

Lo que era la casa cural son dos piezas de 4 por 5 metros con techo de planchas de acaproy caña, muros de bahareque y piso de ladrillo. De día claro se ve el cielo a través del techo, y cuando llueve debe caer agua también. Las imágenes están cubiertas con paños que ya están sucios de las goteras. La urna de cristal está sobre una mesita cubierta con un mantel de plástico y encuadrado por cuatro jarrones de flores frescas, frente a la puerta de entrada y frente a la única ventana, que da por el muro opuesto a la plaza de Roscio. Delante, un Niño Jesús metido en una cajita con un lado de vidrio y un platillo con plata. La talla de madera del Cristo, de gusto sobrio y de mérito, está rodeada de flores de papel de todos los colores, y una carta que dice con letra no muy torpe:

"Señor Presbítero Juan Bautista Lara Aponte, Cura de Ortiz y de San Francisco de Tiznados. Para el Sr. Cristo. Petición y promesa". Y al dorso: "Reverendo Padre Lara Aponte: dándole las gracias para que tenga la bondad de ponerme esta petición al Santo Cristo en un lugar seguro. Va la firma mía en otro sobre. Todavía no quiero publicarla; más después, cuando él me lo conceda".

Hay un cajón de madera llena de hojas sueltas del libro de bautizos del siglo pasado, comidas por el comején, velas encendidas sobre potes de leche vacíos de marcas que se cantan por la radio con estribillos, hay murciélagos colgados de las cañas que de vez en cuando se mueven muy feo por entre las vigas de acaproy, y todo da una triste sensación de abandono y soledad.

Pero el Cristo está en buena compañía. Están con El, que está colocado en el centro de la habitación puesto sobre una mesa en una urna de cristal con el armazón pintado de azul para las últimas fiestas y rodeado de flores de papel: la Virgen Dolorosa, curiosamente ataviada de blanco; un San Francisco de casi dos metros y cien kilos que regaló el General Crespo a fines de siglo y fue cargado en hombros desde Ortiz con refuerzos de comisiones venidas de toda la región; dos cristos de tamaño natural con paños rojos gemelos en la cintura; una Virgen del Carmen y una Virgen de la Luz de rostros ingenuos cubiertos hasta el cuello con unos paños color morado pálido; un San Francisco "chiquito", la antigua imagen milagrosa que se venera en el pueblo, y otros dos "San Francisquitos" que parecen copiados del mismo modelo. Hay, además, un Santísimo de madera con disco de metal amarrado con una cabuyita, guardado en un nicho de madera, del que cuelgan milagros; un San Juan Bautista con manto rojo y dedo erguido; un Cristo de la Pasión, descansado de cruz, y un ángel con las mejillas sonrosadas de siempre.

5

La voz del pueblo, que es la voz de Dios, dice que el milagro del crecimiento de la talla de madera del Cristo se venía produciendo desde hace unos cuatro o cinco años, pero el milagro tiene apenas unos pocos meses de edad.

Cuenta Angel María Bolívar, que nació hace 72 años en una Calle Real que ya no existe, que Pancho Carmona, juez del municipio, fallecido recientemente, y Mercedes Avila, trabajador que también se dedica a ensalmos, venían una noche hacia San Francisco cuando divisaron una luz flotando sobre las ruinas de la iglesia. Los dos hombres corrieron al lugar. Estaba todo como de costumbre, solo y a oscuras. Impresionados por la visión, se les ocurrió llegar hasta la vieja casa cural, donde estaban las imágenes, y vieron con sorpresa que el cristal anterior de la urna del Cristo estaba salido sin romperse, a pesar de las pestañas de madera, y las puntas de los pies de la imagen rebasaban la urna, a pesar de estar su cabeza pegada al cristal opuesto. Fue cuando las campanadas de "¡mi-la-gro, mi-la-gro!" sonaron al golpe de voz y de emoción y de recados, y después comenzaron a regresar a pasos de peregrino desde muchos rincones de Venezuela y de comisiones organizadas en Ortiz, en Calabozo. El Padre Peña, que "es de aquí y está ahorita por Cazorla", formó parte de una de estas comisiones y dio fe de que aquella imagen había cabido siempre perfectamente en aquella urna. El señor Obispo visitó la imagen por fiestas en febrero, en visita pastoral.

Esto tiene, naturalmente, a los 80 habitantes que quedan en el caserío que antes era la población progresista de San Francisco de Asís de Tiznados, esperanzados de que se va a reconstruir la iglesia y se les hará la justicia de construir una carretera desde Ortiz.

Mientras tanto, los 50 muchachos del caserío y los cientos que hay en toda la jurisdicción, carecen de escuela; no saben cuándo podrán terminar la iglesia, que parece un garage, pero tiene techo de asbesto; los hornos de cal y ladrillo seguirán fríos en espera de alguien que quiera encenderlos; el maíz y la menestra que cultivan en sus flacos conucos no podrán competir con los de Ortiz, que tiene población que compre y carreteras que llegan a alguna parte donde vender; el ganado que se vende a San Juan y a Valencia tendrán que bajarlo a pie diez leguas, los hombres seguirán ganando un fuerte y hasta tres bolívares al día y comida, sin esperanza de redención; los vecinos del caserío seguirán dependiendo de una planta de gasoil que se descompone a menudo y deja a oscuras las casas arruinadas del caserío, y seguirán confiando, impotentes, en que el Cristo que creció tres centímetros quiso darles así una demostración de su poder. Y acaso les dé, además, una carretera.

Las cruces blancas de los negros

LIBRADA MONASTERIO es una negra curiepera que acaba de cumplir sus ochenta con el cuerpo livianito, en los puros huesos.

Es como si se hubiese quemado una vela de cera negra hasta el cabo, y aguantase erguido, hueso de polvo, el chicharrón del pabilo.

O como si su estrecho pellejo de cristiana vieja estuviese atravesado de huesos cuando dice como un lamento:

"La gente antigua sí cree, pero la nueva no".

En lo que cree la gente antigua como ella es en la Soledad de Piedra, una Virgen de madera muy dura, como piedra, que "antes estaba en la capilla del Calvario" y ahora la tiene ella entronizada en una pobre pieza de bahareque con más devoción que en una Catedral.

Ella, que está viviendo sola, no estaría todavía contándose los huesos del costillar, o sintiéndose los codos como alfileres, o abrazándose a sus rodillas como quien se agarra a una empalizada, si no fuese por su "Compañerita", que entre otras gracias tiene la de que "no hay quien la levante si Ella no quiere".

Alfredo Armas Alfonzo y Luis Felipe Ramón y Rivera, con el 83 espíritu deportivo e irreverente de la gente nueva, probaron que la Virgen de la Soledad de Piedra se dejaba levantar en brazos, aunque apostarían yo que la anciana le estaba rezando para pedirle angustiosamente un milagro.

Fernando Madriz Galindo, curiepero de nacimiento, con su color y todo, miró la prueba como quien ve salir un "encanto" del río Curiepe y como si le sonasen en las sienes los golpes del tambor redondo.

Fue al salir al patio, un patio resguardado y tranquilo que mira todo el pueblo desde la alzada cabeza de un cocotero, cuando Librada Monasterio nos hizo la revelación de que la Soledad de Piedra, que es "antigüísima, de los antepasados", estaba creciendo.

Como está creciendo el Cristo de San Francisco de Tiznados. Allá estaba pidiendo una carretera. ¿Qué pedirá la señal para Curiepe?

La anciana dijo que sí recordaba a la Virgen cuando era más pequeña; pero se escurrió discretamente de la responsabilidad de una mentira, que a los ochenta años debe ser un pecado muy gordo, sin fijar ningún tamaño; y me reprochó la insistencia con una mirada antigua y lejana, sin rencor, como repitiendo el comienzo:

"La gente antigua sí cree; la nueva no".

Y me sentí irreverentemente nuevo, como escapado de un hechizo de Librada Monasterio, una piadosa negra curiepera que acaba de cumplir sus ochenta años con el cuerpo livianito, en los puros huesos.

Así es como debe ser muy fácil subir al cielo.

2

Fernando Madriz Galindo es un hombre culto. No a la manera como algunos entienden la cultura, artificiosa y llena de citas; sino la de raíz, la que aflora en la actitud del hombre frente a todas las razones y todas las consecuencias de la vida.

Fernando es un fino observador, y un respetuoso intérprete de la vida que le rodea. Penetra, como Juan Pablo Sojo, con profunda emoción en las tradiciones de su pueblo, que es como decir en la entraña misma de su ayer, donde se gestan los dolores de muerte y las risas nuevas de los niños.

Está recogiendo en cuadernos de escuela, con una caligrafía sosegada, como semillas nuevas, pedazos del alma popular que otros están despreciando como sobras. Como si la humanidad pudiera permitirse el lujo de ir perdiendo por el camino, no la plata ni el oro, con los que se dan baños de civilización a los hierros colados de muchas relucientes inculturas, sino las semillas del trigo, del maíz espiritual, simientes del pan humilde que ha alimentado la vida de hombre desde que tiene memoria y tiene imaginación, y de la que no podrá pasarse en la era atómica sin diluirse en un inmenso rebaño de máquinas con dos botones.

Con Fernando Madriz Galindo visitamos silenciosamente a Juan Pablo Sojo tendido entre sus dos viejos, en un cementerio tan lleno de cruces (y de cruces tan blancas en un cementerio de negros) que ya están desbordando el cerro, y han comenzado a pedir para los curieperos mayor espacio donde caer muertos.

3

El güetepereque, que tiene la concha muy dura, está matando los cocos de Barlovento. Es un animalito muy ladino, de sólo unos tres centímetros, que no se anda por las ramas, sino que se mete dentro de la tierra y se come el corazón de la mata, porque como en los hombres, es por donde se mata mejor a los cocoteros.

Primero se caen los cocos; después se van desgajando, una a una, las palmas; luego, el tronco se queda artificialmente de pie, como algunos hombres; así como se mantienen, clavadas, las estacas.

Hay también en Barlovento otros bichos que sin ser el güetepereque se están comiendo la vida misma de Curiepe, y de Barlovento entero.

Cuando todo el valle eran unas pocas haciendas, y todos los negros eran una sola familia maldita de esclavos, el negro no tenía derecho a tierras. Luego, ya liberto, que es como decir abaldonado a su suerte, sembró el negro sus frutos menores; sus plátanos, su ñame, su maíz, sus caráotas, su frijol. Se los secó despiadadamente el sol, se los pudrió sin piedad el agua del invierno: los dos azotes de Barlovento. Ni un embalse para guardar la lluvia que sobra, ni un triste riego cuando el sol se bebe las raíces de los frutos.

Entonces todavía no había caminos, y había que cruzar, para ir a Caracas, sube y baja, baja y sube, la serranía a pie. Por Capaya, por Guatire, por Petare. Se gastaban tres días, y hasta cuatro cuando los pies estaban viejos. Luego, con la bendición de la

carretera, que tiene los pies ligeritos y llevan en medio día hasta Caracas, llegó la maldición de los güetepereques de corbata, los "tragatierras de por ahí", cambiando dinero, poco dinero, por tierras, anchas tierras, y los ojos blancos del negro descubrieron con pasmo que por donde se compraban las tierras se construían los caminos.

Y miren ustedes cómo a veces los caminos traen desgracias.

Antes, cuando todavía el ferrocarril transportaba las cosechas desde El Guapo hasta Carenero, que era un hermoso puerto que se arruinó, los racimos de cambur se mandaban de madrugada por el río Curiepe, en los canoas, y cuando regresaban al anochecer se repartía la plata tanto para el canoero, tanto para el conuquero, y todo el dinero se quedaba en Curiepe, que es como decir en casa. Ahora uno entrega al camión un racimo de 22 kilos de cambures que llegó a lomo de hombre desde cuatro o cinco kilómetros, le pagan dos bolívares (porque el conuquero está a merced de los camiones que lleguen), y el camión y el racimo se van por la nueva carretera, a Fernando no le importa la velocidad que llevan.

Esto es lo que hay en la región de Curiepe. ¡Ah!, y dos trapiches esa es toda la industria. Y un olor un poco agrio, pero sabroso, de pequeñas esteras de cacao secándose al sol en los patios, o en las 85 aceras. Y muchos negros, alrededor de 2.500. Y también un cura blanco, un padre italiano con su pobre casa de adobes llena de niños jugando a la adivinanza, mientras él trabaja (bañado en el sudor de Curiepe en pleno mediodía) reparando aparatos de radio y otros artefactos eléctricos.

Con tanto güetepereque encorbatado como ha llegado a Curiepe, se salva, entre otros, el Padre Ernesto, este cura italiano a quien las misas no le rinden ni para sus limosnas, y tiene que dedicarse a reparar los aparatos eléctricos del pueblo para comer.

Y con lo que hay en Curiepe, que entre otras cosas tiene para enterrar a uno cristianamente, hay algunas cosas que faltan.

Si alguien que se enferma de gravedad (que está dentro de los posibles) no lo llevan con mucho apuro hasta Caucagua o Río Chico, los únicos lugares donde hay hospital en todas las 300.000 hectáreas que tiene Barlovento, hay que ir pensando en lo que cuesta una urna.

Hay un dispensario, pero sin apenas medicinas.

Antes había, para un remedio, algunos brujos ("brujos buenos", "médicos prácticos" o "curiosos", los llama respetuosamente Fernando), como Segundo Berroterán en el caserío La Balsa, o José Flores, que llamaban el "gran curioso", porque es el que "sacaba más de los del oficio en Curiepe".

Ahora parece que no queda ni uno para remedio, porque "están dementes".

Entre las cosas que afortunadamente ya no hay, y es una bendición que falte, está un fotógrafo que Fernando nos dice graciosamente que era "uno de esos que llaman esbirro". Este pájaro hacía las fotografías y luego, si le molestaba algún vecino, mandaba el denuncia a la Seguridad Nacional con ficha fotográfica y todo.

4

Pero todavía quedan en Curiepe, y es importante consignarlo, hombres como Fernando Madriz Galindo, y como el Padre Ernesto, y decimistas capaces de cantar, y niños que conocen ya el daño que hace el güetepereque y miran a la carretera como algo que hay que andar para aprender la manera de eliminarlo, son por eso dejar de vigilar los huecos de los bonos para la ñapa guindados en la pulpería; porque hasta eso, que es tan poco, es un pedazo del alma del pueblo que hay que salvar para la ilusión de los niños que vienen.

Así va creciendo la ciudad

– Por aquí quedaba el conuco del chino... y más allaíta estaba el sembrado de Joan, el portugués... Lo vengo a reconocer por esta mata que está aquí...

La señora busca una dirección: avenida número 1, quinta "Coromoto", con un papel en la mano.

– Señora, esa dirección puede valer para cualquier urbanización de Caracas. ¿Está segura de que es aquí?

– Sí, señor, que la familia González vive aquí. Me lo dijeron antier. Yo conozco bien esto, ¿sabe? Esto era "todo vegas y siembra de chinos, italianos y portugueses". Yo vivía ahí mismito, en La Vega, y venía a comprar repollos, coliflores, zanahorias, nabos y lechosas "casa el chino" o "ande el portugués", que tenía el sembrado aquí mismo, junto a esta mata... ¡Está bien distinto!... Y que se fueron los hombres para Santa Teresa y para Ocumare del Tuy...

La mujer del pueblo tenía el aire perplejo de haberse perdido en su propia casa. Abría y cerraba el libro nuevo de su papel de dobleces entre sus azoradas manos y levantaba la vista reparando en las matas, los árboles, como si quisiera ponerlos de testigos de su confusión.

– Dicen y que la tierra era demasiado costosa para sembrar legumbres...

Así de tristes se callaron las humildes azadas de mano y llegaron al relevo las palas mecánicas a sembrar casas, que son más caras que los repollos, las zanahorias o los nabos...

1

Los índices del crecimiento caraqueño toman pie en el año 1936, un año crucial para el alma y el cuerpo de Venezuela.

En este año-base del desarrollo caraqueño el área de vivienda continua estaba encerrada en los límites La Pastora-San Juan y Catedral-Candelaria, para decirlo por parroquias. El área de comercios estaba, naturalmente, reducido a estos límites también. El sector de viviendas aisladas llegaba tímidamente hasta el Paraíso, La Florida y Los Chorros, en zonas separadas de la ciudad. Asomaban dos o tres puntos de ubicación industrial al sur de Santa Teresa, en sus límites con el Paraíso. Lo que son hoy las Colinas de Bello Monte y Las Mercedes; San Bernardino, Altamira y El Bosque; La Floresta, Campo Claro y Los Cortijos; La Vega, Las Fuentes y Artigas, eran sembrados.

Para 1950, desde Catia hasta Santa Rosa y desde Lídice hasta Los Castaños se había convertido casi en un solo bloque de área habitada con casas pegadas unas a otras, con grandes bloques de vivienda continua en Urdaneta-Nueva Caracas, Tiro al Blanco y San Rosa.

Esta expansión del área de asiento caraqueño se alimentó con un flujo de población sin paralelo en la historia del país y seguramente en cualquier ciudad del mundo. Los 163.000 habitantes del censo de 1936 eran 359.000 en 1941, 800.000 en 1950 y hace ya 50 días (que es mucho en el transcurrir caraqueño) que Caracas alcanzó el millón.

Y el comercio se regó con la explosión, alcanzando con sus mostradores de queso de mano y papelón de modesto origen o sus elegantes vidrieras de maniqués hasta los lugares más alejados de la corriente de vida caraqueña, hasta sumar casi 60.000 establecimientos comerciales. La industria, casi inexistente en 1936, ha creado centros importantes en Catia, Las Vegas, San Agustín, San Martín, Artigas, Santa Teresa, Candelaria y Los Cortijos de Lourdes.

2

Esta brusca expansión de Caracas ha creado un cambio radical en el uso de la tierra.

De las 542 hectáreas que ocupaba el área caraqueña en 1936 ha llegado a casi 5.000 hectáreas, que valen aproximadamente 7.000 millones de bolívares. De esa superficie desarrollada actualmente existe un 40 por ciento vacante. La ciudad podrá ocupar en un futuro inmediato hasta unas 7.500 hectáreas, de las que un poco más de la mitad, unas 4.000 hectáreas, están vacías.

La población irregularmente ubicada en esta superficie tiende a una reestructuración urbana que encuentre un equilibrio natural. Las aglomeraciones al oeste y centro de la ciudad registran para el año 51 unas densidades medias de 400 habitantes por hectárea, llegando hasta 800 en El Silencio, en contraste con la pobre densidad de la zona urbana del Este, que apenas da de 20 a 100 habitantes por hectárea. Ya la expansión hacia el Este ha adquirido un auge sorprendente.

Se estima que la población saturada del área metropolitana será de 1.200.000 habitantes. Los núcleos satélites que se formarán en las vastas zonas del sur de la ciudad, región de Baruta y El Hatillo, podrán elevar esta población a 1.400.000 habitantes.

Este aumento de población ha requerido una pujante actividad constructora. En el Distrito Federal, de los seis millones de bolívares invertidos en construcción en 1941, alcanzó 10 años después a casi 300 millones anuales, y 144 millones para el Distrito Sucre del Estado Miranda, produciendo un índice económico de 577 bolívares por habitante y año, considerado el más elevado del continente.

3

Y este auge de construcción ha valorizado comercialmente la tierra de una manera también brusca.

En el año 1938, la zona caraqueña que cobraba 900 ó más bolívares el metro era un puntico en la Plaza Bolívar. La tierra que valía 50 bolívares el metro estaba dentro de los límites de La Pastora, parte de San Agustín, Catedral y Candelaria. Ya al este de San

Agustín, o El Paraíso, o en Catia, era más barato. Los terrenos del Country Club valdrían entonces alrededor de los 40 bolívares.

Hoy, el valor máximo sigue fiel al centro de la Plaza Bolívar. De 2.000 a 3.000 bolívares el metro vale en una superficie de dos cuadras de lado en su derredor. Ya de 1.500 a 2.000 bolívares el metro son cuatro cuadras de lado. De 900 a 1.500 bolívares el metro vale en una superficie de ocho cuadras. De 600 a 900, en doce cuadras. De 350 a 600 en 25 cuadras. Y 50 bolívares el metro cuadrado de tierra le vale a usted hoy en cualquier rincón de cerro a muchos kilómetros de la Plaza Bolívar.

4

Por esta razón se han tenido que ir los chinos y los portugueses de La Vega a Santa Teresa o para Ocumare del Tuy, porque los nabos o los repollos o las zanahorias se daban muy caras en tierras de urbanización. Rinden más construyendo casas o vendiéndolas a pedacitos a quienes mantienen la ilusión de construir un día una casita por su cuenta.

La tierra se ha llenado de cal, de cemento, de piedras y ladrillos, y hombres de muchos pueblos manejan los elementos en este entierro de tierra fértil que murió añorando raíces con riegos tibios, abonos sustanciosos, pisadas suaves de hombres encariñados con la tierra, de cascos lentos de las bestias cargadas de frutos. Pisos de cemento y de macadam van cubriendo poco a poco superficies de tierra que no darán una brizna de hierba o una flor silvestre o un humilde gamelote en mucho tiempo. Y encima vendrán mujeres del pueblo, hombres del pueblo que la acariciaron muchas veces, y llegarán con papeles en la mano y buscarán una dirección y se guiarán por tal o cual mata que aún queda de pie y llorarán por dentro, perdidas sobre el asfalto.

Así es en La Vega y por los lados de Bella Vista y por la Urbanización Las Palmas de La Colina, y por Los Chorros y Valle Arriba, y por Santa Mónica y por Bello Monte y La Carlota y por San Bernardino, por todos los costados del crecimiento caraqueño.

5

– *Tuto* esto era pura casa –me decía un *albañile* italiano que llevaba 15 días *parato* en Pagüita. Y me mostraba el altozano despejado de Miraflores.

El italiano que vive de Paraíso a Poleo desde que llegó hace cinco años conoce bien el lugar, porque ha contribuido a hacerlo tal cual se ve ahora.

– Yo conozco bien esto, ¿sabe? Esto era antes "siembra de chinos". Yo vivía ahí mismo, en La Vega...

Y la mujer, que había nacido ahí, andaba con un papel de muchos dobleces en la mano buscando una dirección.

– ¡Está bien distinto! –decía azorada.

Y así, por fuerza de afecto o por prurito económico o por necesidad vital, los brazos nuevos de Caracas son como hijos recientes que hay que conocer cada mes, cada día y

cada hora, que en todo tiempo están naciéndole a la ciudad que pasó del millón, rincones nuevos, como hijos, que muchos caraqueños no conocen.

Las flores llegan con el rocío

De noche son puntos de luz, como luciérnagas. Se encienden y se apagan sobre la espalda, después sobre el vientre y luego a los pies del Avila como gusanos de luz. Ahora, que hay luces en el terminal del teleférico, impresionan menos. Pero hasta hace unos meses, cuando el negro macizo del corpachón avileño aparecía aún virgen de huellas; el signo de farol del hombre transportando flores del Galipán a lomo de bestia en noche cerrada para que llegasen frescas como el rocío en la madrugadita alumbraba dulces rincones de ensueño infantil.

El encanto está a punto de perderse, porque las bestias tienen ahora un competidor muy serio: la camioneta.

Vencidas hace tiempo sobre el piso de macadam y cemento de la ciudad, las bestias soñaban todavía con mantener el desafío de la rueda cerro arriba, por veredas y caminos de invierno que ellas conocían tan bien. Guardaban celosamente el privilegio de venir cargadas con los atados de flores frescas de los jardines del Avila. Y salían cerro abajo de noche trancada, presumidas, con las cinchas bien ceñidas, la carga bien pareja, oliendo a nardo y a capullito de alhelí, seguras de cruzar la noche con el rocío y llegar para la madrugada.

Pero hace como un año, una tarde de corte de gladiolas y calas en el jardín de los Brito Carvallo en San Isidro, se presentó una camioneta del valle de Caracas con sus ojos apagados. Era el desafío. El artefacto continuó después su camino hacia Manzanares y San Antonio y San José, mirando al mar, hacia La Guaira.

"Ese bicho feo no pasa por esos caminos de noche", se dijeron las bestias al emprender camino. No habían llegado a la fila cuando les espantó con sus ojos prendidos y su corneta y se les adelantó cargado de gladiolas y claveles de San Antonio.

Desde entonces las bestias viven un poco humilladas, con el aire triste de estar diciendo con las orejas: "¡Qué se le va a hacer, son los nuevos tiempos!"...

2

Las flores que llegan a reír y llorar en Caracas son del Galipán. Pero el Galipán es San Isidro, que es la parte más alta, y además Manzanares, San Antonio y San José, bajando de la fila para allá, hacia La Guaira.

En la vertiente del Avila que da al valle de los Caracas no se crían flores. Los jardines del Galipán están todos mirando al mar. Es la tierra y el agua, es el sol y es el aire. El clima que requiere el cultivo de la flor es tan particular que hasta de Valencia, de Barquisimeto y de Puerto Cabello vienen a buscar las del Galipán.

También cultivan algunas zanahorias, repollos, ajoporros y nabos, y recogen duraznos, lechozas, cabellos de ángel, higos, naranjas, cambures, parchitas y fresas que llevan al mercado de Quinta Crespo; pero el cultivo que da nombre a los jardines del

Galipán son las flores. Y recalcan desde hace muchísimos años en la primera esquina con que tropiezan al llegar a Caracas:

– Esta es la esquina de San Luis –me dice Narciso Morales, asomando el rostro entre calas y gladiolas. –Pero ahora que han roto las esquinas para ensanchar la Norte-Sur, ya no es la misma...

3

En los jardines del Galipán se dan toda clase de flores. Algunas especies, como la de gladiolas, se obtienen de semillas holandesas que se consiguen en la cava de El Valle, pero la mayoría nacen de semillas criollas.

Los cultivadores son de la región o llevan mucho tiempo en ella. Tienen, a tan poca distancia de Caracas, sus giros idiomáticos particulares, sus maneras de fumar pipa y calar el sombrero de pelo de guama, su forma de ser de montañero, hasta su retraimiento peculiar de campesino.

Magdaleno Díaz, un hombre anguloso y largo, descargaba de su bestia enormes abrazos de ataditos de hortensias, calas, azucenas y lirios frescos, tiesos, como recién cortados, cuando le pregunté:

- ¿Hay algún cultivador extranjero en los jardines?
- "Musiús no, pero isleños sí hay"...

Uno de estos isleños que no es musió es Francisco Brito Carvallo, de Santa Cruz de la Palma:

– "Habemos cinco o seis nada más"... "Un hermano mío se vino primero, le gustó y me llamó. *Este es el sitio*, me dije, y me quedé, me casé y tengo una niñita de ocho meses"... "Aquí la flor es fácil. Tengo tres hectáreas y media de tierra de cultivo. Lo que la flores necesitan es un poco de verano, porque llueve demasiado"...

Y requiere mucho cuidado; ese cariño que él pone al hablar de sus flores y de su trabajo. Después, tienen que ayudarles el tiempo, claro. Ahora, por ejemplo, ya llevan quince días de verano, y pueden cortar flor todos los días.

- ¿A qué hora es mejor?...
- A cualquiera; la flor se puede cortar allá arriba a cualquier hora del día.

Quien parecía más enterado del tiempo y de sus milagros y supersticiones es Narciso Morales, un hombre menudo y locuaz que lleva un tiempo en Caracas y sabe lo que es reportaje. Dice él que hay tres meses de invierno: mayo, junio y julio; después tres meses de verano: agosto, setiembre y octubre; y vuelta a empezar con algunas alternativas. Total, que cambia el "temperamento" cada tres meses. En verano "merma" la flor un poco, pero demasiado invierno tampoco es bueno. Ahora, a fines de febrero, hay lo que llaman "la cañuela", una superstición aplicada a la vida agrícola y a la que se le responsabiliza de que se pudran las flores.

A veces una siembra de flores se da mejor que otras. "Esta azucena se me ha dado muy buena –decía uno a su presunto comprador– Llévesela, que es una flor muy *tentadora* y me la van a quitar".

En los jardines del Galipán no se necesita riego. Hay veces que tardan cuarenta, cuarenta y cinco días, como el año pasado, sin ver más sol que el que les calienta cuando bajan a Caracas. La flor se cultiva allá "a la voluntad de Dios". El abono que usa la mayoría es el de bestia. Recientemente se están probando algunos abonos químicos, pero es una novedad. Ángel Brito Carvallo, hermano de Francisco, ha conseguido una azucena "escandalosísima, fenómeno" con la ayuda de un "veneno" (abono químico) muy bueno.

4

Hasta hace alrededor de un año se transportaban las flores a paso de bestia solamente. Desde que "acomodaron" un poco el camino ya tienen los amortiguadores de carro a su disposición. Ahorita hay dos camionetas que se dedican a este acarreo.

Poco a poco, el vehículo ira sustituyendo al animal. La bestia se demora algo menos de una hora al bajar y casi tres de regreso. No es mucho, pero tiene algunas desventajas importantes frente al vehículo de motor: 1º, la flor se estropea más al traqueo de paso de bestia (aunque presen bien el atado) que con el movimiento de la camioneta; 2º, con la bestia no se puede bajar la flor de día, porque se calienta y se estropea, mientras que en carro no sufre daño alguno. Por eso es que antes bajaban las flores sólo de noche y ahora llegan y se venden a cualquier hora del día.

5

Pero a pesar de todo, mediodía es mal calor para exhibir flores. Ya tendrán tiempo de secarse después de vendidas. Para cuando comienzan a llegar las camionetas ya son las cuatro y medio o cinco; y las bestias vienen llegando por recuas cortas de dos o tres o cuatro en el curso de toda la noche. Los días de más afluencia de flores son jueves y viernes. Son veinte, treinta, cuarenta vendedores de flores al por mayor con su mercancía de preciosos colores extendida en el suelo, sobre sacos, sobre lonas. Los campesinos se acomodan sin estorbarse, uno al lado del otro, con los colores de las flores casi juntos, combinando preciosas banderas vegetales de paz y de fiesta. Y hay voces de amigo y de compañero que cruzan el aire sobre las flores, sobre las cabezas, sobre las bestias, que también son parte del grupo:

"¡Ah, Pepe, ven acá!"

"Ah!, burro!"... "Echale un cuerazo a ese burro, para que se me venga p'acá!"

Martín González va liando grandes paquetes de 60, 70 kilos, por ataditos cortos de ocho, diez flores: "Cuanto más apretada se ponga la flor, menos se estropea"...

Reclama un vuelto a alguien que pasa cerca:

"Dame dos bolívares"... "No tengo sencillo"... "Búscalos y quedamos amiguitos y en gracia de Dios"...

Y Martín sigue explicando a su comprador: "así las azucenas quedan cubiertas; tienen los claveles debajo y más claveles encima, y quedan tapaítas... Antes le puso 60

docenas de calas en cada bulto; allí iban las gladiolas criollas y los nardos blancos. Y aquí va mi ñapa", le da a la mano unos manojitos de capullitos de alhelí.

¡Me quedan 400 claveles, Segundo!... Y se siguen con la vista uno a otro, noblemente: "Mira cómo se llevan la azucena de Juan!"..., y se alegran. "La cala de Martín está a peseta"...

Y para las ocho y media o nueve la esquina de San Luis comienza a descongestionarse un poco. Los claveles del rojo vivo hasta el rosadito, las calas blancas, las gladiolas de diversos colores, los lirios "moraditos", *los ámame buena moza* como hijos de margarita, los *nido de amor*, los nardos blancos, *los botón de oro*, las margaritas, las *espuelas de galán* y los *dragones* multicolores van tomando al azar sus efímeros destinos de perfume y de colores, a llorar un luto o alegrar un bautizo o una boda o a llegar de sopetón en un ramillete con mensajes que nadie puede llevar como una flor, con desenvoltura bien distinta, por cierto, a la humilde intención de las manos campesinas que las cultivaron.

En cuanto se les habla de precios, los vendedores se encogen de hombros y tuercen un poco el gesto. Hay precios "buenos y malos", y quedan taimaditos, como si hubiesen dicho algo. No quieren que los interpreten mal. Ellos son mayoristas. Los revendedores tienen que ganarse su pan también. Además, los precios cambian mucho. Cambian todos los días. Los capullitos de alhelí se venden más o menos a bolívar el paquetico; las azucenas varían hasta de 10 a 40 bolívares el ciento, según calidad y días; el clavel, desde 15 a 50 y hasta 80 bolívares el millar, la cala, de 3 a 4 bolívares la docena; el lirio varía desde un humilde real la docena hasta 12 bolívares en noviembre; el nardo, la flor más fina del Galipán, desde 2 hasta 10 bolívares la docena; el botón de oro y la margarita, de 10 a 15 el millar; la espuela de galán y el nido de amor, a bolívar las doce flores.

Y cuando ya suben de regreso con su luz de farolito en la noche se llevan 200 ó 400 hasta mil bolívares de flores vendidas. Estos son los "totales" que ellos hacen cuando bajan a Caracas. Hay tardes que se reúnen en la esquina de San Luis 50.000 y 60.000 bolívares de flores, y en noviembre alcanzan los cien mil. Regresan con el kerosén, el arroz y el aceite que necesitan sus mujeres en las cocinas, y alguna que otra golosina para sus hijos, porque un viaje a Caracas supone para los niños la fiesta de llegar a la ciudad de los carros, los dulces, las vidrieras y las tantas cosas sencillas que llenan el mundo del ensueño infantil. No los traen más que en solemnidades de comunión, bautizo y alguna fiesta grande, porque "es un viaje muy cansado".

6

– Y, ¿cómo han recibido al teleférico allá arriba?...

El campesino del Galipán, como todos los campesinos del mundo, es muy cauto ante la novedad:

– Pues bien...

– Pero ahora el viaje a Caracas es más fácil –insisto.

– Para los que viven en San Isidro, les queda muy cerca, unos 300 metros. Para los de San Antonio, Manzanares y San José les queda muy a desmano; pero claro que es una ventaja...

– ¿Y para el transporte de flores?...

– Bueno, resulta un poco caro, porque hay que contar con llegar hasta el terminal del teleférico, después pagar la carga y por uno mismo, y volver a pagar para venir de Maripérez a q u í... Y después el regreso otra vez... –Y el hombre queda con aire tan cansado como si hubiese dado la vuelta al mundo.

El hábito de venir a la esquina de San Luis les impide siquiera pensar que podrían venderse las flores en otro lugar que no sea la tradicional esquina de flores; en Maripérez, por ejemplo.

Por ahora les basta enfrentarse a la novedad de la camioneta, que ya hay dos funcionando. El resto seguirá por un tiempo amarrado aún a sus bestias, subiendo despacito con las luces de sus faroles apagándose y encendiéndose a cada va y ven, como gusanos de luz, para los que miramos de lejos, desde el valle alumbrado, el negro macizo del Avila.

La bolsa de la música

Desde la "Avelino Venezuelan Boys" del "loco" Avelino, y de "Los Indios del Sur", y de las mocedades del compositor Valeriano Ramos en la esquina de La Torre a las modernas orquestas de "cha-cha-cha", parece haber el puente largo de un pentagrama de siglo lleno de notas sin un sólo silencio. Y sin embargo, de sus contemporáneos "Los Continentales" de la primera Radio Caracas, que llamaban Broadcasting Caracas para que sonara a más musiú, a la Caracas ya musiú de hecho de las modernas orquestas de dancings, radio y televisión no van más de 25 años.

Que es lo que va del tranvía al avión, de la pajilla a la cachucha, de las excursiones de dos días a Los Chorros al teleférico, del "bueno" al "Okey", del recato al descotado y de la retreta al cabaret.

2

Pero la tertulia pre-teleférico de los músicos de la "guardia" vieja" en la esquina de La Torre no ha muerto.

A pesar del tráfico, desafiando los ríos de gente que transitan por esas aceras, hay un grupo de músicos que siguen amarrados a las orillas y no se dejan llevar por la corriente. "Esos son los nuevos", dicen como una concesión cuando alguien les habla de los demás, y continúan en pie con sus estuches de hule usado, sus forros negros de clarinete, decorando de dignidad el viejo cruce de caminos, como esperando un tranvía para El Valle. Y siempre hay familias que se acuerdan del cuatro de Rafael Valera o del banjo y el contrabajo de Pablo Emilio "Cachapita", hoy del conjunto "Napoleón" y a cualquier hora del mediodía o de siete a nueve pasan en un carro y los llevan para amenizar un cumpleaños o una boda.

Hay algunos de la época de transición que cumplen con la guardia tradicional en la esquina de La Torre y después llegan al "bulevar" del capitolio, frente al "Ayacucho", como por azar. Así vi a Nicolás Salcedo, que comenzó como trompeta con el maestro Bonnet en 1928, y hoy es saxofón y trompeta sin puesto fijo.

"Uno llega a La Torre por costumbre. Después tiene uno que acercarse aquí si quiere trabajar".

Los jóvenes como Lías Guerra, un carupanero a quien quisieron meter a telegrafista y a sus 22 años que cumplió el martes de carnaval es "el trompeta más joven y de mejor sonido" a decir de Mujica Torres, ya vienen derechos a conseguir "un tigrito".

"Un tigre" o "tigrito" o "toque" es un trabajo para una noche o para una tarde. Le llaman así al trabajo por lo bravo que se pone a veces y por lo que hay que hacer para conseguirlo. Y de la suerte depende alguien más que el músico. Estos artistas que parecen tan despreocupados y tan alegres tienen también sus esposas y sus hijos y sus

problemas serios. Son trabajadores con problemas familiares, igual que otros. Trabajadores especiales, eso sí.

3

Me lo decía P. Riera, un músico-artista filósofo de camisa negra y opinión generosa:

– El problema nuestro es el fuerte. Pero aquí no hay capitales (sacó el suyo: cinco medios como diez cafecitos; instó a hacer lo mismo a su compañero Carlos Tomás García, saxofón y clarinete, y volcó un bolívar cincuenta). Entre nosotros hay como un cincuenta por ciento que nosotros llamamos metódicos; se ajustan a cualquier grupo que les ofrezca un "tigre", sin preferencias de compañeros ni fiestas ni ambientes; van a su trabajo, tocan exactamente las notas de ritual, cobran sus reales y hasta otro grupo del próximo "toque". Y hay otra mitad, que siempre hay dos mitades por lo menos, que llamamos "bullangueros", que prefieren ganar unos bolívares menos a condición de tocar en los lugares que les agrade o con ciertos compañeros o a ciertas horas; acaso no se ciñan estrictamente a sus papeles, pero ponen lo personal del artista; en la fiesta son más fiesteros que si gozaran de un arrocito al gusto y llenan el ambiente de esa música pimientosa que necesita la gente para divertirse.

Es fácil advertir en los grupos que se forman frente a Radio Continente esta condición un poco ruidosa, comunicativa, cordial, del músico que vive el desorden, la bulla, la despreocupación y la alegría propios del ambiente de fiesta en que se desenvuelve su vida de trabajo. Van inquietos de un grupo a otro, se llaman a voces, se ríen como muchachos. Cualquiera diría, al verlos así, o tocando en las fiestas, que estos hombres no tienen problemas.

Luis Sanoja, 29 años, caraqueño, tocó por once bolívares en la Sociedad de Auxilio Mutuo con la orquesta de Balbino García hace doce años y hoy tiene orquesta propia, compone, arregla, tiene talento, no toma y conoce bien los problemas de la profesión:

– Tenemos la sede de la Asociación Musical del D. F. y el Estado Miranda, pero es más fácil reunirse en la calle, y como antes nos veíamos por tradición heredada en la esquina de La Torre, desde hace ya unos siete años, cuando se mudó Radio Continente, nos veníamos encontrando como por casualidad aquí, frente al "Ayacucho".

El problema más importante para ellos, como siempre, es el vital. De cuatrocientos a quinientos músicos que habrá en la capital, algo más de un centenar está ocupado con trabajo que podríamos llamar fijo: con contratos más o menos regulares. El resto vive el azar de una fiesta de boda o un baile, la grabación de una cuña o alguna que otra función de los teatros Municipal o Nacional. Y, claro, ésta es la única fuente de ingresos de las familias que dependen de estos trabajadores.

¿Hay alguna solución de ocupar este excedente de músicos? Ellos proponen algunas iniciativas: ofrecer espectáculos intermedios en los cines, como se hace en muchos otros países, pero rompiendo con la tradición de amoralidades o de gusto dudoso que constituyeron algunos ensayos anteriores, y creando el espectáculo artístico, culto, apto para todos los públicos; regular la contratación de orquestas "fantasma" que se forman sin un ensayo para temporadas de más trabajo: fin de año y carnaval.

Una materia importante a que se refirió Sanoja, ya en su campo un poco más limitado del compositor. La circunstancia de que en Venezuela no se cobre derecho de autor está perjudicando mucho a la producción de música en el país y su difusión en el exterior. Dentro de casa: se dejan de cobrar alrededor de 200.000 bolívares por este concepto, restando a los autores este estímulo para producir; la única música impresa que anda circulando en las orquestas y conjuntos es extranjera, porque los autores locales no editan sus trabajos, se ciñen a unas copias manuscritas a lápiz, limitando celosamente sus posibilidades de difusión, porque fuera del país, ninguna pieza venezolana cobra derecho de autor, a falta de reciprocidad en Venezuela con los autores extranjeros.

Existe un problema muy particular en el gremio de músicos. Fruto de un problema parecido en su país de origen, sin duda, los músicos europeos dedican un tiempo a un oficio compatible con el de músico. Cuando llegan aquí siguen siendo barberos o carpinteros y continúan tocando música, con evidente desventaja para los profesionales nativos, que se dedican enteramente a sus ensayos y a sus actuaciones.

4

El músico trabaja de noche y duerme de día. No mucho, porque se le puede escapar el "tigre". Pero cuando aparecen unos pocos músicos por el "Ayacucho" ya es mediodía. Después ensayan de dos a cuatro y aparecen de nuevo al anochecer. Si no trabajan esa noche, tampoco se acuestan hasta las dos o las tres de la madrugada; es ya pura costumbre.

Los instrumentos más escasos en este mercado son las primeras trompetas y los pianistas. Requieren mucho entrenamiento, mucha disciplina y se exige mucho de ellos. Los buenos trompetistas pasan pronto a la Sinfónica o a una orquesta de cámara. Por ellas ha pasado Federico Ayesta, nacido en El Consejo, pero que llegó de cuatro meses a Caracas. Y así es de bueno también Pablo Armitano, un músico de sinfónica por los menos. Pero muchos trompetistas y pianistas se contratan en el exterior. Como llegan de fuera profesionales que tocan otros instrumentos y conviven aquí en ese ancho abrazo de los verdaderos artistas. Ya lleva años aquí Dimi Víctor, un checo que toca tenor, saxofón, clarinete y violín, y dice que prefiere Caracas a cualquier otra capital en que ha trabajado. Los más fáciles de encontrar, y no porque se desestime su importancia sino por que el medio musical produce con más facilidad, son el tumbador, el bongocero y el maraquero, los instrumentistas de percusión y ritmo. Hay un cubano que tiene fama de tocar muy bien la batería y refiere con alegría sus "andanzas de negro" en Europa: Teobaldo Borrell.

¿Cuánto ganan? Según la tarifa vieja, que lleva diez años de vigencia, pero ya nadie le hace caso, son 16 bolívares la hora de radio por músico; hoy se cobra hasta 30 bolívares por media hora, porque acaso los músicos no trabajan ocho horas pero tienen que aguantar 24 completas, como todos. Los pianistas buenos, por ejemplo, llegan a cobrar hasta 150 y 200 bolívares por noche. Normalmente los músicos cobran alrededor

de 80 o un poco más. Depende del mercado, de la escasez o la abundancia de músicos en el momento de la contratación.

Hay cierta libertad de regatear el precio del trabajo aunque se han ido eliminando otras costumbres perjudiciales. Como la del "brincador". –"Brincar" quiere decir saltar de un conjunto a otro sin hacer honor a los compromisos. Hoy el "palabreado" cumple siempre con ellos.

¿Cómo influyó la llegada de la TV en la vida del gremio de músicos? Dicen que al comienzo pareció ofrecer grandes perspectivas, y hubo muchos contratos, pero poco a poco fueron sustituyéndolos con películas musicales y un mayor uso de discos, hasta tal punto que hay músicos y grupos que tocan "hasta de gratis" con la esperanza de obtener alguna publicidad a cambio de su trabajo. La radio, en cambio, sigue siendo fiel al músico y ofrece hoy hasta "el 90 por ciento de las oportunidades" de ocupación.

Siempre tienen más facilidades de trabajos los que tocan varios instrumentos. Hay quien, como Félix Morales, "el niño del cuatro" porque le sigue el nombre desde Cagua, donde nació y comenzó a tocar en un grupo de parranderos siendo un niño aún, toca saxofón, barítono, tenor, alto, clarinete, violín, guitarra pequeña o cuatro y contrabajo. Y otros que tocan uno o dos, pero los tocan bien, como Carlos Tomás García, saxofón y clarinete quien se hace eco de muchos compañeros al decir que la profesión de músico es muy poco estable. Y como Manuel Galíndez, quien lleva "treinta y pico de años" tocando clarinete, saxofón, violín y piano.

Y encima de que uno tiene que tocar tanto pito para tratar de comer, hay veces que ni pagan. Hay lo que los músicos llaman "aparecidos", elementos que contratan a músicos para inaugurar un local que sólo dura por fiesta de Carnaval o fin de año y ya comienzan quebrados.

– ¿Y entonces?...

– Bueno, pues ellos cuentan con nosotros para hacer ruido, y después nadie sabe nada de ellos, ¿no ve que los aparecidos son fantasmas, pues?...

Y mientras en el "bulevar" se habla de aparecidos, riendo con risa de "cha-cha-chá", hay un grupo de músicos que continúan en pie con los estuches de hule usado y unos forros negros de clarinete desafiando los ríos de gente que transitan por las aceras de la esquina de La Torre, con el aire solemne de esperar un tranvía para El Valle.

Ya no quedan sino pájaros musiús

"Aquí no habernos sino tres... En la Playa del Mercado quedan todavía dos metidos en locales... Allá era mucho mejor... En la Plaza del Venezolano estábamos como en la casa; era donde estaba Antonio Leocadio Guzmán, estábamos junto con él..."

Este vendedor de pájaros que lleva treinta años en el oficio no termina de acostumbrarse al puesto de Quinta Crespo, donde ya lleva dos. Y terminará retirándose antes de tiempo. Es la contribución humana al remozar caraqueño. Cuando caen cuatro viejos muros de tierra se derrumban viejos escenarios, amigables rincones, sombras frescas que no hay tiempo de reponer, porque una sola vida no da para tanto. Esas bellezas y esas bondades de un lugar muerto quedan como una película en colores para añorarlos de por vida; de los malos olores, del polvo, del nacimiento, nadie tiene ya recuerdo. Es una feliz condición humana ésta del olvido.

Lo que era la Playa del Mercado (posiblemente llamada así por que había allí un Bar La Playa) es hoy un frío cerco de ladrillo. Es como si algo que murió quedase aún sin enterrar. Por eso es acaso más doloroso el recuerdo de quienes no han olvidado al Concho, a Enrique Trésbol y a Coralito, ya fallecidos, pero que parecen vivir reclamando el abandono de este solar con cerco de huequitos, como ojos vacíos. Otros que se han retirado del negocio de la venta de pájaros, como Arturito, José Antonio y Martín Rodríguez, vienen a mirar a su través de vez en cuando. Ya no hay fotógrafos de minuterero, ni campesinos de Charallave, Curiepe o San Casimiro que retratar, ni reloj de piedra ni otros elementos de medir un tiempo que ya no existe más que en el recuerdo. Y sin embargo sigue habiendo relojes y gentes en esos pueblos que llegan a Caracas y más fotógrafos de a minutos que nunca en la historia de la ciudad. Pero ya no son los mismos, esa es la verdad.

2

Porque hoy existe el negocio de pájaros igual o más floreciente que antes; pero con nuevas caras de organización que no van con las toscas manos que cuidaban de los pájaros porque los querían.

Ya antes de formarse empresas que se dedican a la importación y cría de pájaros y a la venta de alimentos especiales para aves, el típico negocio de mercado tuvo sus altibajos. En 1945 recibieron los que tenían sus puestos en la Playa del Mercado una orden de ir con sus jaulas a otra parte. Fue una confusión dolorosa, y reclamaron. El gobernador Nucette Sardi los atendió "muy bien", les hizo ver los inconvenientes sanitarios del negocio en aquel lugar y les propuso espacio en el Parque de Los Caobos, que indudablemente era más adecuado. Pero las viejas ramas se agarraron más fuerte al árbol viejo del mercado y aguantaron maliciosamente, hasta que poco a poco los volvieron a dejar. Hasta que cayó el árbol y tuvieron que alzar el vuelo torpemente. Dos

de ellos no tuvieron fuerzas de ir más lejos y quedaron a sus pies, en dos localitos a una cuadra de la plaza; los otros tres en Quinta Crespo, con sus jaulas llenas de pajaritos cogiendo sol.

3

"¡Ya no quedan sino pájaros musius!".

Es una queja. No porque sean musius los pajaritos que cantan en jaulas superpuestas, como un montón de cárceles, sino porque resultan más caros y se venden menos. Hay días enteros (de siete de la mañana a una de la tarde) en que no venden un solo pájaro, y semanas que la venta no pasa de un canario de 20 ó 30 bolívares. Y los vendedores tienen que pagar tres bolívares de permiso y cinco de local cada día, vendan o no vendan pájaros.

– ¿Y cómo aguantan?

– Así, aguantando, por costumbre...

El problema grave para los vendedores de pájaros es que las autoridades han suspendido la venta de pájaros criollos con objeto de preservar la maltrecha avifauna venezolana. Desde luego que como medida proteccionista es inobjetable. Hay especies preciosas que se están extinguiendo, como el cardenalito. Hay otras que están ya muy estropeadas. Esto pide una regulación, algún control que preserve la vida de las 1.300 clases diferentes de pájaros del país, riqueza extraordinaria si se compara con apenas mil clases que tienen Canadá y Estados Unidos juntos, a pesar de que su extensión es veinte veces mayor que la de Venezuela. Los vendedores aducen que podría regularse esta cría de pájaros criollos de alguna manera, no tanto en beneficio de los pocos vendedores que aún quedan, sino de los muchos que quieren cuidar en sus casas un azulejo, un arrendajo, un turpial, un canario de tejado, un tordo carretero, un montañero, un curruñatá criollo, un cardenalito, un tucuso montañero, un loro, un verdín jabao o cabeza de lacre, un pico de plata negro o gollúo o fino, un perico, un tordo real o una perdiz. Porque, dicen ellos, el problema no es sólo de preferencia por el pájaro criollo por ser de aquí, sino de precio. Cuando hace pocos meses se podían vender los pájaros criollos, un azulejo costaba un real, un canario de tejado dos bolívares, un tucuso montañero o un verdín, tres bolívares. Eran pájaros que con jaula y todo salían por un fuerte. Había otros más caros, como el arrendajo, que costaba diez bolívares; el turpial, desde cinco hasta veinte cada uno; el cardenalito y el pico de plata (unos de los mejores pájaros venezolanos de jaula) más o menos al mismo precio; pero la mayoría de ellos estaban al alcance de todos los que querían tener en el patio la alegría de un canto de pájaro.

Esta hoja también tiene un reverso, como la moneda o la medalla de méritos. Hay una queja que escuchar, aunque no tenga más voz que un humilde "pío-pío" de pájaro. Los que se dedican a la captura de pájaros usan normalmente trampajaulas con reclamos o pitas, y goma. Cuando es con trampa, a menudo llega una hembra, o la pareja, que está criando. Esas crías de pájaro mueren, por supuesto. Cuando es con liga o goma, muchos mueren pegados a los árboles, porque los cazadores riegan la goma por muchos lugares

y después se olvidan de ella o porque se cansan de esperar por un tiempo y abandonan el puesto. Para cada pájaro que puede guardarse en jaula habrá ocho o diez pajaritos muertos. Y no hay ninguna felicidad garantizada para los que quedan presos. A veces no se tiene con ellos ni las consideraciones más elementales, como la de tenerlos en lugares suficientemente amplios y separados por especies, y se mezclan en peleas crueles en que se rompen una pata o un ala o se destrozan los picos contra la alambrada. ¿Cómo hacen en los demás países? Puede que haya una forma de regularlo, de hacer compatible la alegría de cuidar un pájaro en casa con la de mantener vivas las preciosas especies que nos cantan su libertad desde todos los rincones del cielo.

– ¿Y estos pájaros que está vendiendo aquí son muy caros?

– Sí son...

Se traen de diversos países en barco y en avión, y salen caros. Un "esqueleto" bueno, o sea, un pájaro que canta muy bien, viene costando hasta 150 y 200 bolívares. Estos precios son los casi toques, claro, aunque por capricho se han solido pagar pájaros hasta 500 bolívares. Y de cuando en cuando se oye hablar de un precio mayor

Los degollados, con gargantilla roja y cuerpo veteado, que "cantan, pero demasiado suaves, para ellos mismos", son africanos y cuestan los más baratos de los importados, 10 bolívares con jaula y todo. También son africanos las cebritas, con dos papitos de ocre subido, el pico coloradito y el plumaje gris. Asia está representada por un ruiseñor japonés gris con vetas amarillo y naranja, que canta como una paraulata. Cuba, por pensamientos que tienen "un cántico suavcito, como el tordito criollo"; el nombre le viene bien. España, que en un tiempo viejo de veinte o treinta años enviaba los únicos canarios que cantaban en Caracas, manda ahora alondras con plumaje gris con cabeza y cola negras, papos blancos, pico colorado, que también llaman perico de Java, que tiene un canto cortico, y algunas clases de canarios de buen precio. Australia tiene un periquito verde-gris-negro que "hace bulla". Hay una gallineta del Perú "que no tiene canto". Hay también canarios alemanes, belgas y holandeses amarillos y grises que "cantan mucho, ¡cómo no!"; periquitos brasileros que hacen "chirriar nada más". De estos pájaros importados, los más caros son los bojer-alemán, que valen de cien a trescientos bolívares; canarios belgas, llamados brujos, considerados los mejores, que son los que llegan a valer todavía más. Los demás varían de 10 hasta 60 y 100 bolívares.

4

– ¿Aquí no hay criadores de pájaros?

– No, criadores profesionales no hay.

Lo que hay son particulares que tienen su afición limitada a unas pajareras más o menos grandes. No obstante, se han conseguido ejemplares muy buenos. Para adiestrarlos se utiliza el mismo procedimiento de disco que en el extranjero: "Se agarra un pichón y le pegan el disco todo el día". De tanto oír, el pájaro comienza a imitar, y aprende.

Uno que conoce mucho de pájaros es Agustín Carrillo, que fue "cogedor" o cazador de aves desde que era un muchachito en Villa de Cura. Cuando le fracasó el negocio de

carbonería que quería poner en Caracas, regresó a lo único que sabía hacer, fabricar jaulas y vender pájaros. Y mal que bien, sigue defendiéndose. El hace jaulas de madera y alambre desde 2 y 3 bolívares en adelante, hasta 15 o 20 bolívares, según el tamaño. El pájaro que más le gusta es el azulejo, "porque es muy ordinario, pero canta bonito". Me explica que el negocio de la cría de pájaros no es tan malo, porque el canario puede dar seis "sacadas" al año; saca en esta época y está sacando hasta mayo; la "muda", que viene después de la última saca, comienza en junio y se puede prolongar, según el tiempo, hasta setiembre; pero ya en noviembre está bien emplumado y en condiciones de volverlo a echar. Pero a veces mueren con facilidad. Cuando están mudando tienen fiebre; si no se les preserva de corrientes de aire, mueren.

Un pájaro difícil de criar es el tucusito. Este curioso pajarito del que hay hasta 121 especies en Venezuela, pertenecen a la familia de pájaros más pequeños, y como vuelan hacia adelante y hacia atrás, parecen insectos de colores, unos colores preciosos. Pero Carrillo conoce el truco para hacerlo vivir en jaula: se pone un poco de azúcar líquido sobre una flor dentro de la jaula donde se le coloque y media pina colgada al lado; él ha descubierto que el tucusito vive de los mosquitos que se producen en la pina. Y al contarme el secreto tenía Carrillo una malicia risueña en los ojos. Creen que pájaros como el cardenal coriano o copetón mueren porque se ponen rabiosos; pero no es más que falta de alimentación adecuada. El pájaro frutero, como el turpial, la paraulata, el saucelito, la curruñata, el copino, la mariposa y el verdín tienen, por ejemplo, que recibir la primera comida dentro del mismo pico, porque si no, muere por no saber comer; después ya aprende por su cuenta.

5

Uno de los que ha quedado cerca de la Playa del Mercado, porque "me gusta la sombrita", es Pedro Antonio Aguilera.

"OK, may fren", dice a alguien dentro del depósito de gallos, porque dentro del corredor hay jaulas con gallos. Tiene unos bengalíes cachetico azul y pincelito de preciosos colores limpios que sólo se producen "con unos coquitos que se le hacen en los nidos". Tiene azulitos y capuchinos africanos de los que sólo cantan los machos "y no muy duro", a 20 bolívares el casal. Tiene unas alondras que le "ha retratado el Gordo Pérez para darlos en la Televisión". Aguilera está vendiendo pájaros y jaula en 25 bolívares y alguien le pelea el precio: "No..., mi amigo -le dice- eso es cinco fuertes y sin apelación". El y otro vendedor son los que quedan de la feria de pájaros que era antes la Playa del Mercado.

6

Y ya no son tiempos en que se vendían los pájaros a medio y hasta a cuartillo, como cuando comenzó a vender pájaros el más veterano de los que quedan en Quinta Crespo. Es que Caracas ha cambiado mucho.

No se puede volver a los precios ni a las prácticas de hace quince, veinte o treinta años, pero ¿por qué no intentarán tomar la vieja iniciativa de crear un mercado de pájaros en el bosque de Los Caobos?

Con estos vendedores de pájaros pasa un poco lo que ocurre con los que venden las flores de Galipán, que creen que no pueden utilizar el teleférico porque costará mucho llevar las flores después a la esquina de San Luis. ¿Y por qué no crear un mercado de flores bien acondicionado en Maripérez?

Medio Caracas vive en los cerros

A veces era la media noche cuando llegaba, casi agotado, el chorrito de agua.

Lo acechaba en lo oscuro la terrible culebra de lata, que es capaz de beberse un río entero. Cuando se le descolgaba aquel mundo de mujeres y niños para agarrarse a su pedacito de lata, desde lo que llaman Guaicoco, Maca, Bambú y Mosquito, se sacudía la culebra con unos campanazos sordos, como de rabia.

Las Hermanas Misoneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena se despertaban entre sus cuatro paredes de cemento recién fraguado y decían:

– ¡Dios mío, qué horas de dar el agua!

Y en la quebrada del Carmen, que es donde atienden un centro escolar y asistencial de "Fe y Alegría" del Barrio Unión, en Petare, y por los caminitos de cabra que trepan sobre el lomo de los cerros cargados de casuchas, comenzaba a transitar una bulla sorda, de mercado que duraba hasta las dos o las tres de la madrugada; hasta que se consumía el chorrito de agua.

Después, comenzaban a ladrar los perros.

2

Los cerros cargados de casi medio millón de venezolanos que rodean a Caracas, como un cinturón, han recobrado su voz para clamar la parte de los jacarandosos empréstitos al exterior, de los millones de sacos de cemento tragados por las panzas cuadradas de los rascacielos, de los ríos de champaña vaciados en orchilas de muchas partes y de los miles de millones robados escandalosamente en los tristes años de desgobierno.

A los pobres del Barrio Unión les están llegando después del 23 de enero, gracias a la diligencia del nuevo Concejo Municipal de Petare, los tanques de agua gratis; les están construyendo unas escaleras de cemento que no se llevará el invierno, y les han limpiado el cauce seco de la quebrada, que estaba colmado de basuras, antes de que lleguen las aguas; porque aquí, en casa de los pobres, todo: el hambre, la sed, las lluvias, llegan con exceso.

3

Desgraciadamente, el problema no consiste sólo en unas escaleras de cemento ni en una cañería de agua, si faltan piernas sanas para subir por ellas y se carece de agua. Seguramente que no bastarían los enormes recursos financieros del país para acabar con la miseria del casi medio millón de caraqueños encaramados en los escarpados de los cerros. Almacenándolos en unas jaulas de concreto de veinte pisos no se consigue sino

cambiar la dirección de la miseria, hacerla vertical, elevarla sobre la superficie del suelo; lo que está bien lejos de alcanzar la felicidad del cielo de una solución.

El Barrio Unión, para reducir el caso a un sector reducido de unas 40.000 personas, tiene unas 4.000 familias de un promedio de 11 personas viviendo en ranchitos de tierra pisada (64%) y lata y cartón (7%), sin patio (100%), sin cocina (100%), con piso de tierra (90%) y con una superficie para cada persona de 0,60 m²; ni un metro cuadrado de espacio por individuo. El promedio que ingresa para mantener esta familia de 11 personas es de 9,50 bolívares; claro, la mayoría no enciende fuego nunca, y hay un alto porcentaje de desnutridos. En lo sanitario, no hay agua en las casas (100%), no hay letrinas ni lavados ni inodoros (100%). En lo moral, la promiscuidad de lechos es de la proporción del 75%. Los hijos corren desde por la mañana hasta por la noche en los basureros en un 70%. Y, finalmente para señalar la consecuencia educacional, hay un 72% de analfabetos.

El problema de incorporar a estos venezolanos a la vida de la salud, de la productividad y de la conciencia del país es principalmente de sanidad, de alimentación, de educación y de una instrucción técnica que los saque de su condición de "toeros" y les ponga en la mano la herramienta de un oficio.

Sin esta elevación moral y material de la persona, no se conseguirá superar la mentalidad del rancho.

4

Pocas veces el cemento venezolano se ha ennoblecido tanto como en este edificio de cuatro pisos que afianza sus pies en la quebrada del Carmen, rodeado de un mar de ranchitos construidos con pedazos de tabla, con lata, cartón, con tierra pisada.

Caben mil niños en dos turnos: 500 varones en la mañana, 500 muchachitas en la tarde. Si las abnegadas monjitas colombianas que bregan las 18 horas del día tuviesen alguna fórmula para pasarse sin dormir, cabrían 500 más; pero aún quedarían fuera casi mil niños más de hasta 13 y 14 años que nunca han visto una escuela, ni han pisado una placa limpia de cemento, ni han comido caliente tres veces al día, que dicen que es tan saludable.

5

Las Hermanas son misioneras; antes de llegar a Venezuela han recorrido otros medios bien miserables; algunos han estado en lejanas selvas del Brasil y en territorios lindantes con los que habitan los motilones. Sin embargo están impresionadas en el Barrio Unión.

Ellas nos presentan a Pedrito Guacuto, un muchachito de ocho años que no tiene nada que no tenga un hijo nuestro, que ha salido de Mosquito a las cinco de la mañana para llegar a "Fe y Alegría" a las siete. Llega sin desayunar. Lo que trae, envuelta en un papel de periódico, es una arepita fría. Después, a las dos o a las tres, si para entonces llega su mamá (que a algunos les sale oscuro y les llega oscuro) "que trabaja en Caracas",

comerá un arroz blanco o unas caraotas. Esa es buena hora para que los cinco (porque Pedrito tiene cuatro hermanos que son menores que él) no molesten en todo el día. Pedrito nos dijo que él no tiene papá. ¿Que será eso?

Las hermanas nos cuentan que el alto porcentaje de inasistencias a los cinco grados que tienen organizados (el primer grado tiene 8 secciones, los hay de 15 años) se debe a debilidad de los niños y a verdaderas plagas de lechina, sarampión, gripe y fiebre de diferente origen. Las hermanas sueñan con disponer de algunos sacos de caraotas, de arroz, de maíz y de azúcar, algunas latas de manteca y de leche en polvo, para cubrir las necesidades más apremiantes. Porque el desfile de urnitas para el cementerio de Petare es impresionante, y los casos de tuberculosis entre mayores están aumentando peligrosamente. Y por aquellos cerros, con todo y quedarle tan cerca la Universidad, no alcanza a llegar ni un mal veterinario. "Fe y Alegría" está distribuyendo algunas medicinas, y una de las hermanas va a comenzar a sacar algunas muelas; pronto van a montar también un dispensario, con su servicio asistencial.

No hace falta mayores estímulos para que los cerros vecinos vacíen sus hijos en la quebrada del Carmen. El problema consiste en cómo contener en la puerta a la muchedumbre que sobra, porque el saloncito de cine que completan tres clases juntas no tiene capacidad sino para unos mil muchachos, por mucho que se apretujen, y en la placa de cemento de la planta baja (y no hay otro lugar plano y limpio en todo el barrio) apenas hay espacio para que se muevan 40 ó 50, y el desfile de madres pidiendo espacio para que atiendan a sus hijos durante unas horas al día es para las monjitas una tortura constante.

6

El Padre José M. Vélaz S. J., que es el Director General de "Fe y Alegría", tiene muchos planes; algunos ya en la misma puerta de la realidad.

Ya están a punto de levantar junto a este hermoso edificio del Barrio Unión que acaba de nacer otra estructura de capacidad similar. Así podrán dar cabida a 2.000 niños, y se les cumplirá a las monjitas un sueño: recibir en un internado o un semi-internado a la gran cantidad de muchachas de 12 a 15 y 16 años que están expuestas a todos los abusos y a todos los abandonos, y prepararlas para un trabajo y para su vida de hogar. También comenzarán entonces las clases nocturnas para adultos, con el fin de ayudarles con un oficio.

Todo el barrio está pendiente de algún milagro más.

– Padre –le preguntaba un coro de niños cuando llegamos– ¿es verdad que van a poner comedor?

Eso tendrán también muy pronto los niños del Barrio Unión, un comedor. Primero con un número limitado de plazas; pero así se empieza, por casi nada.

¿Cómo comenzó "Fe y Alegría" sino con eso, con 80 niños sentados sobre bloquitos de cemento que cabían justamente en un galponcito que regaló Abraham Reyes, un meritorio albañil con siete hijos, en el "18 de Octubre"?

Después, con la fe del Padre Vélaz, con la magnífica ayuda de la Junta Directiva (Gustavo Vollmer, Carlos Rodríguez Landaeta, Oscar Augusto Machado, Tte. Coronel Rafael Alfonzo Ravard, José Giacomini Zárraga, Luis Emilio Gómez Ruiz, Pedro Mendoza Goiticoa, Alfredo Paúl Delfino, Gustavo Reyna Rodríguez, Alejandro Rodríguez Delfino, Celso Serna, Santiago Vera Izquierdo, Bernardo Corral de Aristi y Oscar Palacios Herrera), que colabora con su dinero y con su influencia, hoy atiende a más de mil niños en el Barrio Unión, de Petare; a 500 más en Ciudad Tablitas; a 250 en la Urbanización 23 de Enero: a 125 niños en Loma Colorada; proporciona instrucción a 400 adultos en escuelas nocturnas, y enseña oficios a 200 jóvenes en el Instituto Técnico Laboral mediante la colaboración de la Universidad Católica, que es la que cede las aulas, los laboratorios y el profesorado. En dos cortos años se ha llegado de la nada a un hermoso total de 2.400 alumnos gratuitos, y los servicios de su dispensario y los centros recreativos.

7

– Eso es –dice el Padre Vélaz– lo que pretende "Fe y Alegría" desde su mismo lema, despertar en el niño, en el joven abandonado a la injusticia de su desamparo y de su menosprecio, la fe en Dios, en Venezuela y en sí mismo para trazar su camino en la vida, y alegría, contento de jugar, de respirar aire limpio, para acopiar fuerzas con que andarlo.

Al interesar en el "movimiento social en favor de la infancia" que es "Fe y Alegría" a los económicamente capaces, a los jóvenes estudiantes que trabajan dando clases, el Padre Vélaz apunta más alto que alcanzar alguna parte de sus bolsillos o de su colaboración personal. El sacerdote aspira a crear en ellos la conciencia social de su tiempo, a imprimir en los futuros profesionales la huella de esta terrible impresión del abandono en que una sociedad injusta y cruel tiene a un sector de la familia humana. Y si no obtuviese ningún otro beneficio, esta sola siembra de conciencia social justificaría todos sus sacrificios.

Pregunté al Padre Vélaz si la gestión oficial no sería capaz de resolver por sí sola este enorme problema del abandono de la infancia. Me opuso dos razones: la gestión oficial no crea la conciencia ciudadana del mal que se combate, y el problema requiere un vuelco de la conciencia social de las gentes; y las iniciativas particulares resultan más económicas.

"Fe y Alegría" calcula, por ejemplo, que necesita 120 bolívares por año para atender a un niño en sus aspectos escolar y recreacional, mientras los mismos servicios oficiales gastan 270, más que el doble. Sí es importante la colaboración oficial, como el primer ciudadano y el primer obligado a atender aspecto tan vital de la sociedad a que se debe; pero no es suficiente.

Además de las colaboraciones individuales, que han sido muchas y desprendidas, "Fe y Alegría" cuenta con iniciativas como ésta de la Fundación Creole de destinarles enteramente los beneficios de las audiciones de la Orquesta Sinfónica de Nueva York durante los días de su actuación en nuestra capital. A la que seguramente seguirán otras

similares de las que se beneficiarán los niños de los cerros caraqueños, tan abandonados durante los ostentosos años de la dictadura.

Pero los cerros cargados de venezolanos que rodean a Caracas, como un cinturón de miseria, han recobrado ya su voz para reclamar la parte que les pertenece en justicia.

Cada vez hay más venezolanos que llegan a viejos

SEGÚN un estimado, en 1827 Venezuela tenía 659.633 habitantes.

Si la población estimada del país en 1810 era de "800 a 900.000 habitantes", la guerra de independencia venezolana consumió en su fuego alrededor de 200.000 personas.

El primer censo se llevó a cabo el año 1872, y sumó 1.784.194 ciudadanos en el territorio nacional, un aumento de un millón de habitantes en 46 años. La estimación hecha en 1953 sumó 5.615.304, con un crecimiento de casi tres millones y medio en un lapso igual.

2

Claro que la emigración ha contribuido en mucho a este fenómeno de crecimiento de la población de Venezuela durante los últimos años. De 1.043 emigrantes recibidos en el país en 1934 y 460 en 1935, en 1952 llegaron ya 26.375 y 42.000 al año siguiente. No tengo a manos las cifras de estos tres últimos años, pero serán mayores. Lo que permite calcular que durante los años que van de 1934 a fines de 1955, en 21 años, han ingresado al país alrededor de 300.000 personas procedentes de diversos países de los cinco continentes, principalmente de Europa.

Pero al mismo tiempo, el crecimiento de Venezuela en estos mismos 21 años, que va de una población de 3.400.000 habitantes a otra actual de alrededor de 6.000.000, más de dos millones y medio, indica un crecimiento vegetativo de más de dos millones de habitantes.

¿A qué factores se debe, entonces, este fenómeno del crecimiento de población en Venezuela? ¿Qué elementos, al margen del inmigratorio, han intervenido en el país para que el crecimiento de su población se haya mantenido en condiciones tan ventajosas durante los últimos años?

3

Según la ponencia del doctor M. Zúñiga Cisneros en el XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, a algunas de cuyas cifras nos referimos en este trabajo, hay cuatro factores principales de crecimiento vegetativo de la población.

No se conocen los nombres de los médicos que acompañaron a Colón durante su tercer viaje, que culminó con el descubrimiento de las costas venezolanas. En la expedición realizada en 1499 por Alonso de Ojeda vinieron dos facultativos: un cirujano de nombre Alonso y un boticario de apellido Bernal. Dice el Dr. Ambrosio Perera en su obra "Historia de la Medicina en Venezuela" que puede considerarse a ambos como los primeros profesionales europeos que ejercieron el arte de la medicina en la Gobernación

de Venezuela. Después, en 1583, llegó a residenciarse en Caracas el médico castellano don Miguel Gerónimo, considerado el primero que ejerció la medicina en Caracas, quien llegó a adquirir mucha fama. En territorio de Maracaibo ejerció en el siglo XVI un curioso de nombre Francisco Martín, quien parece que aprendió el arte de su profesión en la región, una ciencia de "humos, soplos y lamidos", siguiendo el ejemplo de los profesionales de la medicina aborigen.

Hubo ocasión, como la de 1714, en que por temor a que se propagase a la ciudad la epidemia de vómito negro que diezmaba a Coro, el único médico que ejercía en Caracas con diploma madrileño, Rodríguez Lindo, recomendó al Cabildo que se rezasen por las calles de la ciudad las rogativas de Santa Rosalía. En los siglos XVI y XVII hubo en la Provincia de Venezuela también epidemias de viruela y de sarampión. En la Relación hecha por el gobernador de la Provincia don Juan de Pimentel en 1577 se dice que el sarampión y la viruela causaron la desaparición de la tercera parte de los habitantes de la provincia.

En enero de 1694, el Cabildo comisionó a Don Gerónimo de Pagola para que fuese a La Guaira a examinar unos buques en que venían negros sospechosos de ser portadores de la viruela, pero ya entonces la enfermedad hacía sus estragos en el puerto. La viruela, como la fiebre amarilla, probablemente, como me decía el Dr. Julio de Armas, fué enfermedad importada.

A pesar de los controles sanitarios de los buques que llegaban, la viruela causaba de modo periódico grandes estragos en el país. "No es de extrañarse –dice el Dr. Ambrosio Perera en su obra– que la misma vacunación realizada en las dos últimas décadas del siglo XVIII, años antes del descubrimiento de Janner, mediante el virus atenuado de la enfermedad, hubiera servido para atenuar el temor, si se recuerda que la mortalidad producida por tal procedimiento era muy grande y suficiente para mantener los ánimos justamente predisuestos". La vacunación, que aparece era obligatoria para todos los que visitasen la capital, costaba diez pesos macuquinos. En 1808 cesó por innecesaria la Junta de Vacunación que funcionaba en la capital. Fue en 1817 cuando se creó una Junta Superior de Sanidad, cuyo objeto era "la conservación de la salud pública y la preservación de los males físicos que pueden alterarla".

La medicina se ejercía en aquel entonces con cierta libertad, impuesta por la escasez de médicos. En la provincia, donde no existía el Protomedicato, había que presentar las credenciales en los ayuntamientos. Pero había bastantes personas que ejercían la medicina sin título.

Quien abrió la primera farmacia en Caracas fue Marcos Portero, en 1649. La venta de medicinas por los médicos retardó su apertura. Poco después ejercía el andaluz Juan de Espinoza con éxito las profesiones de barbero, médico, cirujano y boticario, y además enseñaba medicina.

En 1793 se estableció un arancel para médicos, cirujanos, comadronas, parteras y barberos. Por él se sabe que entonces se practicaban en la Provincia: cateterismos, circuncisiones, emasculaciones, punciones, y curas radicales de hidroceles, uretromias, tallas penrineales, extracciones de cálculos de la vejiga, trepanaciones, amputaciones de miembros, traqueotomías y extracciones de cataratas. "Respecto a la práctica de la autopsia –dice el Dr. Ambrosio Perera en su libro– se había creído que la primera

practicada había sido la realizada en Puerto Cabello a fines del siglo XVIII por el médico francés Gaspar Juliac en un soldado muerto de fiebre amarilla, pero el eminente historiador médico Dr. P. D. Rodríguez Rivero llegó a comprobar que ya en 1696 el cirujano Francisco Guerra Martínez había practicado la autopsia de una persona que había muerto durante la primera epidemia de vómito negro que azotó a Caracas".

Con la llegada a Caracas del ilustre médico Dr. Lorenzo Campins y Ballester, con un grado de la Universidad Luliana del Reino de Mallorca, y la apertura de la Cátedra en Medicina en la Universidad de Santa Rosa, se cimentaron los estudios médicos en el país. Una fuerte oposición impidió al Dr. José Antonio Anzola crear una clase de anatomía, después de su estudio de la cirugía en el país; sin embargo no pudo lograrse hasta bastante más tarde, cuando lo consiguió el doctor José Vargas. El Libertador sancionó un decreto especial sobre fundación y organización de la Facultad el 25 de junio de 1827, que sustituía al antiguo Promedicato Venezolano. La Cátedra de Medicina Legal fue inaugurada en 1841. El 28 de febrero de 1853 se dictó una resolución por la que se declaraba "que la Facultad puede examinar y dar títulos de cirujano dentista". La autonomía total de la Cátedra de Obstetricia llegó en 1896, con el Dr. Razetti de profesor.

La creación de nuevas cátedras universitarias a raíz del regreso del Dr. José Gregorio Hernández, fundador de la Medicina Experimental en Venezuela; la creación de las nuevas cátedras de Clínica Médica, de Clínica Quirúrgica y de Clínica Obstétrica y Ginecológica por los doctores Santos Dominici, Pablo Acosta Ortiz y Miguel R. Ruiz respectivamente, fueron factores decisivos para entrar en este siglo con los elementos de organización de estudios médicos que han permitido a Venezuela el adelanto sanitario de que disfruta hoy.

4

A fines de ese siglo se desarrolló el terrible azote del paludismo en las zonas bajas, de gran riqueza agrícola y pecuaria. Poblaciones que llegaron a tener 15.000 habitantes, como Barinas y Guanare, quedaron reducidos para 1935 a 2.000 y 1.000. Al paludismo se le acaba de vencer. El problema es ya mínimo. De 285,12 enfermos por cada diez mil habitantes en 1935, el porcentaje en 1951 sólo llega a 5,48, y sigue bajando después. Hay otras enfermedades que siguen teniendo importancia hoy en el campo médico: gastritis, tuberculosis, disentería, tifoidea, pero que han bajado notablemente. Y también hay algunas que se han vuelto más amenazantes: como el cáncer y las enfermedades del corazón; se está trabajando ahora para combatirlos.

Aunque no propiamente una enfermedad, hay una fuente que va dando un cada vez mayor contingente de muertes violentas: accidentes, sobre todo de tránsito. El porcentaje subió de 23,80 a 56,06; más que doblado.

Por el porcentaje de muertes general se ha reducido de 165 por diez mil a 111,8. Ya es mucho.

¿Qué pasa con el clima de Caracas?

¿Sabe usted cuánta agua necesitó el proceso de desarrollo de un kilo de esas papas que usted se va a comer en el almuerzo? Pues, de 200 a 300 litros.

¿Y sabe qué cantidad de agua necesitó la maduración de un kilo de trigo de ese pan que se come usted? Alrededor de los 400 litros. Para obtener una tonelada de pasto forrajero, la naturaleza tiene que contribuir con un millón de litros de agua; parte de esta agua convertida en leche la tomó usted hoy en el desayuno.

Así ocurre que alrededor del 90 por ciento de los alimentos que ingerimos es pura agua. Y si a usted, que es otro producto de la naturaleza y que supongamos que pesa 70 kilos, le exprimiesen todo el agua que tiene en el cuerpo, se quedaría en... 20 kilos de minerales, gramo más, gramo menos.

Menos mal que el espíritu se salva de la evaporación.

2

¿Qué pasa con esa agua que es más de las tres cuartas partes de nuestra naturaleza?

Hay épocas del año, como el angustioso verano que acabamos de vencer, en las que pasan meses y meses sin caer una gota; hay otras en que el cielo se vacía repentinamente y se lleva casas, hombres y animales, lo que encuentra, a una velocidad tan vertiginosa hacia el mar que parece que estuviese huyendo de la tierra y el hombre, que le son cada vez más hostiles.

¿Por qué el agua, de la que el hombre está tan desesperadamente necesitado se hace esperar tanto durante el verano y luego se escapa tan rápidamente en el invierno?

Parece, en verdad, que el hombre, en lugar de aguzar previsivamente su ingenio y preparar los recipientes adecuados para guardarlo cuando llega, actuase como un ignorante tratando de retenerlo con sólo abrir las manos. Naturalmente, el agua se le escurre entre los dedos.

Ya conocemos el ciclo del agua.

El agua parte del mar en forma de vapor liviano, invisible (¿quién ve ascender toneladas de agua por segundo cuando observa el mar?), va subiendo hasta zonas donde encuentra corrientes más frías de aire y se condensa, son las nubes; las nubes viajan a impulso del viento que sopla hasta que ciertas condiciones favorables provocan su precipitación en forma de gotas.

Una gota de agua que se evapora en las manos de un venezolano puede caer al cabo de cientos de años sobre la cumbre del Himalaya en forma de nieve, o puede apagar la sed de un gorrión en un bosque de Europa. En la naturaleza no se pierde nada.

Los sabios matemáticos que se entretienen en estas cosas han llegado a calcular la duración del ciclo hidrólico (lo que tarda una gota de agua en regresar a su punto de partida) en 4.000 años. De manera que una gota de agua que fue parte del vinagre que

dieron al Cristo agonizante en el Gólgota hace casi 2.000 años puede caerle sobre la nariz a cualquier sobreviviente de la bomba atómica en quién sabe qué peladero de la costra terrestre por los alrededores del año 4.000 de nuestra era.

Las lluvias se producen con más o menos regularidad, según las latitudes y otras circunstancias geográficas y climáticas locales. Siempre llueve con más frecuencia en las costas marítimas que tierra adentro. Y las lluvias son más regulares en climas templados que en el trópico. Los problemas de escasez de agua son menores en Inglaterra, digamos, que en Nigeria; o en Buenos Aires que en Caracas.

Y como nosotros vivimos en el trópico, pues es bueno que tratemos de ver si, ayudándonos, la naturaleza nos ayuda.

3

En el trópico, donde el régimen de lluvias va desde la sequía más angustiosa hasta casi el diluvio, hay además una circunstancia que agrava el problema: el terrible poder de evaporación del sol y de los vientos. (El valle de Caracas tiene la enorme ventaja de que las espaldas del Avila desvían hacia arriba los vientos alisios que vienen del mar, que son los más sedientos) El agua regresa así muy rápidamente a su anterior condición gaseosa sin rendir al hombre los innumerables beneficios que puede.

El problema del agua en el trópico consiste en retenerlo durante el mayor tiempo posible, simplemente; y tenemos que corregir lo que la naturaleza no ha regulado favorablemente, haciendo que cuando llueve torrencialmente se eviten las inundaciones y se le almacene para el tiempo de las largas sequías.

¡Si las cosas fuesen tan sencillas como decir las, el problema estaba resuelto!

¿Qué podemos hacer para retener el agua cuando cae con tan terrible furia durante el invierno?

Embalses. Desde luego que no uno, ni cinco embalses; sino cientos y cientos de embalses de agua en toda la superficie del país. Aprovechando los accidentes de terreno favorable construyendo diques. Es necesario crear reservas de agua suficientes para regar los campos con regularidad durante el verano (ya hemos dicho cuánta agua es necesaria para la maduración de cualquier fruto de la tierra), suministrar suficiente agua a la creciente industria del país (la producción de un kilo de carbón de piedra en Naricual necesita 3 litros de agua, una tonelada de acero de la Siderúrgica exigirá 20.000 litros de agua, una tonelada de celulosa para el papel que se proyecta fabricar en el país requiere 400.000 litros de agua; si no se consigue más de la que se dispone actualmente no hay posibilidad de desarrollo de la industria nacional); proporcionar a las ciudades la que necesiten para asegurar las más elementales normas de sanidad (si una ciudad necesita distribuir un promedio de 200 litros de agua por persona y día, Caracas, con más de un millón de habitantes, necesita alrededor de 240 millones de litros).

Si en lugar de tomar las medidas adecuadas para retener el agua se nos escapa, llevándose todo lo que se encuentra a su paso, es, para decirlo con un ejemplo, como si alguien que cobra su jornal una vez al año lo derrocha en una semana, quedándose sin un centavo para cubrir las necesidades de las 51 semanas restantes.

Pero los embalses son sólo una parte de la medida para regularizar la marcha del agua al mar.

El hombre hace muy poco con guardar cantidades grandes de agua en depósitos gigantescos si no la utiliza después inteligentemente para cubrir sus necesidades importantes.

Como el respirar, por ejemplo.

4

¿Dónde cree usted que se fabrica el aire que respiramos?

No un aire como el que tiene usted en el túnel de El Silencio, porque 117 ese puede envenenarlo en poco tiempo, sino el aire limpio, compuesto de 21 partes de oxígeno, 78 de nitrógeno y una parte hecha de gases como el helio, vapor de agua y hasta unos corpúsculos orgánicos que usted ni se imagina que necesita respirar de 40 a 14 veces por minuto, según la edad. Esa fábrica de aire saludable está en la vegetación. Si sobre la tierra llegase a faltar la planta vegetal, dejaría de renovarse el aire envenenado que expelemos, y moriríamos por asfixia. Las plantas respiran de día lo mismo que nosotros, pero al revés, expeliendo oxígeno, de manera que transforman el óxido de carbono en este componente que necesitan las especies animales para vivir.

Pero como absolutamente ninguna clase de vida es posible sin agua, tampoco escapan a esta necesidad las papas y el trigo que consumimos, y tampoco la vegetación que nos fabrica gratuitamente un aire purísimo y ese ambiente que es propio del hombre, como el agua es para los peces.

5

Dicen, por ejemplo, que en Caracas está subiendo la temperatura. Cualquiera que lleva unos años en Caracas se ha dado cuenta del cambio. Se ha producido sin duda, un aumento de la temperatura en el valle de Caracas, provocado por la deforestación. Hace unos pocos años, el valle de Tacagua era una selva; por los lados de Petare ocurría lo mismo. De manera que las reservas de humedad de los dos accesos al valle influían mucho en su temperatura. Apenas si la niebla desciende ahora más bajo que el cortafuego del Avila cuando antes cubría el valle. Pero no es verdad que la temperatura ha aumentado 10 grados, como aseguran algunos viejos caraqueños. Lo que ocurre es que, más que una diferencia de temperatura medible con termómetro, como me decía el señor Arturo Eichler, un sabio muy sencillo que lleva muchos años dedicado a estudiar estos fenómenos en el país, es la calidad del aire la que ha sufrido; se ha reducido la humedad y se ha alterado el microclima.

Está ocurriendo algo muy grave; está alterándose la composición del aire que respiramos.

El hombre tiene los órganos hechos a un ambiente; cualquier anormalidad influye en el desequilibrio de la salud. Nos preocupamos mucho, y con razón, de una alteración

globular, por ejemplo. Una disminución de los glóbulos rojos de nuestra sangre denuncia un trastorno que hay que combatir. ¿Por qué cree usted que no afecta a su naturaleza, a su salud, una alteración en la estructura del aire que respira?

6

Pero se siguen tumbando árboles (en Sebuacán se taló hace días un pequeño bosque para hacer un campo de fútbol, como si no sobrasen peladeros donde acondicionarlos; ¡ni el Avila se está salvando!), se continúan cercenando los cerros para sacar 100 bolívares a cada metro cuadrado, a costa de la salud de la colectividad.

¿Sabe usted cuánto tiempo necesita la naturaleza para fabricar tres centímetros (que es bien poco) de capa vegetal? En Venezuela necesita de 500 a 600 años. En otros lugares, hasta 1.000 años; depende de muchas circunstancias. La capa vegetal es un organismo vivo, que respira y necesita humedad, como un ser humano. Pues llega un tractor cualquiera y se lleva alegremente 3.000 ó 4.000 años de trabajo de la naturaleza.

Así vamos en el camino de convertir el ambiente de Caracas en el de un horno de ladrillos.

Los árboles no son unos camellos vegetales, y necesitan agua en todo el año. La naturaleza ha resuelto el problema arbitrando reservas naturales en el subsuelo, hasta donde llegan las raíces para alimentarlos. Caracas tiene un enorme depósito subterráneo de agua por donde en el verano bebe la poca vegetación que queda. ¡Pues ya están perforando pozos y pozos, indiscriminadamente, para sacarle el agua al subsuelo! Si baja más su nivel, vamos hacia una desastrosa desertificación. Ya muchos árboles del hermoso y completamente abandonado parque de Los Caobos se están secando. Para explicarlo de alguna manera, es como si nos estuviésemos suicidando, cortándonos las venas.

Y hasta estos caminos naturales de almacenamiento subterráneo está condenando la despreocupación del hombre, porque las deforestaciones y las impermeabilizaciones hacen que el agua de las lluvias corra apresuradamente al mar, sin tiempo de filtrarse hasta el subsuelo; el agua que no seca el sol o evapora el aire, sin cumplir ningún fin vital, corre al mar arrastrando tierra, animales y hombres como un trofeo de la improvisación.

Así se han secado muchas cabeceras de río, porque han ido talando los bosques que las protegían del sol y del viento, que es el elemento más sediento de la naturaleza.

Al Lago de Valencia, donde se evaporan 20.000 litros de agua por segundo, según cálculos recientes, hace todavía muy pocos años llegaban a verter su caudal veintidós ríos. Cualquiera que haya estudiado la geografía venezolana de hace 20 ó 30 años lo debe recordar todavía. Si ese mismo hombre de hoy hace una excursión alrededor del Lago, verá todavía sus cauces secos. Apenas quedan seis o siete hilos de agua. Claro, el Lago de Valencia está bajando de nivel. Dentro de unos años su lecho será una ciénaga.

Lo mismo ha ocurrido con el Guaire. Es verdad, y no sueño de poeta, que el Guaire traía hace todavía pocos años agua limpia y abundante. Han intervenido también otros factores, como el crecimiento de la ciudad, con todas sus consecuencias; pero nada tuvo

que ver con su caudal. Al río se le ha secado en su fuente, talándole los árboles de su cabecera y parte de su curso.

7

Afortunadamente, hay la esperanza de volver a ver corriendo sus aguas azules y limpias. Para eso el hombre tendrá que emprender desde este mismo momento una labor inteligente para sobrevivir en este valle de Caracas, como dice el naturalista Arturo Eichler.

Pero eso sería comenzar a hablar de los bosques, que son los que retienen el agua, enriquecen la tierra y atraen las lluvias, mucho mejor que los bombardeos artificiales de cubitos de hielo.

Del problema de los bosques hablaremos en otro reportaje, que éste ya ha resultado excesivamente largo.

Nuestra vida comienza en los bosques

Se calcula que cada ser humano consume durante su vida un promedio de 300 árboles adultos.

¿En qué? En calefacción (lo que no gasta un venezolano lo quema un finlandés), en muebles, en ropa (hay muchas fibras textiles que salen de los árboles), en la construcción de viviendas, en la fabricación de miles de productos sintéticos derivados de la madera, en este papel de periódico que está mirando usted ahora. Por mucho que se desarrolle la industria del metal, nunca podrá sustituirla enteramente.

Afortunadamente, porque así tendremos siempre un pedazo de madera que tocar a la mano.

También se calcula que la familia humana realiza el milagro de un aumento vegetativo de 70.000 vidas por día. Eso quiere decir que llegan al mundo diariamente 70.000 cuerpos nuevos que vestir y que alimentar, y que esperamos que habitarán también sus casas, usarán sus cepillos de dientes y leerán sus periódicos.

¿Estaremos sembrando los 21 millones de árboles por día que necesitan?

Antiguamente, pongamos hace dos mil años, alrededor del 80% de la superficie terrestre estaba cubierta de bosques. Hoy se han reducido las zonas forestadas a menos de la mitad.

Acerquémonos un poco en el espacio y en el tiempo. Cuando los descubridores llegaron a Cubagua hace menos de 500 años, la isla estaba cubierta por un espeso bosque. Hoy, la isla de Cubagua es un pedregal.

La verdad es que el hombre está convirtiendo la Tierra en un desierto.

2

El hombre tumba un árbol de 100, de 200 años, muy fácilmente; con sólo arrimarle al tronco la hoja circular de una sierra mecánica.

Ninguna ciencia, ninguna técnica, es capaz de crear la portentosa vida de un árbol. Será necesario esperar otros 100 ó 200 largos años para reemplazarlo.

Una casa que se tumba puede ser sustituida por otra con sólo levantar unos muros; una ciudad por otra con sólo construir unas casas nuevas, en cosa de unos pocos meses. Ningún adelanto científico o técnico puede corregir las consecuencias de la destrucción de un bosque.

Si la ciudad inglesa de Coventry o la vasca de Guernica hubiesen sido bosques, las huellas materiales hubiesen sido testigo de la barbarie nazifascista por cientos de años. Esta enorme ciudad de Caracas podría reconstruirse en un plazo de pocos años; dependería de los medios humanos y técnicos disponibles. Un bosque primigenio, como el de Guatopo, del que depende a corto plazo el suministro de agua de Caracas, no podría sustituirse sino en más de un millón de años.

¿En qué consiste la importancia de un bosque así?

3

Destruir un bosque es como exterminar una cultura.

Un bosque de árboles no es sólo una suma de palos. Como me decía el naturalista Arturo Eichler, un bosque es un mundo. Este fenómeno de la interdependencia natural que va creando la naturaleza es conocido por *biocenosis*. En un bosque natural se ha llegado a un equilibrio tal de ese mundo de vegetación y de fauna, que cualquier alteración lo afecta. El sólo hecho de abrir una pica en un bosque ya origina algunas mutaciones en su estructura. Como se modifican las condiciones de entrada de luz y de viento, la naturaleza reacciona inmediatamente, alterando sus funciones.

Por eso, la idea de crear *bosques puros*, o sea, sembrar plantas de una sola especie con la intención de crear grandes extensiones uniformes de árboles, resulta un error peligroso, porque perjudica a la tierra, se vuelve acida, y no permite el normal desarrollo de la fauna, elemento tan necesario en la vida naturalmente equilibrada de una selva.

Regresando al ejemplo del bosque con la cultura: es como si una lengua convencional, el Esperanto, por ejemplo, pretendiese tener el contenido espiritual de una lengua que han conformado cientos de años lentos sedimentando las experiencias y los pensamientos y los miedos y las esperanzas y las alegrías de un grupo humano buscando laboriosamente las luces de la comunicación.

Nada puede sustituir estos bosques naturales en el mantenimiento del equilibrio natural de nuestro mundo físico, como no pueden las lenguas artificiales en el mundo de la cultura.

Un bosque primigenio de más de un millón de años de formación, como el de Guatopo, o los del Delta Amacuro, o el de Rancho Grande, no pueden ser sustituidos repentinamente por ningún otro bosque sembrado ahora. Aunque se cuidasen técnicamente los detalles más mínimos para favorecer una biocenosis natural, tardaría cientos de años en reproducir otra vez los climas y las circunstancias geológicas transcurridas. Si Guatopo desaparece, no se tendrá, ni en miles de años, otro bosque igual.

¿Y qué hace que los bosques tengan tanta importancia en la creación de las condiciones naturales del hombre?

4

Ya dijimos en nuestro reportaje anterior, que la vida es imposible sin agua, y también que no hay agua posible sin lluvias. Pues los que ordeñan el agua de las nubes son los bosques.

Los bosques más valiosos son los que se llaman *de altura*, o también *selvas nubladas*, porque la zona de condensación favorable varía de mil metros para arriba.

Los árboles, con su humedad, con el aire fresco que producen, crean las condiciones favorables por la condensación. Cuando las nubes entran en su zona, se enfrían y se convierten en lluvia.

Otros bosques también muy importantes son los de vertiente, como el del Junquito. Los vientos alisios empujan contra el cerro las nubes creadas con la gran evaporación del mar, y descargan su lluvia en toda esa zona alta próxima a Caracas.

¿Y qué más hacen los bosques para que se les conceda tanta importancia?

5

Al caer la lluvia en un bosque, las gotas chocan contra las hojas, y se rompen, perdiendo miles de kilos de su fuerza, y el agua se dispersa. Después cae sobre otro tupido colchón de musgos, de hierbas y otros tipos de vegetación que evitan que el agua rompa la tierra y se la lleve cerro abajo, como un espeso chocolate fabricado con la capa vegetal que es la capa viva de la corteza. Dicho con otra palabra muy conocida entre nosotros: el bosque evita *la erosión*.

Esta lluvia que cae tan frenada y tan bien esparcida sobre la tierra, encuentra en el bosque una tierra ahuecada por los sistemas de raíces, que mantienen el suelo flojo, por donde el agua se introduce fácilmente. El agua que llega en condiciones tan favorables continúa después filtrándose por su propio peso y fluidez, hasta formar los depósitos de agua del subsuelo.

Así, el bosque cumple con dos misiones vitales en beneficio del hombre: absorbe la humedad que necesita para seguir produciendo oxígeno y humedad con su respiración (un árbol grande transpira 40 litros y hasta mucho más de agua por día), y almacena el agua que necesitamos, a la vez que favorece la nutrición de la capa vegetal.

Esta agua que se ha ido filtrando lentamente ha sido disolviendo las rocas y otras sustancias de la tierra, nutriendo y revitalizando la capa vegetal, el organismo vivo que envuelve el planeta que habitamos y permite la vida del hombre.

De esos depósitos subterráneos se alimentarán capilarmente las plantas; de ahí nacerán los ríos como el Guaire y el Orinoco, y los manantiales de agua, cerca de los cuales el hombre ha construido su vivienda desde que tiene inteligencia, porque el camino del agua ha sido siempre el camino del progreso del hombre.

6

No solamente hay necesidad urgente de salvar los bosques ya existentes, sino de sembrar inteligentemente otros nuevos que sean el sustento de muchas generaciones de venezolanos por nacer.

¿Y dónde se pueden sembrar? Según Arturo Eichler, y él sabe de esto, en casi cualquier parte, hasta en el desierto de Sahara. Se puede reforestar la falda del Avila tan bien como se puede convertir en bosque la Península de Paraguaná. Todo consiste en estudiar los terrenos y en elegir los tipos de árboles adecuados a cada uno.

Según él, en la parte baja del Avila se pueden sembrar aguaticos, cujíes, mantecos, tara-amarillas, robles, cedros dulces, cipreses y eucaliptos. Aunque considera que hay que andar con cuidado en la selección de especies importadas, como estas dos últimas, hay algunas que pueden aclimatarse con ventajas aprovechables. Considera que junto a estas clases de árboles deberían sembrarse algunas ornamentales, como la guarupa, el bucare, el flamboyán, el apamate, que embellecerían mucho, al mismo tiempo que hay que estirpar los pajonales, foco principal de los incendios forestales.

Las áreas como la de Paraguaná, de clima tropical y de suelo arenoso, recibirán muy bien al cují, al dividive, al indio-desnudo (llamado así porque se le desprende la corteza con facilidad), al olivo, al roble, a la tuna, a la acacia, al limoncillo y al guamacho, por ejemplo.

7

Pero lo más urgente ahora es conservar lo que ya se tiene, lo que es imprescindible para la vida.

Parece ser que en la selva de Guatopo ya se están tomando algunas medidas contra los conuqueros; pero hace todavía un año la estaban destrozando.

Resulta triste que por ignorancia se esté talando y quemando un bosque primigenio, de un millón a millón y medio de años, para sembrarle unas papas o unas caráotas o unos cambures. Ya sabemos lo que hace el conuquero: siembra hasta que el agua se lleva la capa vegetal; entonces abandona el pedazo de hueso pelado que le queda y pasa a otro pedazo; hasta que el agua termina de llevarle toda la sustancia a la tierra. Esta destrucción sistemática de Guatopo es la misma que se observa en los Andes.

Arturo Eichler hace la consideración de que si el gobierno regalase las caráotas y los cambures que recogen estos conuqueros, el país saldría infinitamente beneficiado.

8

Y aparte de estas razones, Guatopo es la única posibilidad futura para abastecer de agua a Caracas. Es la única gran selva que está en sus cercanías, porque las otras de Aragua vierten sus aguas a otra cuenca.

En Guatopo nacen el Lagartijo, en el que se están depositando todas las esperanzas; pero se nutren de su agua, además, el Taguacita y el Taguaza, que alimentan el Tuy. El Tuy, más arriba de estos afluentes, es en verano apenas un regato.

El río Lagartijo puede solucionar temporalmente las necesidades de agua de Caracas, pero esta cuenca, desgraciadamente, está deforestada. Con el tiempo habrá que subir hasta el Taguacita.

Y si desaparece Guatopo, no se está jugando solamente la suerte de la capital de la República, sino de todo Barlovento. Si desaparece el bosque de Guatopo se secarán el Cuira y el Cúpira y el Guapo, y el cacao y toda la enorme riqueza del valle de Barlovento se lo llevará el agua al mar. Ni para los peces, porque se irá en lodo.

Vamos a dejar de lado la necesidad de los 300 árboles que consumidos cada uno, y cuando pensamos en un bosque, calculemos solamente en la fuente de vida que es, desde los suministros de agua y oxígeno, hasta toda la producción de nuestros campos, y nos daremos angustiosamente cuenta de que sin bosques no hay vida posible.

¿Qué pasa con los parques nacionales?

¿USTED cree que no ha habido algún norteamericano emprendedor que haya tratado de aprovechar la gigantesca fuerza de las cataratas del Niágara poniéndolas a mover una turbina? Sin embargo continúan despeñándose ociosamente, ofreciendo unos de los espectáculos más hermosos del mundo.

Pero aquí no estamos libres de que cualquier día conviertan el Santo del Ángel en una central hidroeléctrica.

¿Qué tiene de malo una central? Nada. Más bien es una prodigiosa amiga del hombre. Pero las turbinas se pueden instalar en el Caroní, como se está haciendo, y en muchos otros ríos de Venezuela, aunque carezcan de majestuosidad y la belleza del salto de agua más alto del mundo.

Hay razones elementales como ésta, de preservar una belleza natural, que son suficientes para decretar un parque nacional.

2

¿Qué es un Parque Nacional?

Un Parque Nacional no es un parque zoológico en grande; no es una zona donde se exhiben los fenómenos naturales y los animales metidos en jaulas; sino áreas a veces muy extensas puestas a salvo de la rapacidad comercial del hombre con objeto de que sirvan de escenario al esparcimiento de todo el pueblo.

Está ocurriendo en todo el mundo un fenómeno de consecuencias cada vez más peligrosas. Los más emprendedores o más astutos se están adueñando de toda la superficie útil de la tierra como si se estuviesen repartiendo unas parcelas que les están destinadas desde la creación. La transformación técnica y comercial tiende a destrozar el paisaje natural del hombre para crearnos un nuevo paisaje económico, lleno de chimeneas y horribles cajones de cemento. Aunque el progreso de la técnica impone al hombre ciertas condiciones, debe, sin embargo conservar para su salud física, para su alegría, parte de ese escenario que está perdiendo el hombre para siempre.

Como van las cosas, los más emprendedores o los más audaces o los más desaprensivos se están cogiendo las playas, los cursos de agua y las cabeceras de los ríos y hasta los bosques, que son patrimonio elemental de la humanidad, de forma que el hombre del pueblo que ha llegado a este mundo ajeno a los poderes del papel sellado y los registros judiciales no entiende por qué le prohíben bañarse en el mar.

Los parques nacionales son una limitación indispensable a este espíritu industrial y comercial tan agresivo que pretende reducirlo todo a valor de moneda. Hay razones de belleza natural, de peculiaridad física, de bien colectivo práctico, que deben de estar por encima del poder de la por otra parte valiosa iniciativa privada y entrar dentro de los dominios del patrimonio colectivo.

Este es el objetivo fundamental de los parques nacionales.

3

Los primeros parques nacionales fueron creados en los Estados Unidos. El más antiguo es el de Yellowstone, inaugurado en el año 1872.

Según un informe de la FAO (Food and Agriculture Organization), de los demás países de América figura Chile, con 47 parques nacionales, en primer lugar; después México, con 36; Brasil, con 15; Canadá, con 12; Argentina, con 10; Haití y Uruguay figuran empatados con 7 parques nacionales cada uno.

El número de parques no está forzosamente en relación con las superficies reservadas en cada país. Por ejemplo, Canadá tiene un Parque Nacional de hasta más de 4 millones de hectáreas, casi cuatro veces la superficie del Estado Mérida. Y Argentina uno de casi un millón de hectáreas. Prácticamente toda la superficie de Suiza y Alemania, que están tan industrializadas, son un Parque Nacional.

¿Cuántas áreas rescatadas de la voracidad comercial existen en Venezuela para destinarlas al patrimonio del pueblo?

Cuando en 1955 se obtuvieron estas cifras de la FAO, ya existían dos. Comparando los recursos y la extensión de Venezuela con Haití, un pedacito de isla con siete parques nacionales, realmente es bien poco. Después, hace todavía unos meses, fue creado el tercer Parque Nacional venezolano, el de Guatopo, de cuya importancia vital hablamos en un reportaje reciente.

4

El primer Parque Nacional decretado en el país fue el de Henry Pittier, llamado de Rancho Grande, en 1937, Son 80.000 hectáreas de selva primitiva, de una edad de alrededor de un millón de años, depositaría de una riquísima variedad de flora y fauna.

El segundo fue el de la Sierra Nevada de Mérida, decretado en 1952, que incluye el Pico Bolívar y tiene una extensión de más o menos 120.000 hectáreas de extraordinarios paisajes de páramo, con su flora típica. Este Parque Nacional alcanza hasta las selvas del pie de monte llanero, abarcando una vegetación que va desde la subtropical hasta la de clima ártico, y contiene 30 lagunas de extraordinaria belleza que están sobre los 3.500 metros, y algunos hasta sobre los 4.500 metros de altitud alimentadas por glaciares. En algunas se pueden sembrar truchas.

El tercer Parque Nacional, el de Guatopo, incluye, además de su extraordinaria fauna y flora, la defensa de los ríos Lagartijo y Taguacita, de los que dependen el abastecimiento de agua de todo el valle de Caracas, y los ríos Cuira, Cúpira y Guapo, que riegan el rico valle de Barlovento.

Cada Parque Nacional tiende a ser una unidad la más completa posible en variedad de atractivos para el hombre, porque ha sido creado para salvarlo de su destrucción; pero también para tenerlo completamente abierto para su recreo. Se trata de que cada

parque cuente con diferentes accidentes o molduras de terreno, sus ríos y cascadas, sus bosques y a poder ser hasta su playa.

5

¿Y qué hay de las demás maravillosas riquezas con que cuenta la geografía de Venezuela?

La Dirección de Urbanismo del MOP, a la que compete la planificación de parques, bosques y reservas nacionales, está estudiando la creación de parques, en los que estarán representadas las áreas diferenciadas, como la de Margarita, las tierras de Paria, del Delta del Orinoco, el Alto Llano, Perijá, la Guayana, el del Amazonas y la Gran Sabana.

De Margarita resulta interesante, por ejemplo, la Península de Macanao, porque reúne simultáneamente característica de tierra insular, de playa y al mismo tiempo de montaña.

El de Guayana incluiría el Salto Angel, el Auyantepuy y todo el conjunto de los maravillosos Tepuy (forma cortada de montaña), incluyendo el Apradatepuy, la mayor elevación del Este de los Andes en Sud-América, con alrededor de 3.000 metros de altitud.

El Parque Nacional del Delta Amacuro comprendería las formaciones de tierras délticas, o sea, de las tierras de capa y vegetal traídas por los ríos, y por eso mismo, riquísimas, aunque tienen la desventaja de estar muy expuestas a las inundaciones; el área de este parque se extendería desde las islas costeras hasta la serranía de Nuria.

Las dunas, los médanos de Coro, de características similares a las del Sahara (sobre todo como monumento natural, como los Morros de San Juan, por ejemplo) con las características configuraciones de playas; hasta se han pensado en importar camellos para atraer una corriente turística interna y del exterior.

Los raudales del Altures y el Maipure, en el Territorio Amazonas, incluyendo selva, zonas del cerro Sipapo, que tiene una altitud de 1.600 metros.

En el sur del Lago de Maracaibo (hasta la sierra de La Culata, que pertenece a la cadena del norte de los Andes) existe un verdadero museo de vegetación de una exuberancia increíble, debido a la humedad del Lago y el hecho de que el brusco desnivel desde el cero del Lago hasta los 4.000 metros de La Culata ofrece una asombrosa variedad de climas.

Y así otras áreas, hasta un total de estos 25 que la Dirección de Urbanismo del MOP debe conseguir urgentemente porque todavía se está a tiempo de separar estas porciones de tierra tal como las creó la naturaleza, y ya la valorización de tierras y la destrucción están poniendo en inminente peligro de desaparición.

Muchas de estas bellezas naturales están a punto de extinguirse. Por ejemplo, en la fauna hay especies que están corriendo el riesgo de desaparecer en el mundo, como la danta. Si se permite su extinción, nunca más podremos recuperarlas, tanto por lo que significan para el equilibrio ecológico de nuestro mundo como por su belleza o para el estudio de las especies en sus medios naturales, y pasarán a la lista ya larga de las especies extinguidas.

Hablando de la importancia de estas destrucciones de especies, me explicaba Arturo Eicheler que, por ejemplo, entre los reptiles (los que muchos consideran un peligro inútil) si el caimán desapareciese de los ríos, también desaparecerían sus excrementos, de cuyos micro-organismos depende la vida de los peces útiles, y además entonces crecería peligrosamente la proporción del tan temido pez caribe, que normalmente es destruido por el caimán.

Este es un pequeño ejemplo de la manera encadenada como funciona la naturaleza, y que hace que cualquier desequilibrio tenga consecuencias peligrosas.

El hombre también tiene la responsabilidad de defender los refugios más ricos de la fauna en los ríos, aquí principalmente el Apure y el Orinoco, si se quiere seguir conservando el venado, el jaguar, el puma, el chigüire, la danta y otras especies en peligro de extinción. Otro refugio de la fauna que hay que proteger es el que constituyen las albuferas como la del Unare, la de Adícora en Paraguaná, y también las tierras insulares que son refugio de las aves.

Sobre todo las aves migratorias.

Hasta existe un acuerdo internacional que compromete al país en su conservación, porque su extinción no sólo afectaría a Venezuela sino a todos los países que recorren en sus peculiares ciclos migratorios. Así, la suerte de los flamencos, los corocoros, los patos y las garzas blancas que viven transitoriamente en suelo venezolano interesan también a otros países que visitan.

Las medidas oficiales tienen que ser urgentes y enérgicas, porque los intereses particulares suelen ser poderosos y generalmente mezquinos.

Es, por ejemplo, urgente convertir en parques nacionales los nacimientos de los ríos importantes, de los que depende la salud de muchas áreas urbanas, prohibiendo la explotación maderera en esos bosques, y reforestar urgentemente aquellos que lo necesiten. Como también es urgente rescatar las playas, que no pueden ser enajenadas a ningún precio.

Los parques nacionales no son unos parques zoológicos en grande, ni áreas particulares, sino al contrario, lugares de propiedad común a los que el estudiante y el científico pueden llegar a estudiar la flora y la fauna en sus ambientes naturales, en los que todos los ciudadanos pueden disfrutar de la naturaleza, con todo aquello que se ha conseguido rescatar, como si fuesen museos vivos que no se pueden reproducir.

Y a la vez que una fuente grandiosa de salud y distracción colectiva, los parques nacionales constituyen una valiosa razón económica, porque nadie vendrá desde los Estados Unidos ni de Europa a ver las autopistas o visitar el teleférico o la playa de Macuto, y sí, en cambio, pagará por observar una selva tropical en toda su belleza natural, o visitar los Tepuys en la Guayana o los raudales del territorio Amazonas.

No hay, pues, ni un solo argumento en contra de la urgente creación de los parques nacionales. Y ya se está haciendo tarde.

El pericoco de Clarines acaba de morir

Cada año por la Semana Santa daba su cosecha de semillas, unos granos de piel roja y lisa, y los muchachos tenían con qué declararse a las muchachas como jugando.

El pericoco estaba plantado al pie del altozano de la antigua iglesia de Clarines, como un hijo. Era un árbol copudo de cuatro brazos con un tronco que parecía destinado a durar los que todas las generaciones de clarinenses por venir. Pero se enfermó. Como las personas, por un mal aire, por cualquier cosa. Cuando la carcoma le llegó al corazón, el pericoco dio su última cosecha de semillas rojas, como un suspiro, y se secó.

Es ley de Arriba que lo muerto tiene que reposar en la tierra, y nada, ni la era del cemento, lo puede cambiar, y el pericoco amenazó con caerse. Entonces el concejo municipal acordó cortarle respetuosamente los pies, y lo tumbaron. Todo el pueblo desfiló ante el pericoco.

Así, echado, parece descansar.

2

Al juego de las semillas le llaman quiminduñe o quiriminduñe. Se trata de esconder algunas en un puño y preguntar con frases de ritual si son pares o nones, para doblar, ganando o perdiendo, la postura. Pero cuando al muchacho le asoma el rubor a los ojos y su compañerita mira más para el suelo que para la mano cuando escucha "me quiere o no", entonces lo que se gana o se pierde es un "sí" con el par y lo que dice por su cuenta el non, lo más terrible que puede ocurrirle a un enamorado.

3

El pueblo es más viejo que el pericoco y todavía vive.

Fue fundado por la tercera misión de religiosos de España con el nombre de San Antonio de Clarines.¹

Los frailes fueron trece. El que dio calor a la empresa fue el padre Yangües, quien en compañía del gobernador don Juan Brabo de Acuña le dio comienzo en 1667, antes de partir para la casa de Cayagua. El motivo fue la paz, que así llamaban entonces al sometimiento de los indios. Esta zona era el corazón del territorio de los indios Palenques y los misioneros necesitaban de protección para defender "los frutos de sus apostólicas tareas". Así, con este santo propósito, llegaron al mismo tiempo desde Píritu a este sitio de la rivera del Unare otras gentes trayendo desde Cumaná "algunos cañones y municiones con que hacer más respetable la fortaleza".

¹ Historia de la Nueva Andalucía, de Fray Antonio Cualín (1779).

No se sabe exactamente cuándo fue fundado, porque los primeros libros de este pueblo, puesto bajo la devoción de San Antonio, al resguardo del fuerte, perecieron en un incendio; pero es seguro que fue antes de 1674, siendo Comisario Apostólico de dichas misiones el M.R.P. Fr. Domingo Bustamante. El fuerte de San Pedro estuvo en pie hasta 1695, en que "pacificada" (léase sometida) la tierra y "reducidas las demás naciones, se destruyó considerándola del todo superflua".

4

Hoy aún asoman a trechos los paredones de argamasa enterrados para cimiento. Pero cualquier camino que construyan, cualquier zanja para tubería que abran, los enterrará para siempre.

Lo que hoy queda en Clarines como hitos son las cruces de los caminos. Los lugares del pueblo se denominan con sus nombres.

Están en los puntos más prominentes del pueblo, frente a los caminos, "porque lo importante –como dice el pueblo– es que el diablo no entre". Está la del Zorro, en el viejo camino de Onoto y Zaraza, que hoy es la vía que enlaza con la carretera central o que también llaman "la número cuatro"; la Cruz de Píritu, hacia el viejo camino que comunica con esta población; la Cruz de la Loma del Viento, y la de Pachecho, en el antiguo camino de Las Vegas, y las tres cruces del Calvario, en el viejo camino del río, que va al Valle de Guanape y hacia Uchire.

5

En cuanto a su economía, Clarines no ha ganado últimamente nada que permita suponer que los clarinenses van a perder el miedo al diablo.

Según el último censo agropecuario (1949-1950), el municipio cuenta con 310 unidades de explotación. De estas unidades, 203 están dedicadas a la agricultura, 32 a la ganadería y 75 a ambas cosas.

¿A qué están dedicadas estas tierras? De las 29.486,3 hectáreas, más de 20.000 son bosques inexplorados; después vienen los pastos, cultivados y naturales, con algo más de 3.000 hectáreas cada uno; en tercer lugar los cultivos transitorios o semipermanentes y el barbecho (tierras abandonadas después de usadas o de posible uso futuro) con casi 1.000 hectáreas cada uno, y luego las tierras no aprovechables para fines agrícolas (321,9 hectáreas), las deforestadas (119 hectáreas), los bosques explotados (96 hectáreas) y, por fin llega el turno a las tierras cultivadas permanentemente, la base de una riqueza estable, con sólo 68 hectáreas.

¿Qué producen? No puede ser mucho en estas condiciones de cuidado de las tierras. Está primero el maíz, con 991.581 kilogramos; después el algodón con 144.141 kgrs.; después la producción de leguminosas como caráotas, frijoles (81260 kgrs.) y el queso (45.849 kgrs.); la caña de azúcar (28.000 kgrs.) y el tabaco (2.832 kgrs.).

Acaso el censo de la distribución o tenencia de estas tierras nos ayude a comprender el fenómeno de las 310 unidades de producción existentes, apenas 27 son propietarios. Los parceleros restantes, a excepción de sólo 1 arrendatario, 22 aparceros (que pagan al propietario con productos) y uno en condiciones mixtas aparcerero-ocupante, las demás 259 unidades están en manos de ocupantes que no son dueños ni tienen quien las reclame. ¡Así andarán de agua esas tierras!

6

Máximo Cumache, por ejemplo, que se dedicaba a la agricultura en las vegas que hay hacia Guara, y en los Médanos y luego en la Quebrada del Quisando, salió "de eso" por un tumor que le fue creciendo en una pierna, pero también "porque sin agua no se puede sembrar". Así, a medida que han ido surgiendo otras formas de vida, se ha ido abandonando la tierra sin agua.

Máximo se hizo primero albañil "por épocas, ocasionalmente", y a ratos barbero. Después se dedicó a la barbería a tiempo completo. Donde él aprendió "el arte" fue en casa de un compadre suyo en la calle San Antonio. Después Máximo tumbó la competencia y se fue quedando solo:

– Con sólo no echarme palos –dice– tengo para ser mejor que los demás; un barbero bebido no sirve para nada.

Máximo es un personaje de Clarines. Todavía, con sus 65 años, es el barbero más solicitado del pueblo, por su seriedad en el oficio; tan bien le va que no tiene añoranzas de otros tiempos, y en su cuidada dicción de campesino refinado en barbero dice:

– Cerebralmente no tengo ninguna reminiscencia de esos tiempos pasados, francamente.

Lo que sí recuerda con cariño son las fiestas de San Antonio, el 13 de junio, que antes se celebraban en dos pedazos; uno el 13, para los del pueblo, y otro para "los agricultores y los indígenas", el 14; las dos fiestas muy lujosas, con sus cumacos (que son unos tambores de palo de caro al que ponen un cuero), los cumaqueros pintados de negro, los "esclavos de San Antonio" en la procesión, y música de "cuerda, flauta y tambor" recorriendo desde la calle Bolívar, por la parte baja del pueblo, hasta subir después a la calle Real de San Antonio, echándole cohetes al Santo.

Antes venían las gentes de Caracas, pero ya no; ahora "sólo mandan algo al Santo para ayudarle en sus fiestas".

Y mientras Máximo recuerda todas estas cosas en su barbería de fresco piso de ladrillo, donde tiene colgado un moriche para echarse sus siestas mientras espera a los clientes, con una Virgen del Carmen que le dejó su señora "y que me acompaña todavía", una mesa con un cajón donde guarda todas las navajas que han pasado por sus manos, afeita a un cliente que ha puesto sentado en una silla de cocina que ha encaramado sobre un pedestal de madera para que él, Máximo, tenga que agacharse.

7

El pueblo que nació antes de 1674, hace casi 300 años, con una de las más hermosas iglesias coloniales del país, que está triste porque la tierra está cada vez más seca y "trabajos de industria" no hay, va a tener pronto su carretera que están construyendo y por donde acaso llegue la vida que los clarinenses esperan desde hace mucho; pero por ahora están llorando el pericoco que acaban de tumbar, porque se había muerto de pie, como los buenos, pero la tierra exige por ley de Arriba que toda la vida que se seca descansa en su regazo.

Y las nuevas generaciones de jóvenes tendrán que perder su rubor para declararse, porque las semillas que daba el pericoco se acabaron para siempre.

La carretera de "los kilómetros"

Pablo Ramón Rondón en Ipuro, un caserío cerca de Maturín, cultiva un conuco que le da maíz, yuca y cambur para vender. Cría, con las sobras, unos cochinos. Y además tiene unas "gallinitas", un diminutivo que usa a menudo el hombre del campo para reducir la importancia de lo que tiene, y que, verdaderamente, "puesto a vender no vale mucho".

Pero aunque sea poco, Pablo Ramón Rondón se pone "entre día" su camisa, pantalón y zapatos de ir a Maturín, y sale a vender su "carguita" para comprar su comida: carne, un poco de pescado y arroz, "lo que uno pueda". Llega temprano en la mañana al mercado de Campo Obrero. Pero antes, cuando apenas amanecido pasa por lo que llaman Boquerón, en el kilómetro 3, entre Maturín y la alcabala de El Crucero (donde se le da al carro opción para viajar a Jusepín o Caripito) Pablo Ramón se detiene un momento en la capillita de la Cruz del Descanso, amarra su burro y prende una vela, que es lo que estaba haciendo cuando pasamos nosotros camino de Caripito.

2

Pablo Ramón Rondón atribuye la construcción de la capilla "hace unos cinco años" al señor Pedro Manuel Figueroa, y dice que el cura de Maturín viene de vez en cuando a recoger las limosnas y administrar algunos bautismos. Queriendo ampliar detalles, pregunté más tarde a gente de la región acerca de la capilla, y no me supieron decir si verdaderamente el Padre venía a bautizar y a celebrar Misa una vez al año, como me informó Pablo Ramón. Pero no tengo tampoco razones para poner en duda lo que me dijo, aunque él sabe más de lo que le pasa que de lo que ocurre en su derredor.

Lo que Pablo Ramón quiere y pide al Cristo del Descanso cada vez que pasa frente a la capillita es que le "ayude a trabajar, que los animales no se mueran, que todo vaya *p'arriba*" (Me decía J. A. de Armas Chitty que en el Llano se dice *p'alante*", con indudable relación geográfica). Estoy seguro que el Cristo atenderá las sencillas aspiraciones del campesino, y que si por alguna razón que se nos escapa permite que las gallinas se las lleve una peste y que se le empiecen a morir los cochinos y que deje de llover hasta secársele el conuco, le dará fortaleza de ánimo para aguantar el golpe, y nuevas esperanzas para seguir trabajando.

3

Pero no hay miedo de que deje de llover un día en este verde pedazo de Venezuela. Así como escasean las lluvias en Paraguaná hasta casi poder contar con los dedos los días mojados del año, se pueden sumar sin más esfuerzo en esta carretera de "los kilómetros" los días en que va uno desde Maturín hasta Caripito sin recoger unas gotas de agua.

Cuando lo dejamos solo con su Cruz del Descanso vestida de piadosas flores de papel y sus milagros de agradecimiento, con sus dos velas prendidas en medio de un mar revuelto de esperma diluida con Dios sabe cuántos enredos de aspiraciones, miserias y purezas de intención, Pablo Ramón estaba colocando un medio en un vasito donde "en veces dejo hasta un bolívar", que de vez en cuando "llega el Padre a recoger" para decir en la intención de los que temen por sus animales o los males de ojo o la sequía una misa en la iglesia de Maturín.

Y comenzó una garuíta que duró lo que aguanta una nubecita tendida al sol.

La carretera tiene a dos manos unos ricos matices de verde cerrado de maíz, cambur, guarumo (lo que en occidente llaman guarura), guayaba, coco, moriche, mango, y siembras de "vitualas" o verduras como apio, yuca, ocumo, batata, chaco (una batata chiquita, morada). Y como testimonio del hombre, unos ocres de ranchitos no muy viejos.

4

Este trazado de carretera entre Maturín y Caripito apenas tiene unos 15 años. La vieja era más o menos el doble del actual trayecto; quedó con curvas muertas entre el monte. La gente se mudó con sus ranchitos a la orilla de esta nueva vía construida por la Creole, con sus mojones señalando los kilómetros. Y aunque hoy han desaparecido por completo, los parajes han conservado las denominaciones de la circunstancial medida kilométrica.

En esta carretera de "los kilómetros" se recuerda todavía que la curva mala está "en el 16", y que la capillita de la Cruz del Descanso queda en el kilómetro 3, que también llaman Boquerón, y que tal ranchito queda en el kilómetro 7. Pero para el viajero que no conoce la historia de la carretera, lo que cuenta bien visible son los hitos de hombre, de mujer, de algún niño vendiendo su mercancía de frutas, como naranjas, limones, aguacates, pinas, cambures, plátanos, patillas, parchas, lechosas; jojotos, o cachapas; o cacería, como lapa, cachicamo, picure o algún ave; o trabajo manual como escobas, cestos y silletas.

A veces alguien como Zonaida Araguayán, que tiene 14 años y una hermanita, Audelina Margarita, de dos años, desnuda, y ya "aprendiendo a vender", y una perrita flaca llamada, no sé por qué ironía, "condesa", ha construido con ocho palos y unas anchas hojas de cambur un techo para resguardarse del sol y "las lloviznitas" para vender topochos a tres por locha, hasta tres bolívares y medio, si vende toda la mercancía de sol a sol. Nos dice con su seriedad de mujer cuajada en apenas un cuerpecito de niña, que aún le quedan en la casa, un ranchito que se ve al fondo de la vegetación en lo que llaman "manifol 5" (respondiendo otra vez a denominación petrolera: llaman manifol al sistema de distribución de tuberías de un oleoducto) cinco hermanitos más.

5

Los hay, como Antonio Rojas, que por alguna razón oscura para nosotros e insensible y vitalmente natural para él se ha puesto, en este sitio solo de la carretera, a fabricar silletas y venderlas a los viajeros. Hace unas diminutas silleticas para niño con bejuco y madera que tiene a mano, y les pone un asiento ahuecado de paja descubierta con un pedazo de hule, trabajo limpio y muy hábil, todo por cinco reales, y unas escobas hechas con fibra de yagua que sacan de la palmera, sujeta al palo con alambre y unos ingeniosos pedazos de lata cortada de potes de aceite de automóvil que debe recoger en alguna bomba de gasolina, todo a 15 bolívares la docena. Cuando él no está, que estaba "por un caserío cerca, casa de un compadre", la mercancía se la vende Daría Guacuto, que es vecina suya. Daría aprovecha así para sacar algo de lo que le dará Rojas si vende su mercancía mientras ofrece sus "limoncitos", que vende a bolívar la ponchera o a real un plato bien rebosado.

Su taller de techo sin puertas que llegamos a curiosear con Daría es donde tiene su moriche, un machete, un Cristo florido y la imagen de un santo descolorido metido en marco y cristal, un par de cuchillos de filo ancho para trabajar su material, un poco de palo y bejuco tumbado en un rincón, y sobre una mesita, que debe ser de trabajo y de comer, una lámpara de kerosén hecha con una latica de cerveza.

Un poco más adelante, Garlitos Marcián, con sus 14 años y sin su escuela, se pasa el día ofreciendo jojotos y algún que otro cestón que fabrica Pedro Arrieta, su "viejo".

El cestón para guardar ropa que ofrece Carlitos Marcián por 10 bolívares está hecho con "tirite", "unos bichos largos" que da una mata baja que se da mucho en ese lugar. Ellos son cuatro hermanitos y trabajan un conuco que da caña, ocumo y el maíz que está vendiendo, a bolívar la docena de jojotos.

6

Y Pablo Ramón Rondón, el conuquero de Ipuro que va "entre día" a prender una vela a la Cruz del Descanso para que preserve sus animales de la peste, y Zonaida Araguayán, con su hermanita Audelina Margarita, que con sus dos años ya está aprendiendo a vender a la orilla de la carretera; Antonio Rojas, que no está, pero que lo representa Daría Guacuto, vendiendo silleticas a cinco reales y sus escobas a 15 bolívares la docena, y Carlitos Marcián vendiendo su derecho a descubrir un mundo de lectura por venderle al viejo, que tampoco sabe leer, sus jojotos a bolívar la docena y su cestón grande para ropa a diez bolívares, son parte de esta carretera de "los kilómetros" que ya perdió, no se sabe ni cómo, sus mojones, pero que para recordarlo guarda estos testimonios de humanidad a la orilla de un camino de máquinas que todavía están ellos lejos de comprender desde su borde indiferente de tierra y árbol.

Margarita es algo más que chivo y perlas

Es una colmena. Una colmena sin zánganos. Son abejas con batas blancas un poco descuidadas. Las dirigen abejas sin más blanco que un babero. Una de estas abejas con babero blanco es el Hermano Ginés. Es un vasco menudo con dos ojos vivos, como ascuas. Agarra la sotana con una mano como para escalar un cerro y aprieta el paso por corredores y pasadizos y desvanes y cuartuchos y aulas bien ventiladas presentándome muchachos que se agachan sobre algo que debe valer la pena agacharse, porque a esa edad de estudiante la atención es cara, lo saben los profesores. Uno jurunga en un frasco, otro hace números chiquiticos, como para que quepan muchos en una cuartilla; otro está boquiabierto, con un ojo metido en el visor de un microscopio; otro cuenta, una a una, las escamas de un pez; otro reproduce cuidadosamente sobre papel los bigotes de un insecto; otro dibuja parte por parte una garrapata que debe ser muy importante; otro agita una botella; otros tres o cuatro están proyectando una película folklórica sobre una pantallita improvisada en un rincón oscuro; hay quien llega vistiéndose el delantal blanco; hay quien sale corriendo, soltándolo sobre el colgador; quien anda despacio, como recordando algo; quien mira por la ventana para ver de recordar las características de un *Tretioscincus bifasciatus*; hay quien estudia un ejemplar disecado, y quien corre, como el Hermano Ginés, arrastrando, como hilo que no se puede atrapar, un olor a amoníaco, a alcohol y a naftalina.

1

Pero no es enteramente el ambiente, un poco muerto, un poco respetable, un poco aburrido, de los laboratorios y los museos. Es un centro de trabajo dinámico, entusiasta; de muchacho que se maravilla ante lo grande de una vocación. Venezuela no tiene todavía tradición científica que haya alcanzado eco extramuros; pero este nutrido grupo de estudiantes jóvenes que colaboran con la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle trabajando en los incómodos rincones de buhardilla de que disponen son semilla de sabios que darán que hablar. Los dirige este hombre sencillo que es un sabio con babero.

El Hermano Ginés no es propiamente un científico de laboratorio. Dijo hace poco en un discurso obligado que el estudio de los seres vivos en su propio habitat es el único punto de partida que considera apropiado y que es la única manera de escapar del peligro que nos amenaza a cada paso: la especialización. "Gran cosa es un especialista –añadió– pero siempre en riesgo de caer en una visión parcial de la naturaleza, peligro de trabajar en un laboratorio con una serie de frascos o ejemplares y sentirse de un modo egoísta y burgués a mil leguas de la sinfonía de formas y colores de donde procede lo que se está estudiando". Y veo al Hermano Ginés, con sus ascuas brillándole en los cristales de las gafas, corriendo cerro arriba, como aquella vez que tuvieron que caminar

veinte horas más de selva con la esperanza de conseguir una especie diferente de guácharo.

Pero por eso, él y los demás científicos que colaboran en la Sociedad no dejan de trabajar la idea y la realización de un hermoso Museo. Porque de nada valdría un exhaustivo trabajo de campo sin la investigación del laboratorio.

2

Un arqueólogo, por ejemplo, además de descubrir concheros y encontrar piezas, tiene que averiguar su edad, las características de su material, el estilo de trabajo y otros factores que determinan los datos que son útiles después para la interpretación en función histórica o técnica o geológica o artística, o todas a la vez. Un etnógrafo y un folklorista deducirán consecuencias sociológicas, elementos descriptivos de pueblos y sus costumbres. El que se dedica a los mamíferos investiga, clasifica y descubre especies nuevas sobre su mesa de trabajo.

El que se especializa en reptiles y anfibios, el que a peces, el que a moluscos, el que a insectos, el que a parásitos, o a la oceanografía o a la botánica o a la geología tiene que complementar su importante labor de observación directa, del hallazgo, con el decisivo trabajo de la bata blanca y el microscopio y el grabador de sonido y la balanza y las reacciones de ácidos.

3

Este equipo de estudiosos, "chalados" por un trabajo que tienen que complementarlo con otro que les dé de comer, están durante estos últimos años dedicados a la isla de Margarita. Están desde el año 52 en el empeño de un trabajo exhaustivo para editar una monografía dentro de año y medio, a lo más.

– ¿Con qué propósito?

– ¿Para qué?... –El hermano Ginés esconde sus dos chispitas de ojo como para descubrir la explicación del por qué están él y sus compañeros haciendo todo este trabajo, tan abstraído como está en el mundo de las realizaciones: –Pues mira, después de que terminamos el estudio del archipiélago de Los Roques y La Orchila, que nos habían dado una visión preliminar sobre la biología de las islas venezolanas, apuntamos a Margarita, la reina de nuestras islas, donde existen condiciones muy buenas para obtener una visión unitaria y aislada de todos los aspectos de la vida. Entre ellos es importante, por ejemplo, obtener datos acerca de la relación biogeográfica de la isla, o sea, determinar más elementos de juicio acerca del origen continental o antillano de la vida de la isla.

– ¿Y qué opinión tienen ustedes ahora?

– Que es continental, desde luego.

4

El material arqueológico colectado hasta ahora está en estudio.

Pero permite hacer ya algunas deducciones generales. Como, por ejemplo, que los idolillos rotos, los fragmentos de bordes de vasijas y los adornos encontrados en el norte de Margarita se parecen a los materiales encontrados en Barrancas, en el Orinoco. Pero no se ha determinado todavía la dirección. Es decir, no se sabe aún con certeza si se trata de restos dejados por gente que se fue de la isla a tierra firme o al revés.

Se han encontrado concheros en Aricagua, Guire-Guire, en Boquerón, en Porlamar y en Pampatar, en el oriente de la isla, y en Macanao. En Macanao, por ejemplo, no hay cerámica. Se han encontrado en cambio, primitivos instrumentos de piedra, percutores (cantos rodados con plano de percusión empleado para romper las conchas y comer los moluscos). Con este material se está llevando a cabo un estudio arqueológico que tendrá mucha importancia.

5

El de las actividades pesqueras, principal ocupación del margariteño, resulta muy instructivo en el campo de la sociología. Del uso de los distintos métodos y de las formas en que se organizan se deducen consecuencias sociológicas de gran interés.

Los métodos principales son el trasmallo, una red fija en la costa, y el chinchorro o mandinga para cardumen visto por vigía. Aunque de menor importancia bajo el punto de vista social y técnico, están los procedimientos de la tarraya, el anzuelo de cordel, la ballestilla, el guaplao (señuelo) y el palambre para pesca grande.

En el primero de los procedimientos principales, el pez (tiburón pequeño, por ejemplo) se enreda; en el método del filete, se ahorca en la malla (el caso de la lisa) y en el de la mandinga, que se usa para cardúmenes, el pescado se arrastra.

Muchas de las tradiciones se están perdiendo, y conviene recogerlas también. Los vigías de cardúmenes han dejado ya de usar la guarura para anunciarlos; los toques de botuto usados para dirigir las faenas de arrastrar se sustituyen ahora con luces de linterna.

6

Pero al contrario de lo que se cree comunmente, la pesca no es el único recurso del margariteño. Ni la industria de las perlas es la más importante. Hay una hermosa tradición de artesanía que debe ayudarse a fomentar para llenar los espacios vacíos de actividad y medios de subsistencia entre dos épocas o temporadas de pesca.

Es interesantísimo estudiar la forma en que se distribuyen el trabajo artesanal, coordinando las distintas actividades de los pueblos de la isla. En uno hilan el algodón, elaborando el hilo "toporeño"; en otro lo tejen nada más, para que en otro se encarguen de venderlo. Las mujeres tejen la crineja (¡a centavo la brazada!), otras hacen los

sombreros y otros de lugar distinto las venden. Cada población tiene una actividad típica relacionada inmediatamente con los demás poblados vecinos, y así, la alpargata, por ejemplo, para cuando está lista para su venta ha pasado por tres poblaciones distintas.

Entre las actividades artesanales más importantes están la de las hamacas (El Norte, Santa Ana), la alfarería (El Cercado y Colonia Fajardo de Porlamar), la cestería (mapires) en Aricagua y principalmente en el valle de Pedro González; sombreros de palma de dátil y peines de carey en San Juan. Cuando se cumpla el plan turístico programado para Margarita se podrá dar aliento nuevo a estas ocupaciones tradicionales del margariteño.

7

El Hermano Ginés tatareaba una música de diversión con compás de baile que correspondía a una preciosa película en colores que tomó él durante una de las giras.

Se han popularizado unas pocas, como el "Pájaro guarandol" y "El Carite", pero hay muchísimas otras. Todas son como versiones distintas de un mismo motivo principal. Así son "La Iguana", "El Ruiseñor", "El Guayamate" (cardenal, en idioma guaiquerí), "La Dormilona", "El Venado", "El Tiburón", "El Chirigüire", "La Burra", "La Vaca" y otros muchos que ellos están tomando en cine, cinta magnetofónica y anotaciones.

Las diversiones populares se representan en Margarita a fines de año, por Navidad, y los que más se prolongan llegan hasta el día de San Benito, el 21 de enero. No se sabe aún por qué existe la costumbre referida a esta época del año. Puede que algunas prácticas guaiquerías quedasen sin motivo especial unidas a las fechas de alborozo de la Navidad y fin de año. Las innumerables versiones de las diversiones tienen un fondo común. El motivo de la diversión sale bailando al son del furruco de tapara o barril y algunos instrumentos más, el cazador lo mata, alguien reclama gritando y el curandero lo cura; a veces le sacan huevos, como a la iguana. Intervienen siempre elementos principales que son casi insustituibles en el grupo: el animal simbólico (pájaro guarandol, venado, vaca, tiburón), después el *cazador*, el *curandero*, el *dueño* del conuco y el *diablo*. El *diablo* no falta en ningún grupo bien organizado. Algunas veces hay sustitución de elementos, pero significando lo mismo: en la diversión de "La Burra", por ejemplo, van dos vendedoras de leche en lugar del dueño del conuco en la de los ratones, el cazador lleva una trampa en lugar de la escopeta. A veces introducen modificaciones caprichosas, como la forma de un animal extraño a la región, tal como el que llaman chiriguare, que es un animal parecido al tigre que vieron ellos en una revista ilustrada del extranjero. No existe bibliografía de este magnífico material folklórico. Sólo resta una tradición narrativa y su colección es importante para seguir la pista de su origen.

8

Estos y otros muchos aspectos menos periodísticos por más eruditos constituyen estupendas realizaciones de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle en la preparación de la monografía completa de la Isla de Margarita.

Margarita, y este es lo que se quiere decir con la monografía, no es sólo contrabando, o perlas o persecución del chivo o sequía o pescadores. Es también trapiches, siembras, campesinos, reforestación, diferentes recursos naturales y de trabajo, y gente de extraordinaria generosidad que ha convertido su única cárcel en escuela. La monografía que terminarán estos estudiosos de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle dirá todo lo que tiene que contar la mayor isla de Venezuela a su pedazo continental.

El Cristo de Hose

Nicolás Alberto Pinedo, un aragüeso de 45 años que vive "desde hace mucho tiempo" en Anzoátegui, ha recuperado el habla después de 21 años largos de mudez. La noticia está en los periódicos.

Cuenta Pinedo que llevaba 21 años sin poder hablar y más de 10.000 bolívares gastados en médicos y boticas cuando hace unos días se arrodilló y rezó frente a la imagen del Cristo de Hose, entre Píritu y Barcelona, y le salió por la boca el nombre de su mujer. Eso, más que en descrédito de farmacias y médicos va en favor del Cristo de Hose. Así lo ha reconocido Nicolás Alberto Pinedo y así lo han entendido los creyentes que van llegando en peregrinación a depositar sus tributos de oración y de velas a los pies de la imagen.

2

La Hacienda de Hose (y no José, como dice la prensa; ni Jóse, como dice el pueblo ahora por el mismo fenómeno de pronunciación ¹⁴³ que ha convertido *habillo* en el *jabillo* de hoy) fue fundada por los herederos del General Domingo Monagas a medio camino entre Píritu y Barcelona. Era una gran hacienda de ganado, con grandes casas de tejas, que vino a menos con las guerras civiles, la muerte de los viejos y la desidia de los jóvenes. La hacienda recibió el nombre de Hose porque fue establecida en las márgenes de la quebrada llamada de Hose desde hace muchos años, no se sabe por qué. A fines de la primera guerra mundial azotó en la región una peste de ganado tal, que doña Clara Rosa Monagas de Urdaneta, esposa de Rafael Urdaneta, propietario entonces de un rico hato en la hacienda, temió por sus reses y prometió al Cristo levantar una cruz con su imagen si perdonaba su hacienda. Parece que la peste respetó el ganado, y a causa de este primer milagro y otros posteriores que culminan ahora con el que ha dado el habla a Nicolás Alberto Pinedo levantó en el mes de mayo de 1919 una gran cruz de madera con la imagen del Cristo vaciado en cemento.

3

La cruz fue colocada seguramente entre la casa y el camino real, frente a la entrada principal de la hacienda. Alfredo Armas Alfonzo, clarinense que se ha acercado siempre con cariño de hijo a todos los consuelos y cruces de su tierra, la recuerda tal cual la vio desde el camión que lo conducía por primera vez a Barcelona, hace veinte años. La cruz estaba ya sola, con las casas desmoronadas en su derredor, dominando un peladero de cardones, tunas y pichigüeyes, a la orilla del camino de tierra. La cruz, construida por Juan Reyes Alfonzo, carpintero de Píritu, con corazón de palo sano, tenía un pie grande y cuadrado de cemento y cal. La imagen fue vaciada en cemento y polvo de mármol

blanco no se sabe por quien. Es la imagen de un Cristo chato, sin ninguna expresión de sufrimiento ni de ternura, con una textura de gladiador romano.

La cruz adquirió pronto una notable fama de milagrosa. Después, como todas las cruces de camino de gran devoción local, la de Hose fue de la devoción de los camioneros, choferes de carro y viajeros regulares de aquel paso de camino. A su lado, con su inocente aspecto de vender frescos, una casita de tierra donde se hacía el humilde comercio de las velas que los viajeros iban prendiendo a los pies del Cristo, y donde se vende queso de mano de los alrededores. Poco a poco, según fue creciendo el tráfico de la carretera de tierra, fue acrecentándose también la devoción al Cristo, y la fe que comenzó siendo lugareña fue extendiéndose por todos los ámbitos del oriente venezolano.

4

Desde Hose, que ahora, merma-mermando ha quedado reducido a dos casitas de tierra, una con techo de caña y la otra con lujo de zinc, se oye el rumor del mar. A un lado y a otro quedan tierras blancuzcas de piso no muy firme que fue abandonando el agua, viejas salinas ya descuidadas por la vigilancia gubernamental donde llegan de vez en cuando los lugareños pobres a recoger la poca sal que necesitan para su consumo.

Antes pasaba el camino real delante de las casitas, y continuaba derecho bordeando la cruz. Cuando el creciente tránsito de vehículos de la zona llevó a los ingenieros a mejorar la vía hace dos o tres años, buscaron el piso más firme y torcieron la carretera casi en ángulo recto a la altura de las casas, abandonando la cruz a su soledad de cardones, pichigüeyes y tunas. Fuera de la vía, la cruz parecía un objeto que ha perdido el uso, inclinada peligrosamente hacia la derecha. Como quedó también sólo un puentecito hecho de troncos y unos tardíos remiendos de cemento que se hundió, como se hundieron tantas cosas ya sin objeto en Hose.

La Laguna de Unare es muy rica en pescado, y por esta vía hay un fuerte tránsito de camiones de transporte. La carretera entronca con la que va desde Santa María de Ipire, Chaguaramas y el Sombrero hasta Barcelona, construida por las petroleras. A pesar de que ésta ofrece mejor piso (enlaza con la carretera general El Tigre-Barcelona cerca de Naricual), la costumbre y la ventaja de ahorrar unos kilómetros hace que los conductores vayan hacia el mar en Santa Fé, para pasar por Píritu, una población que revive.

5

Y se formó una comisión. No con gente de Hose, que ya no queda en Hose quien cuente para una comisión, sino con gente de Píritu, que es la población que queda más cerca del Cristo y tiene acaso más necesidad de sus milagros. Las obras han estado presididas por la señora Inés López de La Riva, del Valle de Guanape. Y consiguieron trasladar la cruz hasta el recodo de la nueva carretera, cerca de las dos casitas que quedan de la

antño rica Hacienda de Hose. Las obras fueron terminadas en mayo de 1953, y la inauguración se llevó a cabo el 7 de junio. Pintaron la imagen con blanco de cal, le pusieron un techo de cuatro aguas hecho de zinc coarrugado sobre cuatro columnas de tubo y le han cercado el cuadrado de tierra con un pretil de colmena que limita el campo de ofrendas de velas que cada vez se depositan en mayor número, y donde Nicolás Alberto Pinedo prendió seguramente más de una vela pidiendo al Cristo el don de la palabra.

Cuando los peces mueren de sed

"Cada año la laguna se está secando más"...

Celestino Figueroa lleva 21 años pescando en la Laguna de Unare, y observa con la medida de su experiencia que cada año el agua es más escasa:

"O llueve menos en la cabecera, o el sol calienta más, o el agua se escurre más aprisa al mar"...

De la laguna que en invierno desborda, opulenta, hasta bañar los pies azules y blancos de las casitas de Puerto Píritu, apenas quedaba ya por el Carnaval una lengua de agua espesa de sal y hedionda a pescado muerto. Las mujeres desde la distancia de sus casitas que perdieron la orilla, los hombres desde la orilla que iban a buscar a la distancia, y los niños que se maravillaban del espacio que les iba regalando el agua para jugar, observaban impotentes la lucha de la delgada capa de agua caliente, cuajada de sal, cementerio de pescado gordo de aire, contra el sol que les iba sorbiendo la laguna sin remedio.

¿Por qué no se aprovechará este pescado muerto, al menos para alimento de ganado o para abono, ya que la riqueza de pescado vivo se pierde?

2

Lo que llaman la Laguna de Unare es realmente una albufera, porque el agua que hay es parte de mar y parte de río. Tiene 26 kilómetros de largo en la orilla del mar, le separa una estrecha restinga arenosa, y una anchura de hasta 6 kilómetros en la época de crecida.

La laguna está a un nivel inferior al cauce del río Unare. Así, cuando éste sube en invierno se lanza a la laguna disminuyendo la alta salinidad de sus aguas. Cuando esto ocurre, el pescado del mar pasa a la laguna por las comunicaciones a través de la restinga, atraído por la alimentación que le ofrecen las aguas que riegan los manglares ribereños. Cuando estas aguas alcanzan su nivel máximo, su profundidad es de 0,80 a 1 metro.¹

Desde Boca de Uchire, capital del municipio de este nombre en la desembocadura del río Uchire, hasta Puerto Píritu, capital del Distrito Peñalver, la población costanera de la Laguna de Unare vive principalmente de la pesca. Boca de Uchire censó en 1936 una población de 541 habitantes, y en 1950 una de 338, con disminución de 203. En Puerto Píritu, la población que en 1936 era de 3.642 habitantes, en 1950 sumaba apenas 2.143, con una disminución de población de millar y medio de habitantes.

La actividad pesquera viene a reducirse cada día más. ¿Será, como dice Celestino Figueroa, porque llueve menos o el sol seca más o el agua se escurre más aprisa al mar?

¹ "Aspectos Geográficos del Estado Anzoátegui" de Marco Aurelio Vila.

3

Posiblemente la tierra que ha venido depositando el río en el lecho de la laguna ha reducido su capacidad. Pero el elemento principal del pesimismo que asfixia a las gentes de Puerto Píritu nace de las dificultades de las circunstancias que viven. Estas poblaciones de tradición pesquera están perdiendo terreno ante la competencia de Puerto La Cruz, Barcelona y Guanta, ciudades que están desarrollándose aceleradamente debido a su situación de desahogo natural para la zona petrolera de El Tigre-El Tigrito (según la reciente nomenclatura: San José de Guanipa), ofreciendo mayor estabilidad en el trabajo y mejores sueldos. Y... "la gente se está yendo para Puerto La Cruz"...

Las cifras de producción pesquera par esta zona de la Laguna de Unare siguen igual camino: de 1.648.560 kilogramos de pescado fresco que se registraron en 1948, bajó a 1.100.068 kilogramos en 1950, y de 1.328.200 kilogramos de pescado salado o tratado en 1948 a apenas 202.868 en el mismo año.

No hay duda de que a medida que mejoren las comunicaciones las posibilidades han de ir creciendo, y que este eclipse parcial tiene que superarse, porque esta zona pesquera es de primera importancia. Además de cubrir buena parte del mercado nacional, en 1947 se exportaron por Puerto La Cruz a Colombia 56.100 kilogramos de pescado en conserva, y en 1948 se exportaron a Curazao 16.000 kilogramos de pescado fresco, salado y salpreso.

Pero por ahora me queda de Puerto Píritu la imagen que se nos descubrió a Alfredo Armas Alfonso (hijo de estas tierras) y a mí en los últimos Carnavales.

4

La pesca en la Laguna de Unare comienza cuando se desborda el Unare con la crecida. Y termina cuando las aguas que llegaron con el invierno se evaporan y su lecho comienza a vestirse de una capa de sal como en un mal cuajo, asfixiando el pescado.

Yo pregunté a los pescadores que veían, impotentes, que se secaban sus aguas, si en lo que toca al extremo de la laguna, en Píritu, tan cerca del mar, no había alguna solución.

– El agua del mar –me respondió José Manuel Gómez, que estaba salando un lebranche sobre el casco de una curiara volcada en la orilla. –Esto se arreglaría si pudiésemos meter el mar por la boca de la laguna.

Ocurre que como el agua del mar está al nivel, tendrían suficiente con abrir un canal en la restinga en lo que llaman la boca, que es el extremo oriental y la parte más estrecha de la restinga, para dejar entrar al agua en la época de sequía como ahora; pero hay una disposición que lo prohíbe por razones prácticas: si se abriera la boca, el pescado iría a desovar fuera.

– ¿No se puede meter el agua con bomba?

– Una vez se intentó –me respondió filosóficamente José Manuel– pero no se puede; la verdad es que aquí como mejor viene el agua "es naturar, porque más puede Dios que el hombre"...

Cuando hay agua bastante se pesca con curiara y canalete, usando la tarraya. Cae lebranche, lisa, mojarra, sábalo, chiquirí, bagre, macabí, jurel, robalo y petota, que se comen. Y "como la tarraya no distingue", pues también atrapa pescaditos como sardina bocona, zapatero, marao y un lenguado chiquito "que no sirven para el consumo".

5

Aquí también, como en otras zonas de producción pesquera sin organizarse, los precios del pescado están sujetos a la ley de la oferta y la demanda, que si fuese ley lógica al margen de las especulaciones maliciosas no tendría los inconvenientes que tiene.

El lebranche, por ejemplo, "cuando hay bastante" pagan a tres reales el kilo, y "cuando escasea", hasta cuatro, pero más no; la mojarra: cuando hay mucha, a bolívar, y cuando hay poca, a tres reales; la lisa, a real el kilo cuando abunda, y a bolívar cuando son los camiones los que tienen que esperar a que lleguen las piraguas.

La única defensa del pescador aquí contra las fluctuaciones a menudo caprichosas del mercado, es la salazón.

Secan sobre todo la lisa, que es el pescado que más abunda en estos meses. Primero la escalan o cortan, luego la salan, y al día siguiente, cuando ha botado el agua, la extienden al sol durante unas dos horas. No menos, porque se puede echar a perder en pocos días si no está bastante seca, y no más, porque puede quedarse seca como un trozo de coleta. Esta medida ya está en la experiencia de cada quien.

Miguel Labanda Rodríguez tiene mucho cuidado en que su lisa no se pase. El, que se ayuda con dos muletas, escala, sala y tiende el pescado con mucho cuidado. Lo vende a los carros que llegan. Unas veces ofrecen precios a peso y otras por cantidades, por cientos. Como estaba entonces es a cuatro bolívares las cien lisas pescadas, escaladas, saladas, tendidas al sol y recogidas. Que no es ninguna ganga. Los camiones llevan su mercancía hasta Miranda, Guárico, Sucre y, por supuesto, Anzoátegui, donde no hay negocio, por apartado que sea, que no tenga sus lisas secas en venta.

6

– Pesca buena el año 51...

Celestino Figueroa dice que fue "una pesca estupéndola".

En Píritu acostumbra salir a pescar desde media noche, "Aprovechando la noche, porque el pescado no ve la tarraya y se deja coger mejor". Si hay pescado, porque se hacen varios viajes, y si no hay, por eso de que no se quiere regresar sin pescado, la faena dura a veces hasta el mediodía. Después, "según haya, así se vende", y a veces "después de estar trabajando toda la noche y todo el día nos quedan 8 ó 10 bolívares para mantener al pobre"...

– ¿Y cuando se acaba la pesca en la laguna con el verano?

Entonces Celestino y José Manuel y Miguel y los demás que sí pueden todavía con el mar, "que es más grande y pesa más que la Laguna de Unare", se van a El Hatillo para pescar en el bajo de Machuelo (que está a seis millas mar adentro) o en otros puntos o ramales. Pescan a lo vivo el carite y la sierra. Pero allí, fuera de casa, la competencia es mayor, porque también van de Cumaná y Margarita con lanchas viveras, y muchas veces regresan a casa hasta 40 y 50 botes sin el sancocho, "porque nosotros no tenemos esa capacidad de las lanchas grandes". Los que no pueden con el mar, pues se quedan esperando el próximo invierno... Estos son algunos de los problemas que confronta la gente humilde que vive de la pesca en esta región de Venezuela.

– Que se vaya la vida de aquí no es asunto nuestro –decía José Manuel– "son las cosas del Maestro".

Y como si Celestino siguiese el mismo hilo (21 años pescando en la Laguna de Unare, ya por los 65 y la conciencia de que le está llegando la hora de ser temeroso de Dios, aunque "yo he sido parrandero desde mi infancia" dice para que los demás lo oigan y entiendan que él no está para nada en lo que pudiese ser castigo para Puerto Píritu:

"Yo ni con las moscas he tenido un rencor nunca"...

Las vacas tienen nombres de flores

Esa lebruna se llama "Morocota"...

Morocota es el nombre de una vaca. Me la muestra Silvestre desde la tranquera. Y va nombrando a "Navidad", "Guarapiche", "Cinta Negra", "Pelicana", "Lirio Blanco" (que no tiene cuernos), "Chirola", "Guanoco", "Candelita" (tiene sólo un cacho porque el otro se lo reventó peleando), "Puerto Rico", "Lujosa", "Cochano" (por su color), "Neverí", "Recuerdo", "Llamará", "Camacita" y "Corazón", que está con su hijo, un torito que también se llama "Corazón"...

1

Cada vaca, de las 65 que están "entre criollas y finas" en la que será de este hatu monaguense, dando por todo cuatro tambores y medio de leche de a 41 litros, tiene su nombre.

– ¿Cómo se lo ponen?

– Cuando nace el primer becerro, se llama como su madre, "y el becerro ya entiende por su nombre"; cuando la vaca vuelve a parir, hay que buscarle otro. Se inventa... por el color, o porque es mansito, o porque tiene los ojos así, como dulces, o porque nació tal día o porque se parece a otra vaca que se llevaron a Maturín (donde está el matadero) o "a veces le ponemos nombres de flores, porque nos gusta". A Silvestre, que es un simple peón, le parece lo más natural hacer poesía con las vacas.

2

Pero también hay que hacerlas producir.

Dicen que la ganadería se está muriendo, ¿será verdad? Lo que parece cierto es que algunas haciendas de ganado están desapareciendo del todo. Pero hay otros que nacen, como este pequeño hatu metido en tierras de Monagas.

¿Qué problemas confronta la ganadería hoy? Estoy seguro que lo que ví y lo que me contó el ganadero de ideas modernas que me habló no son todo el problema, ni mucho menos; pero siempre puede ayudarnos a comprender algunas situaciones y algunos aspectos, que son los que contribuyen a hacer el total del problema tal cual es y no de otra manera.

3

Las vacas no dan leche "mientras no estén paridas".

Mientras les llega el momento de traer un becerro al mundo se les llama vacas horras, y se les tiene en la sabana, sueltas. Comen pasto natural, paja. Se les reúne una vez al mes para fumigarlas.

Los padrotes las cubren por su cuenta, en cualquier momento. "Al año, nacen", me dijo Silvestre; pero su período de gestación es de nueve meses.

Las vacas paridas, que ya dan leche, están recogidas en el potrero. Durante unas horas del día las traen a la quesera para ordeñarlas. Comienza el ordeño a las 12 y terminan a las 3 ó 4 de la tarde; pero van a comenzar a hacerlo temprano en la mañana, como es más corriente. Lo hacemos a mano "porque no son mansos, son bichos patidores a los que hay que agarrar el garrote y la pata izquierda para tenerlos quietos". Y dan en total unos 170 litros. Las vacas finas, como las Holstein, que son las más lecheras, dan de 10 a 12 litros, y las criollas, de 5 a 6. A las vacas que aún están criando becerro no se les "escurre"; hay que dejarles lo que llaman "un cruzado": ordeñar cada día solamente dos de las cuatro tetas de la ubre, alternando, para que el becerro tenga dónde comer.

La leche va toda a la pasteurizadora. Siempre que haya una planta en el área, es una obligación. Los criadores la venden a real y medio el litro. Ciento setenta litros a real y medio son 127,5 bolívares. Eso no da para mantener los peones, pagar la tierra y dar de comer al ganado; porque el ganado que está parido en la quesera tiene que comer para convertir su pienso en leche. Ya no es sólo la producción.

4

A las nueve de la mañana traen el ganado desde el potrero hasta la quesera, que es donde se les da de comer y se les ordeña. Les dan vacarina, cebada y la melaza que consiguen en los trapiches cercanos.

No hay en los alrededores pasto silvestre que sea bueno para el ganado que están criando. Hay el yaraguá, yerba de elefante, capimelao yerba de guinea; pero se han dejado de usar como pasto porque no son buenas. El pasto bueno, como la pangola y el carrizo que verdea en los alrededores del hato, hay que sembrarlo. Y sembrar pasto cuesta dinero, que se va en semilla, en tierra y en hombres.

En la quesera hay un galpón grande. Los becerros hasta los dos meses están en un cercado vecino que llaman chiquero, donde los alimentan con vacarina.

El ganado requiere, además, otras muchas atenciones. El criollo puro no daba resultado ni como carne ni como productor de leche, y ahora lo están cruzando con Hostel, Jersey Gil, Pardo Suizo y Holstein sobre todo este último para la producción de leche, y el Gil y el Cebú para engordar y para dar mayor recidumbre al ganado criollo, que, por su aclimatación, es el punto de partida de todos los cruces.

Mediante los experimentos que ha realizado hasta ahora, este criador ha conseguido un notable aumento en resistencia y en peso para su ganado, hasta conseguir un promedio de 6-7 litros diarios por vaca de 3 años, y un peso "al gancho o canal" de 200 kilos.

5

– ¿Cuáles son los mayores problemas para un hato de ganado que está naciendo?

– La quema.

Y no critican el hecho de quemar, como uno puede suponer, sino la prohibición.

– ¿Entonces usted defiende la quema? –le pregunté.

Y el dueño del hato, hombre joven, culto, que está criando científicamente, eligiendo personalmente sus padrotes y los vientres en los Estados Unidos y Europa, me dijo que sí. Y me dio su explicación: "el gobierno exige que no se queme, porque eso perjudica a la tierra, y esa es una verdad sin discusión; pero para dejar de quemar hay que sustituir el trabajo de tumar árboles y desmontar por un sistema mecánico, y la mecanización todavía es muy costosa en el país, un ganadero que comienza no puede costearla; ni tampoco puede pagarla una gran parte de las haciendas que llevan muchos años trabajando si no cuentan con grandes medios, porque su economía está estructurada de manera que no rinde para pagar en el momento los elementos que requiere el trabajo de las máquinas.

La quema sustituye gratuitamente la costosa mecanización y "además quema alimañas, el gusano de monte y la garrapata, que son la plaga del ganado, que se pone enfermo y flaco. Y además así se mata la culebra y cuanto bicho pueda hacer daño". La verdad es que obtiene con la quema el resultado inmediato de eliminar el monte y provocar el retoño de los pastos.

– Pero también mata la tierra, la calcina –me atreví.

– Sí, sí, en eso estamos de acuerdo los ganaderos: pero lo que pedimos es que la transformación de los métodos sea lo suficientemente lenta como para permitir la evolución. Dar permisos restringidos para quemas controladas, en lugar de prohibirlas de una vez, e ir después, poco a poco, a eliminarlas del todo. La mentalidad del campesino está en desequilibrio con la evolución de los medios, con la moderna técnica. En lugar de alejarlo de su profesión, hay que enseñarle; y enseñar toma tiempo.

Otros de los problemas que confronta es el crédito. El pequeño ganadero calcula que los préstamos no deben pagar interés en los tres primeros años, porque se van en pasto, compra de vientres y los experimentos de cría, sin dar un solo centavo. Tratar de cobrarlos en los dos primeros años es matar los becerros en los vientres de las vacas. Lo ideal sería comenzar a pagar los créditos a los cinco años extendiendo los plazos de 20 a 25 años.

Se quejan los ganaderos también de una falta de veterinarios. "Para todo Monagas, que es un Estado ganadero, hay un sólo veterinario asistido de un ayudante", me dijo.

6

El mismo ganadero que me habló en Monagas considera que el problema es muy complejo y tiene más de una cara difícil.

Aquí está una, la del ganadero que comienza.

Silvestre, que es un simple peón no tiene ningún problema que contar. También los debe tener, pero ahora sólo se preocupa de poner a sus vacas nombres de estrellas, de ríos, de flores y de simples expresiones diarias que él piensa cuando está escurriendo la ubre sin hacerles daño y cuidando de dejarles un cruzado para que "Recuerdo" y "Camacita" y "Lirio Blanco" y "Cinta Negra" y "Chirola", que son primerizos y se llaman como su madre, tengan un poco de leche de la ubre de sus madres cada mañana.

La blanda huella del indio

EL INDIO venezolano vive silenciosamente. Su cauteloso paso de hombre huido apenas deja huella en la vida del país. Lo traen en sus busacas los exploradores y los folkloristas (huella de luz en los negativos, voz grabada en cintas) para reproducir curiosidades.

El suyo es un mirar sufrido, distante, quieto. Al margen de los beneficios de la ciencia y de la máquina, vive con una resignación primitiva, sin rebeldías, sin voluntad de futuro. No le alcanza ni una salpicadura del petróleo nativo. Ni él se siente con derecho a reclamar su gota de aceite.

Si el indio pide algo, es tendiendo la mano. Y mirando como el venado que ha perdido la esperanza de huir.

El Concejo Municipal del Territorio Federal Amazonas acordó en estos días crear una Junta Indigenista, integrada por delegados de los sectores representativos, incluidos los partidos políticos.

Los hombres que la integran están dispuestos a exigir lo que la Ley Orgánica de los territorios ya prevé, pero que por lo visto no se cumple: "proteger a los indígenas de su jurisdicción, y fomentar por cuantos medios está a su alcance su cultura y su bienestar", y "evitar que se explote su ignorancia".

1

Esto debe tener alguna relación con el abandono sanitario del indio, puesto que al acuerdo municipal menciona a renglón seguido que "el porcentaje de personas subalimentadas en la región del Guainía y Río Negro es lamentable; el 80 por ciento de las poblaciones de Maroa, San Carlos de Río Negro y San Fernando de Atabapo sufren de avitaminosis; en los caseríos de estos departamentos se padece de mucha pelagra;¹ el mañoco² de las indigentes masas indígenas no es un alimento sino un paliativo del hambre; las masas indígenas carecen de medicinas, y mueren por falta de asistencia o por haber perdido la fe en los médicos, que, carentes de medicinas, no pueden hacer milagros; la anquilostomiasis está haciendo estragos".

Y la blanda huella del indio conduce a la silenciosa compañía de la muerte.

Los problemas de la región de San Juan de Manapiare son de asistencia médica, educación para niños y adultos, y una vía de comunicación terrestre con Puerto Ayacucho. Como dice bien un memorándum que está elaborando la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle para el Ministerio de Agricultura y Cría, la necesidad más apremiante es la de la carretera, porque con ella se ponen ruedas a la asistencia médica y a la escuela.

¹ Enfermedad crónica con manifestaciones cutáneas y nerviosas producidas por defectos en la alimentación, sobre todo de ciertas vitaminas.

² Masa cruda de harina.

Y será también el camino por donde se abastecerá de ganado (hace unos días la prensa publicaba un remitido del T. F. Amazonas pidiendo autorización para adquirir ganado en Colombia) y de frutos de la tierra a Puerto Ayacucho, que depende de lo que llega de fuera.

2

Esta antigua provincia de Guayana tiene una extensión de 175.000 kilómetros cuadrados, con una población de 6.495 habitantes (censo de 1950) en áreas urbanas, 8.921 aborígenes "civilizados" y unos 25.000 "completamente selváticos" (censo de población indígena de 1951), que está establecida en las orillas de los ríos y los caños, y en las altiplanicies y las montañas de la Sierra Parima.

La mayor parte del territorio tiene una capa vegetal de reconocida feracidad. Sus bosques contienen una magnífica variedad de maderas finas, y árboles de caucho. La hoya del Orinoco proporciona fuentes fluviales con raudales, cascadas y saltos capaces de producir poderosa fuerza hidráulica, pero que hasta ahora no son sino dificultades para las deficientes comunicaciones en chalanas, lanchas, curiaras con motor fuera de borda y bongos rústicos.

En todo el Territorio Federal Amazonas no existe sino una carretera de 64 kilómetros, la que va desde Puerto Ayacucho hasta Samariapo, construida para salvar los raudales de Atures y Maipures. No hay ninguna otra vía terrestre dentro del Territorio, ni existe tampoco para enlazarlo con el resto de la República. Hay un aeropuerto en Puerto Ayacucho, donde llega un avión dos o tres veces por semana; y otros dos menos importantes en San Fernando de Atabapo y La Esmeralda, donde aterriza eventualmente algún avión. Esta vía aérea y el Servicio semanal de vapores desde Ciudad Bolívar son el único lazo con el resto del país.

Y la región, que ofrece magníficas perspectivas para siembras y pastos para ganado, carece de zonas económicamente accesibles.

La zona de San Juan de Manapiare, que tiene excelentes tierras para conuco y pastos, está unida a Puerto Ayacucho mediante un sistema integrado por los ríos Manapiare, Ventuari y Orinoco, con una longitud aproximada de 478 kilómetros hasta Samariapo, de donde arrancan los 64 kilómetros de carretera; total, 54 kilómetros.

No es solamente lo largo del viaje, sino los obstáculos con que tropiezan las embarcaciones en estas vías de agua. Desde San Juan hasta la Boca de Manapiare hay 51 kilómetros de cauce relativamente ancho, aunque con numerosos meandros; no existen raudales, pero se tropieza con numerosos bancos de arena y restos de árboles sumergidos que dificultan mucho la navegación, especialmente en los meses de verano, desde noviembre a mayo. Desde la Boca del Ventuari hay 213 kilómetros difíciles de raudales y piedras, especialmente en el tramo comprendido entre la población de Las Carmelitas y la desembocadura del Ventuari en el Orinoco. Entre esta Boca y Samariapo hay 214 kilómetros del Orinoco con numerosos raudales, especialmente peligrosos en verano, tales como los de Santa Bárbara, en la misma Boca del Ventuari, los de San Francisco, el Muerto y Caracol.

Este camino de agua se recorre en curiara o falcas con motor fuera de borda en siete u ocho días en invierno, y en nueve o diez días en verano. En algunos raudales hay que descargar completamente las embarcaciones para salvar los tramos peligrosos.

El costo del transporte depende de estas dificultades. Se puede calcular un gasto no menor de 10 bolívares diarios invertidos en combustible y manutención. Sin contar con la amortización, ya hay un costo de 80 a 100 bolívares por carga. A esto hay que añadir lo que cuesta el flete terrestre hasta Puerto Ayacucho, que es de 80 bolívares el viaje. El transporte de una carga desde San Juan de Manapiare a Puerto Ayacucho cuesta, pues, alrededor de 200 bolívares. Sin contar con posibles desperfectos en las embarcaciones y los motores fuera de borda.

Así resulta más barato traer ganado de Colombia.

Por falta de medios de subsistencia, las poblaciones de San Juan de Manapiare emigran río abajo, que es más fácil. Y los que se quedan, porque no tienen fuerzas ni para dejarse llevar por el río o porque carecen de decisión, o porque quieren a sus sabanas, a sus altiplanicies o a sus selvas, están sin médicos, sin medicinas y sin escuelas.

Y así, como la serpiente del cuento, enrollándose sobre sí misma, mordiéndose la cola.

3

Sin embargo es un círculo que podría romper fácilmente la carretera.

Hay un proyecto de vía terrestre entre San Juan y Puerto Ayacucho para aprovechar las posibilidades agropecuarias que ofrece el valle del Manapiare. Quien lo ha elaborado es el señor Melecio Pérez, fundador de San Juan de Manapiare.

La vía tendría aproximadamente 200 kilómetros, casi la tercera parte, habría una sola carga y descarga, y en vehículo se andaría fácilmente en un día. Saldría de San Juan, cerca de la confluencia del Manapiare con el caño Parucito, tomando rumbo Noroeste hasta Caño Santo, afluente del caño Guaviarito. De Caño Santo, manteniendo el rumbo, pasaría por la Sabana del Mono y cruzaría al Este el curso del río Cuao; atravesaría el Valle del Cuao hasta llegar donde el río al Sur; seguiría por la divisoria entre el valle del Cuao y el de Cataniapa, cruzaría este río y seguiría en dirección Oeste-Este hasta alcanzar la actual carretera, a unos 10 kilómetros de Sanariapo.

Esto es sobre el papel, que no cuesta más dinero que la iniciativa del señor Melecio Pérez de abrir una pica, como quien dice trazar una raya. Después, la carretera tendría que saltar los ríos con puentes de no más de 10 metros, y cruzar algunas zonas boscosas, porque no se podrían eludir todas. Pero según los cálculos del fundador de San Juan, abrir una pica de ocho metros de ancho, con sus puentes y los emparrillados que necesite, costaría alrededor de millón y medio de bolívares, con un costo promedio de 7.500 bolívares por kilómetro y una duración de obras de 18 meses.

En el valle se han logrado resultados satisfactorios con la siembra de maíz, caña, yuca, plátanos y arroz; se han hecho también algunas pruebas de cultivo de café que han dado resultado positivo. A tan poco costo, se rescataría una importante área productiva para el país y proporcionaría los medios de subsistencia que necesita Puerto Ayacucho.

Por este camino llegarían también las posibilidades de trabajo para los indígenas que se han incorporado a la vida nacional, y les alcanzaría con más facilidad la atención médica y la escuela.

Y ya el indio de estas regiones tendría una mirada más risueña, y la huella de sus pies sería más firme calzado con alpargatas, y rendiría algo más que las curiosidades que traen de sus viajes los exploradores y los folkloristas, quienes sin duda hacen también labor meritoria al darlo a conocer a quienes no sienten sobre las espaldas de ciudadano motorizado la huella blanca del indio venezolano.

El lenguaje de los maquiritares

¿Qué importancia cultural tiene la lengua?

Una lengua es el conjunto de palabras y modos de hablar de un pueblo o de una nación. Se caracterizan unas de otras por su sistema fonético, su sistema morfológico y su vocabulario.

El proceso de adquisición del habla en el hombre es totalmente distinto al de aprender a caminar, por ejemplo.

"El caminar –dice Edward Sapir–¹ es una función orgánica instintiva" que se cumple naturalmente en un ser aislado, porque la misma formación de los músculos y el sistema nervioso están adaptados desde un principio para cumplir esta función. Pero el ser humano no aprende a comunicar ideas mediante el uso de los sonidos articulados sino por un proceso cultural a través de la sociedad que le transmite sus tradiciones.

La comprensión de este mecanismo es fundamental para medir la importancia de las lenguas en el proceso formativo de los pueblos, y su relación entre sí.

Las lenguas constituyen unas huellas de extraordinario interés que la humanidad ha ido dejando a través de los elementos más trascendentales de su cultura, y de ahí la altísima utilidad del trabajo de los filólogos que siguen las pistas de estos trasiegos de los elementos lingüísticos (palabras, formas gramaticales, pronunciación) que corresponden a contactos a veces inverosímiles ocurridos en la vida de la familia humana.

De los miles de lenguas que habla la humanidad en nuestros días, muchas han sido ya genéticamente relacionadas, formando lo que se llama una "familia lingüística" ¿Será posible probar algún día que todas las lenguas habladas por el hombre proceden de un tronco común?

Edward Sapir opina que en cuanto a institución o facultad humana, es posible que el lenguaje haya surgido una vez en las historias de la raza humana, y que toda la compleja trayectoria del habla sea un acontecimiento cultural único.

Por eso que las lenguas vivas tienen, además de su valor cultural y afectivo, una gran importancia para estudiar la historia de la humanidad, aunque frecuentemente se les mida solamente por su trascendencia comercial o extensión cultural, despreciando aquellas que por su escasa difusión no ha alcanzado las grandes corrientes del pensamiento.

La lengua makiritare, por ejemplo.

¿El makiritare es una lengua? ¿Y es venezolana?

Ciertamente que es ambas cosas. Sólo que no lo hablan sino 5.000 indios del sureste del país. Pero aparte de que es fundamental para este mundo indígena, es muy importante para el estudio de la historia pre-colombina de Venezuela.

¹ El lenguaje, Edward Sapir, Breviario del Fondo de Cultura Económica (96).

Damián de Escoriaza, un cura-obrero del Padre Foucauld, ha ido a estudiarlo. Forma parte de esa magnífica y callada empresa que realiza la Sociedad de Ciencias Naturales la Salle, alentada y dirigida por el Hermano Ginés, otro vasco como él.

Sus conclusiones han sido publicadas en el número 6 del Boletín de la Sociedad.

Después de la introducción de Henry Osborn: "Singular-Plural in Warao Verbs", el trabajo del Padre Escoriaza se subdivide en capítulos dedicados a la fonética, la ortografía, el nombre, los adjetivos, los pronombres, el verbo, y un extenso e interesantísimo capítulo de conversación castellano-makiritare dedicada a: "saludos y despedidas", "llegada de un viajero", "de viaje", "en la orilla del río", "en el rancho", "por la mañana", "en el camino", "en la escuela", "en el conuco", "en la enfermedad" y "en los caseríos". Según dice el Padre Escoriaza, la mayor parte de estos temas han sido tomados, en su texto castellano, del apéndice I de la obra "Gramática y diccionario de la lengua Pemón", del R. Cesáreo de Armellada (Caracas, 1943). Termina el valiosísimo trabajo con un vocabulario de alrededor de 2.000 palabras, número que más o menos se emplea en el lenguaje coloquial de cualquier lengua culta, como el español o el inglés.

Damián de Escoriaza, que es un cultísimo antropólogo que ha hecho estudios similares en África y Asia, hace observaciones interesantísimas.

Makiritare es un nombre "arawak" que significa "hombre del río". Su lengua pertenece a la familia lingüística caribe. Su denominación autónoma es "Dekuana o Yekuana". Son alrededor de 5.000 individuos que viven en las cuencas fluviales del Ventuari, el Cunucunuma, el Padamo y el Caura, afluentes todos de la orilla derecha del Orinoco en su curso alto y medio.

La lengua makiritare carece de las consonantes castellanas: b, ch, f, j, l, ll, p, r, v, x, z. Su alfabeto consta de 26 signos: nueve vocales (a, e, oe, E, i, I, o, u, U) y diecisiete consonantes (d, dy, fh, g, h, m, n, ny, s, sy, t, ty, w, y, z).

"El makiritare –dice el Padre Escoriaza– carece de palabras de significación abstracta; todo se concreta. Los nombres propios personales son de signo íntimo y secreto; decir su propio nombre indígena es desnudarlo psicológicamente".

Ocurre que el nombre propio que le pusieron sus padres al nacer (nombre de árbol, de algo relacionado con su nacimiento, tal como un defecto físico, etc.) no lo conoce ni el mismo interesado, porque se ha ido olvidando. Entre ellos los makiritares usan los términos de parentesco.

Los nombres propios geográficos corresponden a nombres de árbol, términos de pesca o de caza, o a nombres de algún pájaro que abunda en la región, añadiendo en general el sufijo: "-nnya" para los poblados, "-hldl a las montañas y las cordilleras; "-di" o "-ni" para los ríos; "-kudú" o "-ku" para los sitios de agua.

Por ejemplo: Ku-diada (curiara)

Oená-ku (lágrima), o agua de ojo.

Dinnya-ku (Orinoco)

sú-ku (orina).

manátedi-kudu (leche, o agua de pecho).

El diminutivo de los nombres se forma con los sufijos: "-kE" y "-nyedikE".

Por ejemplo: inyédi (hijo), inyédikE (hijito).

wamédi (gallina), wámedinnyedikE (pollito).

La distinción del género se hace posponiendo al nombre común la palabra "yaumnua" (macho) para el masculino, y "wodi" (hembra) para el femenino.

El plural gramatical casi no existe. El uso del plural en los nombres es rarísimo. Todas las funciones del nombre en la oración se expresan por mediación de posposiciones, y por el modo de ordenar las palabras. Los adjetivos derivados de nombre se forman con los sufijos "-hano" y "-ahto" principalmente, dando un sentido positivo de cualidad.

Los adjetivos numerales 1. toni 2. ákoe, 3. aduáwe, 4. aketyma, 5. hatodéma, no pasan de cinco; los makiritares recurren después, como otros indígenas, a los dedos de la mano y del pie. Así, para decir 6, regresan al 1 (toni), y dicen: toniamoháto, o sea: uno más una mano; y cuando llegan a 10: amohádE (las dos manos). Pero la mayor parte de las veces: hóhe (muchos). Apunta el Padre Escoriaza que si alguien se empeña en hacerles decir 26, por ejemplo, recurren a la expresión: "toni-sóto" (los veinte dedos de las manos y los pies). Para decir 30, dirán: un hombre más diez dedos; y para 40 dos hombres, etc.

Este interesantísimo estudio del Padre Damián de Escoriaza es una meritoria contribución a la comprensión de la psicología makiritare, una familia indígena venezolana que está en el mayor abandono cultural y económico; como si realmente no existiese.

Cristo en Guayuco

Este sacerdote no usa sotana, ni viste de negro, ni siquiera lleva tonsura. Se cubre con la dignísima humildad de un trabajador cualquiera.

Apenas le distingue una pequeña cruz en la solapa, sobre su camisa kaki. Que eso, en los tiempos en que tanto farsante exhibe medallones en su pechera, no constituye una señal en que repare la gente.

El Padre Daniel de Barandiarán pertenece al grupo de las Fraternidades del brillante oficial y explorador francés Carlos Foucauld, un ateo que se convirtió al Cristianismo en sus contactos con el mundo del Islam.

La vida de las Fraternidades del Padre Foucauld se sitúa en el corazón mismo del mundo obrero, siendo pobres con los pobres, encarcelados con los prisioneros, despreciados con los miserables, errantes en las selvas africanas, y conviviendo con los pigmeos y los indios en las inmensas espesuras americanas.

Su vida consiste en vivir la de los pobres, con ellos, como ellos, entre ellos... sin hacerse notar, sin ruido. Vida de contemplativos en el corazón de las masas, sin guardaespaldas y sin los muros de cartujas o de trapas que los protejan.

La vida de las Fraternidades de Foucauld es la respuesta práctica, sencilla, sin sermones, al gigantesco interrogante histórico del mundo de la pobreza, del mundo obrero, más necesitado de la facultad de amar que de la de odiar.

El Padre Daniel "fue" doctor en Filosofía y Letras. Halló a Cristo y al pobre a través del contacto con las obras de León Blois y de Dostoyewski, y a través de su venerado maestro, el filósofo Jacques Maritain.

Este sacerdote vasco inmerso ahora en la vida de la guayana venezolana es sobrino de don Miguel de Barandiarán, también sacerdote y antropólogo de conocida fama en los medios científicos europeos.

Con unos años de sólidas experiencias entre los pueblos africanos y del Medio Oriente, el Padre Daniel vino, junto con dos compañeros más, con el objeto de adentrarse en el mundo indígena venezolano. Están, y actúan, dependiendo directamente de su venerado Arzobispo de la Guayana, Monseñor Bernal. Su vida entre los indígenas del Alto Caura es de simple presencia de contemplación de Dios y de trabajo en común con el indio, subordinados a los caciques indígenas.

Después de vestir y comer como los indios caureños durante largos meses, que es casi lo mismo que ayunar desnudos, publicó recientemente en los cuadernos de "Antropológica" de la Sociedad de Ciencias Naturales de La Salle, un primer esbozo de gramática y de diccionario makiritares, titulado: "Datos lingüísticos de la Lengua Makiritare".¹

Ahora regresa de una segunda y más larga convivencia con aquella familia indígena a fin de no perder contacto y el pulso de Caracas y del mundo.

¹ "Antropológica", Sociedad de Ciencias Naturales, La Salle, N.º. 6, 31 de enero de 1959.

Como fruto de estos diez últimos meses de aislamiento total en el área geográfica de las cabeceras del Alto Caura trae consigo el borrador de "Cristo en Guayuco": unos ensayos filosófico-antropológicos acerca de los indígenas venezolanos.

El título de "Cristo en Guayuco" de esos ensayos sintetiza el espíritu humano y cristiano que está guiando a estos hombres al penetrar en el corazón mismo del mundo indígena venezolano.

1

Como sacerdote, al Padre Daniel le preocupa el problema de la evangelización y del adentramiento sincero y total en el corazón del indio.

¿Qué entiende él por una buena evangelización?

Como en muchas otras experiencias desagradables, resulta más explicativo señalar los errores.

Refiere el Padre Daniel que a raíz de la visita de una autoridad venezolana a una tribu indígena en 1958, decía dando unas palmadas paternales sobre el hombro de un noble jefe indio:

"¡Cuándo aprenderá esta gente a hablar!"...:

El padre Daniel se indigna contra lo que expresa esta actitud de quienes se acercan al mundo indígena con la sola preocupación de "adaptarlos" a una manera de entender la vida, con reflejos condicionados de pensar, actuar y rezar de acuerdo con sus propias pautas, o bien la intención clara de someterlos a ostentosos programas educacionales preparados por educadores sin "educación".

Ese venerable jefe indígena no sabía hablar porque no articulaba las palabras del castellano que aquella autoridad oficial había aprendido desde la cuna. Y era éste quien, desconociendo la lengua de aquel pueblo cuyo acercamiento le estaba encomendado, estaba en contradicción más abierta con las normas más elementales de humanismo y de respeto de un ser a otro.

Es curioso constatar que mientras se siguen lamentando los abusos contra las poblaciones indígenas durante la Conquista, porque se trata del fácil expediente de enjuiciar las faltas en el plano teórico y sentimental, se continúan cometiendo estos abusos en nuestros días de "avanzada civilización".

En febrero de 1959 se enterraban en las orillas del río Santa Ana de Zulia, en dos fosos comunes, a más de veinte indios motilones desposeídos de sus tierras, incendiadas sus casas y bárbaramente asesinados. Otra masacre similar de indios ha tenido lugar en diciembre pasado. Los dos graves sucesos no son sino un simple accidente más.

En el Apure se siguen también asesinando a los indígenas, y comerciando con la virginidad india a trueque de un simple trozo de panela. Más de ochenta indios han servido de blanco mortal en estos cinco últimos años a los rifles autorizados y desautorizados de la región araucana de Elorza.

El terrible despertar de los pueblos de Asia y de Africa señala la hora de un renacer a la conciencia de sus dignidades personales, nacionales y culturales ante un trato paternalista injusto que trató de imponer, a veces criminalmente, una civilización cuyo

monopolio tenían los hombres de piel blanca, o los que hablaban tal o cual lengua; porque la discriminación por intolerancia no solamente se ha producido a causa de purezas de sangre, de coloraciones de piel o por el tamaño de los pueblos.

Resulta, pues, natural la hostilidad de algunos grupos indígenas venezolanos que no son lo suficientemente fuertes para oponer resistencia ofensiva, pero sí lo bastante dignos como para defenderse hasta ir muriendo en las peleas.

"España deambula todavía en América con la carga muerta del siglo XVI sobre sus espaldas –dice el Padre Daniel refiriéndose a la trasnochada posición y al orgullo ostentoso o agazapado que aún persiste–, porque con la excusa ignorante de querer imponer una misma lengua y una misma religión, se muestran incapaces para adentrarse en el alma de los pueblos indígenas americanos".

Las excusas han sido muchas veces el señuelo de llevar a estos sufridos indígenas la luz de la civilización cristiana.

"Y el Cristianismo no es –como dice el Padre Barandiarán– el monopolio de una forma particular de civilización. El Cristianismo se adapta a todas las civilizaciones, las purifica a todas, les da la perfección de su carácter propio, y las orienta en el más pleno y sano humanismo integral".

Es natural que el Padre Daniel, sacerdote y antropólogo, por este orden, le preocupe primero lo religioso.

Pero antes del antropólogo y el mismo sacerdote está el hombre que hay en él, porque Dios primero hizo al Hombre responsable de sus actos. Como el acto de fe es el acto supremo del hombre, respeta primero la decisión libre del ser humano, su libre albedrío, y reclama una terrible responsabilidad al fanatismo intransigente cuando dice:

"Es imposible testimoniar de Cristo Resucitado sin despojarnos de toda intolerancia".

Y ¿Qué es el indio en el sentido puramente humano?

El indio también es hombre.

"Iña mahasottoi" –dice. "Nosotros también somos hombres".

Y he aquí el sencillo punto de partida de la comprensión y la tolerancia necesarias para enfrentarnos a los problemas del indio: el indio también es hombre.

No basta con llevarle semillas y tractores, y construirle escuelas para sus hijos, y ayudarle a construir su vivienda. Es necesario llegar a él con la total comprensión de su mundo afectivo, de sus creencias, y prestarle ayuda sin estar cobrándole el precio de la renuncia al mundo de sus valores espirituales.

Señala muy acertadamente el Padre Daniel que todos los pueblos que han sufrido el yugo del paternalismo y de la tutela militar, económica o cultural, truncando por la fuerza impositiva el desarrollo de su vida espiritual, se han sentido de pronto desnudos y frustrados en su continuidad psíquica; apátridas en su propia patria.

Hay muchas tribus venezolanas que por este camino están perdiendo el ánimo de vivir.

"Esta íntima desesperación –dice– sería el motivo principal de la extinción rápida de las grandes familias indias, como la Yabarana y la Macos, del Manapiare y el Ventuari Medio. Varias tribus más, como la de los Yaruros de Capanaparo, están también en igual proceso de extinción".

Aparte de estas consideraciones fundamentales de humanidad, el fomento de estas diversidades lingüísticas y culturales no hacen sino enriquecer en lo político la vida nacional.

El hombre no pierde nada con la diversidad y la tolerancia de lo que es variado en la expresión, si coincide en ese sentimiento de la convivencia como expresión de la verdadera cultura. Mientras se sigan fomentando las supremacías culturales y políticas por la fuerza, se irán creando resistencias dispuestas a combatirlas.

Porque el hombre aspira a la libertad.

El Padre Daniel habla de un Cristo en guayuco para sintetizar así una civilización cristiana india, adaptada a su idiosincrasia, como un programa de orientar al misionero y al indiferente según las normas elementales de acción misionera y de todo actuar humano en el corazón indígena.

Índice

Dos palabras

La cara de los inmigrantes

Occidente

San Rafael de Mucuchies

El trapiche

Chachopo

El pequeño mundo de anime

La capilla de Las Veras

Las fieras del ferry

Cuando Cabimas era solo un pedazo de tierra

Lo que da la leche de cabra

"Jornada", un diario de provincia

El otro Amuay

Moruy ya tiene cine

Centro

El diablo es un hombre bueno

"Santísima Cruz de Mayo"...

Semana Santa en Paracotos

El milagro de San Francisco de Tiznados

Las cruces blancas de los negros

Así va creciendo la ciudad

Las flores llegan con el rocío

La bolsa de la música

Ya no quedan sino pájaros musius

Medio Caracas vive en los cerros

Cada vez hay mas venezolanos que llegan a viejos

¿Qué pasa con el clima de Caracas?

Nuestra vida comienza en los bosques

¿Qué pasa con los parques nacionales?

Oriente

El pericoco de Clarines acaba de morir

La carretera de "los kilómetros"

Margarita es algo mas que chivo y perlas

El cristo de Hose

Cuando los peces mueren de sed
Las vacas tienen nombres de flores

Sur

La blanda huella del indio
El lenguaje de los maquiritares
Cristo en Guayuco